
SCARLETT SIMMONS
FUERA
DE CONTRATO
ROMANCES DE MILLONARIOS, 2

FUERA DE CONTRATO

Scarlett Simmons

Serie: Romance de millonarios (2)

Derechos de autor de @ScarlettSimmons, 2025
Maquetación y cubierta: Scarlett Simmons
Imagen de cubierta generada por IA (MidJourney)
Distribuido por Amazon
Registrado en CEDRO
Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.
Los hechos, algunos lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza a la realidad se debe a la más pura casualidad.
No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970).

Serie Romance de Millonarios

Scarlett Simmons

La serie *Romance de Millonarios* recoge historias en las que el protagonista es un hombre acaudalado y rico, que vivirá en diferentes situaciones en busca o huida del amor.

En esta segunda entrega nos encontramos con un magnate de Nueva York, Jackson Woodhall, en plena expansión de sus negocios por Europa y Asia. Una noche conoce a la famosa modelos Isabella Romano (amiga de Valeria en *Cien noches y una promesa*) y le propone un contrato en la que ella será imagen de sus empresas y su acompañante en los eventos de negocios.

Pero alguien acosa a Isabella y no saben por qué.

Intrigas, envidias, lealtades, lujo, elegancia, noches de pasión y un contrato con muchas banderas rojas.

Todas mis novelas son autoconclusivas e independientes por lo que puedes leer en el orden que desees, aunque puede que unas te gana *spoiler* de otras, lo importante es la historia..

Encuéntralas aquí:



Sobre mí

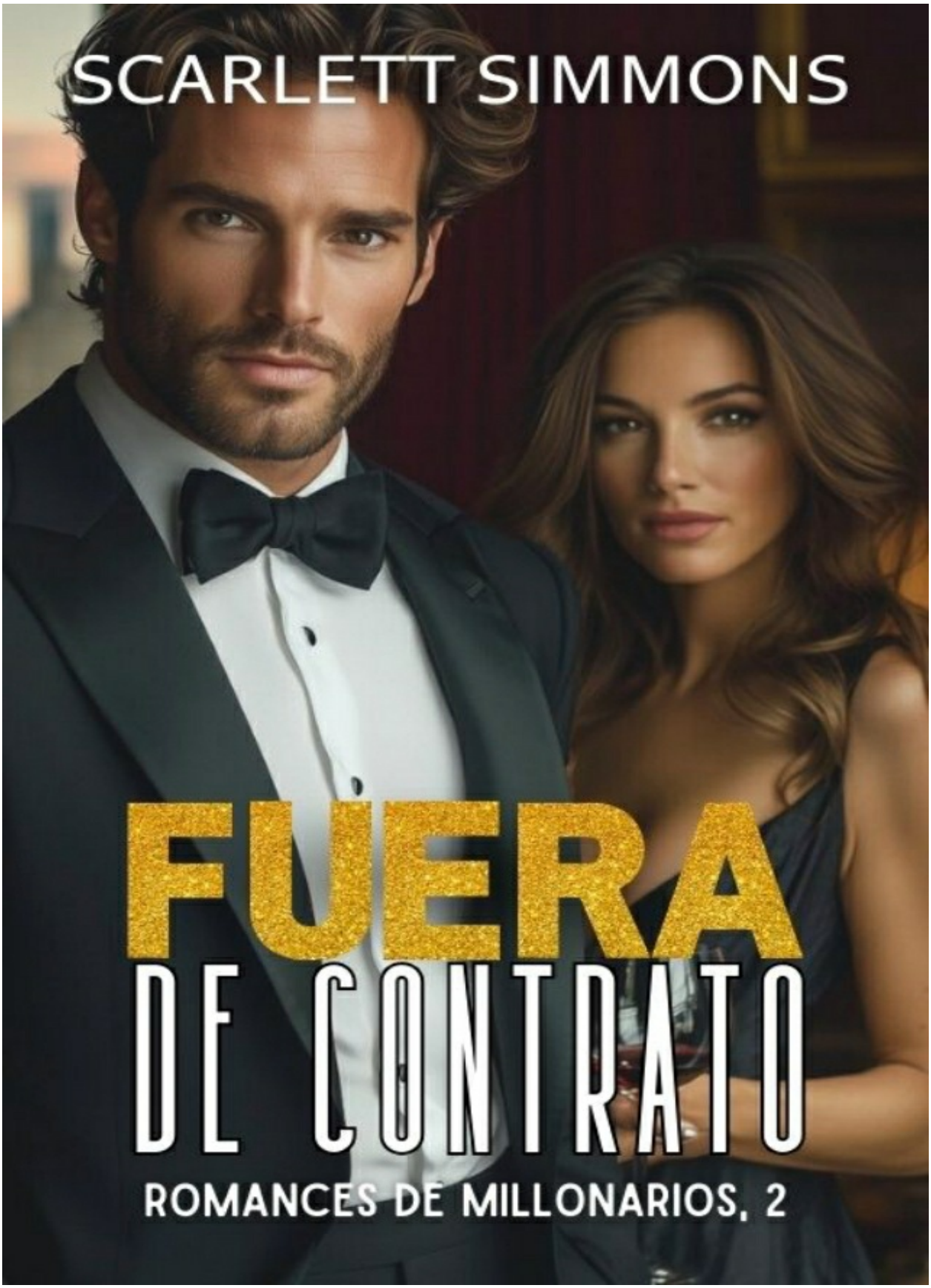
Soy **Scarlett Simmons**, escritora de novela romántica contemporánea *spicy*, de origen europeo y alma ardiente. Escribo mis fantasías siempre que puedo, pero no me había planteado publicar hasta que una de mis amigas disfrutó tanto con la lectura de mis novelas que he decidido sacarlas a la luz, poco a poco, para que tú también las goces.

Te invito a sumergirte en mundos vibrantes de frenesí, delirio y fogosidad envueltas por toneladas de tensión y amor. Pero a nadie se lo regalan. Mis personajes se enamoran y luchan por el amor en distintas circunstancias.

Sígueme en mi cuenta de autora de **Amazon** y sé la primera en enterarte de las nuevas publicaciones.



S.S.


SCARLETT SIMMONS
FUERA
DE CONTRATO
ROMANCES DE MILLONARIOS, 2

Fuera de contrato
Serie Romance de Millonarios
Scarlett Simmons
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo

PRÓLOGO

Isabella

El avión cruza el Atlántico con un ritmo demasiado monótono. El zumbido constante y la vibración sutil del suelo bajo mis pies me provocan somnolencia. Noto con desidia el aburrimiento de estos viajes tan largos cuando el sueño no es suficiente para dormir, pero el cansancio te impide leer. La comodidad y el lujo de primera clase no son suficientes para que me relaje. Cierro los ojos, pero el sueño no llega.

Apoyo la frente contra el cristal y observo mi reflejo, una versión elegante y perfectamente arreglada de mí misma, como siempre. La Isabella Romano que todos ven y de la que cada vez me siento más lejos.

París, Milán, Nueva York, Londres, Berlín, Tokyo, Madrid… Aeropuertos, pasarelas, hoteles, *sets* de fotografía… Lujo, *flashes*, fiestas interminables con copas de champán que nunca terminan de vaciarse. El sueño de cualquier chica que quiere ser modelo.

Miro por la ventanilla, pero solo veo mi reflejo recortado contra el cielo oscuro. Isabella Romano, la modelo internacional, la mujer que parece perfecta cuando sale en la portada de una revista de moda, la que sonríe en las galas benéficas junto a diseñadores y celebridades. Una mujer que debería sentirse realizada. He llegado muy alto, es cierto. He vivido esta vida con intensidad, la he amado, la he elegido cada día sin dudar. Todo parece maravilloso: viajar de una ciudad a otra, lucir vestidos que valen más que un coche, posar para las mejores firmas del mundo, cenar en los restaurantes más exclusivos rodeados de diseñadores, fotógrafos y celebridades… Vivo en un sueño.

En los últimos años, mi hogar ha sido cualquier sitio y, al mismo tiempo, ninguno. Y yo me pregunto, ¿hasta cuándo?

No es que de repente odie este trabajo. Tampoco que lo desprecie o que no me apasione la moda. Lo adoro y no me arrepiento de nada de lo que he logrado a base de esfuerzo y, sin embargo, estoy cansada**.** No de los vuelos, ni de los cambios de horario. Tampoco de los vestidos de alta costura ni del ajetreo de las sesiones fotográficas. Estoy cansada de la ilusión de todo esto. De los contratos temporales, de los hoteles que se convierten en habitaciones sin alma, de las fiestas en las que todo el mundo finge conocerse y te adulan, pero al final, estoy sola en una habitación que no es la mía.

Me pregunto si quiero seguir en este ritmo de vida para siempre, en el que no hay ningún sitio en el mundo al que poder llamar hogar. Me paso una mano por la nuca y la masajeo, para aliviar la tensión que se acumula en los viajes largos.

Nueva York me espera con esa energía tan vitalista, que me ha atraído siempre, y con los contratos mejor pagados de mi carrera. Tanto, que no me puedo permitir rechazarlos. Esta vez no es diferente: una nueva campaña, un equipo que me espera en el estudio al aterrizar, más sesiones de fotos, más eventos de marcas exclusivas… Todo en una sola semana, sin descanso.

Pienso en que ese dinero es mi futuro, aunque lo sienta lejano porque no sé dónde está.

Miro por la ventana de nuevo. La noche se extiende bajo nosotros como una sábana oscura, salpicada de diminutas luces a lo lejos. Estamos a más de diez mil metros de altura, y pienso que es como mi vida, que lleva años flotando en el aire, sin aterrizar en ningún sitio.

Cierro los ojos y suspiro. ¿Será el momento de dejarlo o es solo algo pasajero fruto del cansancio? En cuanto termine este contrato, debería darme unas vacaciones y pensarlo. ¿Seré capaz de renunciar a las campañas de lujo, los desfiles agotadores y las sonrisas falsas para fotógrafos que buscan su mejor toma sin importarles si estoy cansada, enferma o rota por dentro?

En alguna ocasión he dicho que lo dejaba, que iba a tomarme un descanso y luego he acabado aceptando otro contrato en una ciudad distinta, porque «solo sería por unos meses». Sin embargo, la sensación de hastío que tengo hoy es diferente a las ocasiones anteriores.

Siento el móvil vibrar sobre mi regazo y lo miro con desgana, pero, al ver quién es, una sonrisa se dibuja en mi cara.

Valeria

Dime que has aterrizado ya, me tienes en vilo.

Yo

Todavía en el aire. Me quedan unas horas.

Valeria:

¿Y qué haces? ¿Pensando en lo de siempre?

Yo:

¿En qué otra cosa podría pensar?

Valeria:

Pensar demasiado nunca ha sido tu fuerte, pero mira, te voy a ayudar: si necesitas una señal para cambiar de vida, aquí la tienes.

Yo:

¿Sí? ¿Cuál?

Valeria:

Me caso.

Parpadeo, sorprendida, y me incorporo en el asiento como si eso me ayudara a procesar la noticia.

Yo:

¿¡Qué!?

Valeria:

Sí, Fabio me ha pedido que nos casemos.

Yo**:**

No me jodas.

Valeria:

Totalmente en serio. Y antes de que digas nada, sí, sé que decías que nunca me casaría, pero con él es diferente.

Yo:

Wow… No sé si felicitarte o pedirte que me mandes

pruebas de que esto no es una broma.

Valeria:

Puedes hacer ambas cosas.

Nos vemos en Italia en cuanto termines en Nueva York.

Me quedo mirando la pantalla un instante después de que el mensaje se queda en visto. Ella ha encontrado su sitio. Su propia historia y un hombre bueno a su lado. Valeria, que también viajaba mucho, ha encontrado el momento de parar y centrarse en ella.

Cierro la conversación y guardo el móvil dentro de mi bolso. Me alegro de que Valeria sea feliz, pero hay algo en sus palabras que me deja un vacío en el pecho. Ella ha encontrado su lugar. Yo, en cambio, sigo corriendo en círculos. Sigo sin saber si quiero seguir en esta vida tan incierta. Ni siquiera sé si me muevo por inercia y por qué no tengo un lugar al que llamar hogar. Sí, tengo un piso precioso que siempre está vacío; hasta cuando vuelvo a casa siento que es temporal.

Suspiro y paso una mano por mi cuello tenso, mientras busco algo que ver en la pantalla del avión.

—¿Tu primera vez en Nueva York? —pregunta la mujer que está sentada a mi lado.

Me giro, parpadeando, y le dedico una sonrisa cortés.

—No, vengo a menudo por trabajo.

—Ah, ¿sí? ¿A qué te dedicas?

Antes de que pueda responder, noto cómo me estudia con atención y su expresión cambia.

—Espera… Te he visto antes. Eres… —Su expresión se ilumina.

—Isabella Romano —termino por ella, con una media sonrisa.

—Sí, sí, ¡claro! ¡Te he visto en anuncios! Dios, qué increíble debe ser tu vida, ¿verdad? Viajar, ver el mundo, estar en la cima, conocer a tantos actores famosos…

Sonrío con educación, por compromiso. Ya estoy acostumbrada a que la gente idealice esta

profesión, que exige tanto esfuerzo.

—Lo es. A veces —respondo sin dar más detalles. No sé si ella nota que mi tono carece de entusiasmo.

Prefiero volver a distraerme mirando por la ventanilla, aunque solo vea mi reflejo. La silueta de una mujer con un vestido de punto negro que se adapta a su cuerpo, el pelo recogido en un moño flojo y unas gafas de sol de diseñador descansando en la mesita. Desde fuera, todo parece perfecto.

—¿Y cuánto tiempo estarás en Nueva York?

—Solo una semana. Luego vuelvo a Europa.

Ella asiente, satisfecha con la conversación, y vuelve a acomodarse en su asiento. Yo no añado nada más, porque la verdad es que no tengo ni idea de qué voy a hacer después. Una parte de mí quiere volver a Italia. Comprar una casa en la costa, abrir un negocio o ayudar a nuevas generaciones sin exprimirlas como me han exprimido a mí. Pero otra parte de mí… no sabe cómo vivir sin estar siempre en movimiento**.**

Respiro hondo y cierro los ojos de nuevo.

¿Realmente quiero seguir así?

No tengo respuestas.

Pero sé que, de alguna manera, este viaje no es como los anteriores. El pálpito de mi corazón me indica que esta será la última vez, aunque en mi cabeza aún no lo haya decidido.

CAPÍTULO 1

Isabella

Nueva York me recibe con un golpe de humedad en la piel en cuanto salgo del aeropuerto. Junio aquí es pesado y eléctrico, como si la ciudad estuviera conteniendo la respiración antes de explotar en una tormenta de verano. Me deslizo dentro del coche negro, que me espera en la terminal, y dejo caer la cabeza contra el reposacabezas mientras observo el horizonte a través del cristal. No importa cuántas veces haya estado aquí, Manhattan siempre tiene el poder de deslumbrarme con su caos elegante, los rascacielos que acarician el cielo y el ajetreo incansable de las calles las veinticuatro horas del día. Pero hoy no tengo ganas de dejarme impresionar. Estoy demasiado cansada.

—El equipo de la agencia ya está en el hotel, señorita Romano —me informa al chófer mientras el coche avanza entre el tráfico.

—¿Cuánto tiempo tengo antes de la sesión?

—Dos horas.

Respiro aliviada. No es mucho, pero al menos podré ducharme, cambiarme y comer algo. Los vuelos intercontinentales me dejan con la piel reseca y un sabor metálico en la boca, como si mi cuerpo aún no supiera en qué parte del mundo está.

El hotel donde me hospedo está en el Upper East Side, un clásico de cinco estrellas con una fachada de piedra tallada y lámparas de araña colgando en el vestíbulo de mármol negro y dorado. Me fascina su lujo clásico y atemporal, como todo en esta ciudad.

En cuanto entro en la *suite*, me quito los tacones y dejo la maleta junto al armario con un suspiro. El aire acondicionado enfría la habitación a la perfección, pero no hay nada que pueda disipar la sensación de fatiga que llevo encima. Me ducho con agua muy caliente, para que el vapor relaje mis músculos, y luego me envuelvo en un albornoz mientras reviso el servicio de habitaciones. Pido una ensalada ligera, algo de fruta y un café bien cargado. Mientras lo traen, me aplico una mascarilla relajante tumbada en el sofá. No puedo darme el lujo de llegar a la sesión y que el cliente me vea con ojeras, por mucho que los de maquillaje hagan maravillas.

A la vez que como, cojo el móvil y reviso mis mensajes. Valeria me ha dejado varios más, contándome detalles de la boda. Sonrío al ver las fotos del anillo, de su vestido a medio hacer y de Fabio con una expresión de absoluto derretimiento en los ojos. ¿Quién lo diría?

Cuando termino, me maquillo con precisión. Base luminosa, labios *nude* y un poco de iluminador en los pómulos. Algo fresco y natural para mejorar mi aspecto y que me vean con buena cara antes de que me maquillen allí para la sesión de fotos. Me visto con vaqueros y un top blanco de seda fluida con un escote recto y finos tirantes que dejan al descubierto mis clavículas, y una *blazer* roja extra size a juego con mis Converse. Me suelto el pelo, me echo un último vistazo en el espejo y bajo a la recepción.

Trabajo, es trabajo y nadie mejor que yo para fingir que todo en mi vida es perfecto.

Los del equipo de la agencia me esperan en recepción. Subimos todos al mismo coche, que me recogió en el aeropuerto, y nos dirigimos al set de trabajo. La primera localización de la sesión es el DUMBO en Brooklyn, con su emblemático puente de fondo y la luz dorada de la tarde iluminando los ladrillos rojos de los edificios antiguos. La ciudad como escenario de película.

—Bella, *lucís* increíble —me dice en español el fotógrafo, un argentino que lleva años fotografiando a las modelos más cotizadas, y me guiña un ojo mientras ajusta la cámara.

Sonrío con una profesionalidad impecable y poso con naturalidad, moviéndome entre las luces y las sombras de los callejones. Nadie diría que sufro *jet lag* tras un vuelo largo y que apenas he dormido. Hago unos giros para que se vea bien la ropa y siento cómo el aire cálido levanta la falda del vestido en el momento perfecto para una foto que grita *sofisticación* y *lujo sin esfuerzo.*

—Dame más de eso, Isabella. Mírame como si fueras dueña de este lugar.

No tengo que actuar. Soy dueña de este lugar. De cada esquina de Nueva York, de cada pasarela en la que camino, de cada portada en la que ha aparecido mi rostro…, y lo seré siempre, porque me meto en el papel que debo jugar, mientras me queden ganas.

La sesión dura un par de horas. Los comentarios del equipo son los de siempre: *Espectacular, impresionante, profesional, diosa.*… Me desvisto en el camerino improvisado que han montado en la esquina de una cafetería y me pongo mis vaqueros para acudir al siguiente evento. Aún nos queda la cena con la marca de la ropa que he lucido en la sesión.

El evento de esta noche es en una azotea privada en la Quinta Avenida, solo accesible para invitados de una lista selecta. Desde aquí, el Empire State se alza iluminado en la distancia y la ciudad brilla bajo nuestros pies como un tapiz de luces. En cuanto llegamos, una estilista me espera con un vestido de seda color esmeralda de Cooper Design, una firma neoyorquina que busca hacerse un hueco entre las grandes casas de moda internacional. Me lo pruebo en un vestidor del restaurante y dejo que la tela resbale sobre mi cuerpo y abrace mis curvas con un ajuste perfecto. Un golpe de efecto que sé que funciona.

Las joyas que me ponen son de una diseñadora emergente: diamantes pequeños, estratégicamente distribuidos en los lóbulos de mis orejas y en la cadena fina que rodea mi cuello. Minimalismo con intención. Salgo del vestidor y sé que todas las miradas se vuelven hacia mí. Que esté acostumbrada no lo hace más cómodo.

Camino con seguridad hasta la zona donde los invitados conversan con copas en la mano. La élite de la moda y de los negocios de la Gran Manzana se han reunido, como suelen hacer, en un local exclusivo que los aleja de la realidad**.** Algunos CEOs de marcas de lujo, colegas modelos, actores famosos, inversores en busca de oportunidades…, todos mezclados en un ambiente donde la exclusividad es la norma.

Sonrío con naturalidad cuando me presentan a las personas con las que nos cruzamos. Converso en francés con un diseñador de perfumes y con un bodeguero de fama mundial, en italiano con el director de una firma de zapatos de lujo, en inglés con el CEO de la marca para la que hice la campaña esta tarde. Puedo adaptarme a cualquier círculo. Lo llevo haciendo tanto tiempo que ya me sale de forma natural. Mientras tanto, los *flashes* a mi alrededor no dejan de

lanzar destellos sobre mi cuerpo. Estoy tan acostumbrada que casi ni los noto.

Todo es como siempre hasta que alguien que no veo se acerca a mi espalda y me habla al oído. Es una voz baja, grave, de hombre y que conozco muy bien.

—Isabella, necesito hablar contigo. Ahora.

La piel se me eriza. Me giro lentamente y veo a uno de los directores de mi agencia, Sam Giordano, vestido de traje negro, con la expresión seria y calculada de quien está a punto de pedirme algo importante. Mis ojos se entrecierran, porque no es propio de él hablar de trabajo conmigo durante un evento.

—¿De qué se trata?

Él no responde de inmediato. Solo me mira con una sonrisa tensa, que me indica que lo que va a decirme es difícil para él y que no me va a gustar. Se acerca más a mí y me susurra al oído algo que no quiere que nadie de alrededor escuche.

Sé que mi expresión cambia y un malestar me recorre el cuerpo. ¿Es posible que me esté diciendo esto?

CAPÍTULO 2

Jackson

Otra maldita fiesta, otra azotea llena de gente, que ya conozco demasiado bien y que no me aporta nada, y otra noche en Nueva York, donde las conversaciones suenan como un disco rayado: inversiones, tendencias, estrategias, contactos y poder. Nada nuevo y nada que me sorprenda.

Reprimo un bostezo y ajusto el nudo de mi corbata, mientras observo el *skyline* iluminado. La Quinta Avenida se extiende frente al edificio como un mar de luces intermitentes, mientras la ciudad late con la energía inagotable que la hace única. Amo Nueva York por encima de cualquier ciudad, pero no su versión elitista en la que estoy esta noche. Me hastía, aunque mi familia y yo formemos parte de esta élite tan superficial.

Alrededor de mí, la gente se mezcla como en un tablero de ajedrez: modelos de piernas interminables, magnates que ocultan su aburrimiento detrás de copas de whisky escocés, diseñadores en trajes de corte impecable y *socialités* que fingen estar interesadas en la cultura, pero que solo buscan una foto para su Instagram. Nada en este teatrillo me divierte. Pero debo estar por el bien de mi empresa; siempre hay un negocio en el aire, que se cierra en estos ambientes, o la oportunidad de una nueva inversión, que surge en una conversación banal.

Es la única razón por la que sigo viniendo. Aquí, entre un brindis y un comentario casual sobre la última colección de Armani, se cierran acuerdos multimillonarios. He aprendido a moverme en este mundo sin que me atrape y me engulla. Tolero lo suficiente para mantener el interés, pero no tanto como para convertirme en uno de ellos.

—Jackson, ¿qué tal la expansión en Londres? —pregunta un colega de rostro bronceado por demasiadas escapadas en yate y más ceros de los que podamos contar en su cuenta bancaria.

—A punto de cerrarse. Los números nos favorecen y el estudio de mercado nos avala**.**

El hombre asiente, satisfecho, como si supiera de qué demonios estamos hablando. No lo sabe, pero eso da lo mismo. En este mundo, lo único que importa es parecer que entiendes de todo. En mi memoria guardo un repertorio de expresiones de fingido interés, que he visto en demasiadas caras y que reconozco al instante. Cuando de verdad les importa, se nota.

Me excuso y me alejo con pasos lentos, mientras recorro con la vista la terraza sin un objetivo claro. Conozco a casi todo el mundo, pero siempre hay invitados nuevos que le dan colorido e interés a la velada, sobre todo cuando coincide con algún evento en la ciudad deportivo o artístico. A veces son jugadores de rugby, corredores de Formula 1, actores, actrices, modelos… Gente que traen los habituales, de los que les gusta rodearse y presumir de contactos.

De ese tipo de invitados debe ser la chica que acabo de ver al fondo de la terraza. Lleva un vestido verde esmeralda, y su cuello esbelto está enmarcado por un collar de diamantes sutiles. No sé si es el vestido lo que me impacta o la manera en que lo lleva. Como si la tela no estuviera sobre ella, sino que ella la controlara, que le diera sentido. No es la mujer más famosa de la

fiesta, pero sí la más impresionante. Algo en su porte la distingue de todas las mujeres que he conocido. No es solo belleza, es también presencia y carisma, lo que mi madre resumiría en un «saber estar».

Me quedo observándola, absorto. Ella, ajena a mis pensamientos, sigue moviéndose entre los invitados con esa seguridad absoluta de alguien que lleva años en este mundo y sabe jugar el juego, así que pienso que debe ser modelo. Sonríe como una profesional cuando alguien le dice algo, pero su expresión no cambia demasiado. No es una sonrisa de disfrute, sino medida. Conozco esa mirada, es la de alguien que está aquí porque es parte de su trabajo.

Alguien como yo.

—Impresionante, ¿verdad? ¿No conoces a Isabella Romano?

Una voz a mi lado me saca de mis pensamientos. Me giro y veo a Matt Peackot, uno de los organizadores del evento, un tipo dedicado a las relaciones públicas, que siempre está en todas partes al mismo tiempo.

—Es modelo internacional. Trabaja para las mejores marcas y últimamente está muy cotizada. La has tenido que ver en algún anuncio.

Romano. El nombre me suena. No porque haya seguido su carrera, sino porque ha aparecido en suficientes portadas y campañas como para que sea imposible no haberla visto antes.

—Interesante. Creo que no la había visto nunca en persona.

—Si estás buscando embajadoras para tu empresa, no hay muchas como ella. Es puro lujo. Elegancia clásica.

Miro otra vez a Isabella. Sí, es puro lujo, pero no es solo eso. En su expresión hay algo que me llama la atención. Como si estuviera aquí sin estarlo del todo. ¿Cómo decirlo? Etérea, por encima de la gente que la mira con avidez, ajena a las pasiones que despierta. La observo y siento que dentro de esa figura perfecta hay una mujer pasional y culta que actúa como una actriz. Esto es parte de su trabajo y así parece vivirlo. Seguro que está tan hastiada como yo. No sé por qué, pero lo noto.

Lo curioso es que esa sensación, aunque puedan ser solo imaginaciones mías, me atrapa más que su belleza.

—¿Con quién trabaja? —pregunto a Matt.

—Su agencia es Cosmo Models, una de las más exclusivas de Europa.

Una idea atraviesa mi mente. Mi empresa ha crecido más rápido de lo que muchos esperaban. Tengo oficinas en Nueva York, Londres, París y Tokio. Inversiones en diferentes sectores, pero hay algo que aún no tengo: una imagen pública sólida debido a mi tendencia a no salir demasiado en medios y viajar lo justo.

Me quedo pensativo porque, para lo que estoy planeando, necesito una mujer como Isabella Romano. Alguien con una imagen impecable y con carisma. Con un aura de sofisticación que no parezca forzada y que se vea a la legua que es inteligente además de guapa. Alguien que encaje a la perfección en este mundo sin parecer una muñeca de escaparate sin cerebro.

Me giro hacia Matt con una idea clara en la cabeza.

—¿Hay aquí alguien de su agencia, su representante tal vez? Necesito hablar con ellos.

—¿Quieres contratarla para una campaña?

—Algo así. —No le doy más explicaciones de lo que en mi cabeza está tomando forma. Debe ser secreto entre la agencia y yo, porque voy a hacerle una propuesta que no podrá rechazar.

Isabella Romano todavía no lo sabe, pero esta noche será el primer paso de algo mucho más grande.

Matt me presenta a Sam Giordano, el representante de Cosmo Models en Nueva York, a quien le cuento en una sala privada la idea que he tenido.

CAPÍTULO 3

Isabella

—No.

La palabra, que sale de mi boca como un disparo, es firme, inquebrantable y no deja lugar a dudas.

Sam Giordano, mi representante en Nueva York, parpadea un par de veces antes de inclinarse hacia atrás en el sillón de cuero de la *suite* privada, donde nos hemos reunido después del evento. En su rostro aparece esa expresión de paciencia forzada que suele usar cuando cree que soy demasiado impulsiva y no atiendo a razones.

—Isabella, escúchame antes de rechazarlo. —Su tono es pausado y calculado. Demasiado tranquilo para mi poca paciencia.

Cruzo los brazos sobre el pecho y lo miro con los ojos entrecerrados.

—No necesito escucharlo. Si es lo que parece, la respuesta sigue siendo la misma.

—No es lo que piensas.

Suelto un bufido y me pongo de pie, caminando hasta la barra donde queda un poco de champán en una de las copas. Lo tomo con la punta de los dedos, lo levanto a la altura de mi cara y me giro para encararme de nuevo con mi jefe.

—Dime que no es lo que parece, Giordano. Dime que no acabas de decirme que un cliente quiere pagarme como acompañante. Sabes tan bien como yo cómo se llama a eso en Italia.

Sam suspira.

—No es como *acompañante* en el sentido que piensas.

—¿Ah, no? ¿Entonces qué es? ¿Una especie de asistente de lujo? ¿O una novia de alquiler?

—Nada de eso. Es una propuesta de imagen de marca. —Me lanza una mirada exasperada, como si yo fuera la que está entendiendo todo mal—. Jackson Woodall no necesita novia ni *escort*. No es lo que busca. Es un maldito multimillonario que puede tener a cualquier mujer en la cama con solo chasquear los dedos. No necesita pagar para ello —sube la voz con esta última frase, algo irritado—. Lo importante es que no es eso lo que quiere de ti.

Mi mandíbula se tensa.

—Qué honor. Me siento halagada.

Sam ignora mi sarcasmo y se inclina sobre la mesa.

—Esto no es lo que piensas. Woodall está en plena expansión de su empresa y necesita un rostro que encaje con su marca: lujo, sofisticación, exclusividad, elegancia e inteligencia; todo

eso me ha dicho. Quiere a alguien que se mueva en su mundo con naturalidad, que no parezca forzada y que tenga carisma. Vamos, que necesita a alguien con presencia, con clase y con experiencia en manejar a los medios sin escándalos ni dramas. Pero no quiere que esa imagen se vea solo en la publicidad, sino que quiere que forme parte de un conjunto de acciones promocionales como la asistencia a eventos, los viajes de trabajo, etc.

Levanto una ceja.

—Y decidió que yo era esa persona. Sin saber nada de mí, de mis planes, de mi situación personal…, nada. No sabe si cumplo todos esos adjetivos que te ha dicho.

—Exactamente. Te ha elegido a ti y no te conoce, pero lo intuye, y precisamente es ese sexto sentido el que le ha llevado a triunfar en los negocios. Sabes tan bien como yo que no se equivoca.

Nos miramos sin hablar y, ante mi silencio, porque necesito pensar sin prisas, Sam continua.

—Realmente, tus contratos los manejamos nosotros y se pueden renegociar. Respecto a tu situación personal, creo que estás libre de obligaciones, ¿me equivoco? Sobre tus planes, poco más hay que decir a no ser que tengas algo en tu cabeza que no nos hayas contado. Trabajas para Cosmos Models y, salvo que rompas nuestra relación ahora mismo, tienes que hacer el trabajo que te proponemos, como ha sido siempre. Esto no es diferente.

Resoplo porque tiene razón en todo. Desde que firmé con ellos, no he sido libre ni un solo día de mi vida. Soy como una mercancía sin sentimientos con la que comercian para su beneficio. Me cruzo de brazos, pensativa. Si renuncio, me quedo sin agencia y sin futuro. Si acepto, tal vez pueda ahorrar mucho para dejar esta profesión antes de lo que pensaba.

—¿Y qué implica exactamente? Lo quiero todo muy claro y por escrito.

—Apariciones públicas estratégicas, galas, eventos de negocios y viajes a diferentes países cuando sea necesario. También, supongo, tendrás que acudir a cenas con inversores, reuniones con clientes importantes y lo que surja. También, por supuesto, posar para las fotos cuando corresponda, porque será una imagen compartida donde su equipo de comunicación decida.

—¿Eso suena a relación pública disfrazada?

—Tú lo llamas así, yo lo llamo una oportunidad.

Me río, sin humor.

—¿Para quién?

—Para los dos. Él consigue la imagen que quiere y tú logras un contrato que en dos años te dejaría el dinero suficiente para volver a Italia o donde quieras retirarte.

Mi cuerpo se queda rígido. Sam lo sabe. Ha tocado donde duele.

—Eres un hijo de puta manipulador.

Él se ríe.

—Y tú eres una modelo muy cara y muy lista. Sabes que no es un mal trato.

—Depende. Mi vida privada desaparecería durante ese tiempo.

—Piensa cuáles son tus banderas rojas antes de redactar el contrato. Todo es negociable, pero piénsalo bien, porque se trata de mucho dinero.

No respondo. En lugar de eso, camino lentamente hacia la ventana de la *suite* y miro la vista de la ciudad. Manhattan brilla a mi alrededor como las luces de una feria que atrae a los niños con una promesa, pero cuya imagen perfecta de mundo ideal no es más que una mentira.

—No tendré que hacer nada… íntimo con él. —Mi voz suena más baja ahora.

—Nada con lo que no te sientas cómoda.

Me giro y lo miro con frialdad.

—Si lo que me estás diciendo es que puede seducirme y llevarme a la cama para cumplir mi parte del trato, puedes ahorrarte la conversación y salir por esa puerta.

Sam levanta las manos, como si quisiera calmarme.

—Perdona, te estaba picando. No tienes que hacer nada íntimo, en absoluto. Es lo primero que le he objetado y me ha asegurado que quedará escrito en el contrato. Piénsalo. Solo te estoy diciendo que lo tomes como lo que es: un contrato de imagen, como cuando trabajas con una marca de lujo, pero ampliado. Solo que, en lugar de ser un perfume o un vestido, el producto eres tú.

—Y él.

—Exactamente.

Exhalo lentamente y dejo la copa de champán sobre la mesa.

—¿Cuánto?

Sam sonríe, como el maldito zorro que es. Me menciona la cifra y mi estómago se revuelve. Es una cantidad obscena.

Podría jubilarme con eso. No tendría que aceptar más contratos con marcas que me explotan hasta la extenuación, ni seguir fingiendo entusiasmo por vestidos que no quiero usar ni por campañas que ya no me emocionan, ni hablar con tíos babosos en eventos para que otros hagan negocio.

Podría acabar con todo y comprarme una casa en la costa italiana. Hacer realidad mi sueño de dejar de ser Isabella Romano, la modelo, y empezar a ser Isabella Romano, una ciudadana normal. Sin embargo, hay algo en esto que me incomoda.

—Lo pensaré.

—Sabía que lo harías.

Le lanzo una mirada fulminante.

—No te emociones, Giordano. Aún no he dicho que sí.

Él sonríe, confiado.

—Pero lo harás. Porque sé lo que quieres y esto puede dártelo.

Me quedo en silencio, abatida, porque siento el peso de sus palabras. ¿De verdad puedo hacer

esto? ¿De verdad puedo vender mi imagen y mi tiempo a un hombre como Jackson Woodall?

Cierro los ojos y respiro hondo. Esto cambia todo lo que tenía pensado. Intuía que algo iba a pasar en este viaje, y así ha sido. Porque este no es un contrato normal, y aunque acepto, todavía no estoy muy convencida.

CAPÍTULO 4

Jackson

El restaurante elegido para la cena es discreto, elegante y muy exclusivo. Uno de esos lugares que no están en ninguna guía turística, donde los tratos importantes se cierran entre copas de vino de dos mil dólares y carne cocinada en su punto exacto.

Afuera, la ciudad sigue con su ritmo imparable, pero aquí dentro el ambiente es tranquilo e íntimo. El comedor está iluminado con lámparas de cristal soplado que cuelgan sobre mesas vestidas con manteles de lino impecables. Hay una sinfonía de murmullos bajos de los comensales en sus reservados, el tintineo de cubiertos sobre la porcelana fina y el lejano sonido del piano que alguien toca en la esquina del salón.

Cuando la veo entrar, tengo claro que la espera ha merecido la pena. Isabella Romano avanza con la misma seguridad con la que desfilaría en cualquier pasarela. No mira a su alrededor; no necesita hacerlo, porque sabe que todos la observan.

El vestido negro de seda fluye sobre su cuerpo con la elegancia de algo creado a medida. El escote sutil resalta la curva de sus clavículas, y el corte ajustado le abraza la cintura antes de abrirse ligeramente en la falda. Los tacones altos alargan aún más sus piernas y, aunque el maquillaje que lleva es discreto, en su mirada tiene algo que la hace letal. No parece una mujer que haya sido convocada a una reunión de negocios, sino una que va a dictar sentencia. Una actitud que no solo me gusta, me encanta.

Me pongo de pie cuando se acerca.

—Señor Woodall —dice con un tono impecable, educado y demasiado distante. Su seguridad me hace sonreír por dentro, porque eso es lo que busco, nada de chicas guapas que no saben moverse por los ambientes que frecuento o que ofrecen sonrisas seductoras pero vacías.

—Señorita Romano —respondo en su mismo tono, con una leve inclinación de cabeza—. Gracias por aceptar mi invitación.

No responde de inmediato. Me mira con una expresión neutral y calculadora, antes de sentarse frente a mí. La recepcionista que la ha acompañado le ha separado la silla y la ayuda con cortesía, luego le indica el soporte auxiliar para que deje el bolso y ella se lo agradece con una sonrisa sincera.

Un camarero se acerca en cuanto Isabella está acomodada, le ofrece la carta de vinos y ella la rechaza con un gesto de la mano.

—Un martini seco —ordena sin ni siquiera mirarlo, porque sus ojos se dirigen a mí y me estudian sin ningún disimulo.

Me inclino en mi asiento, ligeramente divertido.

—Nada de vino.

—Esta noche prefiero algo con más carácter.

Dejo escapar una leve sonrisa mientras pido un whisky para mí.

—Eso me gusta. Sabes lo que quieres.

Ella apoya las manos en la mesa con tranquilidad, mientras sus ojos felinos me observan y siento que me sigue analizando.

—Si fuera de otra manera, no habría llegado hasta donde estoy.

Asiento despacio con un leve movimiento de cabeza.

—Buena respuesta y muy razonable.

El camarero desaparece y nos deja solos en esta burbuja de privacidad. Por primera vez en la noche, Isabella suelta un leve suspiro y parece relajarse un poco.

—¿Así que esta cena es tu manera de ponerme a prueba?

—Digamos que quiero ver si lo que dice Giordano es cierto.

—¿Y qué dice?

—Que eres la mejor opción para lo que necesito.

Arquea una ceja con una mínima inclinación de su cabeza. Luego, esboza una sonrisa de medio lado a la vez que pestañea lentamente en un gesto que me resulta muy seductor, aunque sé que lo último que ella quiere es eso. Giordano me lo ha dejado muy claro.

—Curioso. Por lo que él me ha contado…, yo diría que lo que necesitas es una novia.

Suelto una risa tenue, casi silenciosa, ante su forma de desafiarme sin ningún temor. Es inteligente, directa y me divierte su ironía. Si acepta el trabajo tendré que mantenerla a raya, pero así es como quiero que actúe con mis relaciones de trabajo.

—Lo último que necesito es una novia, te lo aseguro.

—Entonces… explícame exactamente lo que buscas y lo que esperas de mí.

Dejo el vaso de whisky sobre la mesa y la miro directamente a los ojos.

—La imagen perfecta. Una mujer que encaje a la perfección en mi mundo, en mis reuniones yen mis negocios. No como un adorno, sino como una declaración.

—¿Una declaración de qué?

—De estabilidad, de éxito, de seguridad…

Ella enarca una ceja con escepticismo y corta mi lista de palabras.

—¿Para quién?

—Para los socios con los que estoy cerrando una fusión multimillonaria. Es un acuerdo que llevo años planeando y, si todo sale como espero, será la mayor jugada de mi carrera.

Isabella entrecierra los ojos, como si estuviera buscando una trampa en mis palabras.

—¿Y necesitas una mujer a tu lado para hacerlo más convincente? Perdona, pero eso suena extraño.

—Una mujer, no. Necesito a la mujer correcta.

Su risa es baja, apenas un soplo de aire cargado de sarcasmo e incredulidad.

—Debería decir ¡qué honor!, ¿no? Pero aún no sé si lo es.

—No lo tomes como algo personal. Esto no tiene nada que ver ni contigo ni conmigo. Eres la opción más lógica para mí, eso es todo. La que mejor encaja. No solo eres guapa, eres inteligente, educada, con clase, irónica, elegante… Tienes todo lo que se necesita para este trabajo, porque es eso, no lo olvides, un trabajo como cualquiera que hayas hecho ya.

—Gracias por tanto halago. Me abrumas. Giordano me dijo que querías una imagen para tu marca. Veo que no es exactamente eso.

Sonrío, divertido.

—Sí y no. Quiero tu imagen, es cierto, y tu saber estar pero a mi lado, no en vallas publicitarias. La imagen de marca somos los dos juntos en mis reuniones, viajes y asistencia a eventos.

—Eso te lo daría una novia. ¿Ves? Tenía yo razón.

—Si quieres verlo así, adelante. Estoy seguro de que se hablará de ti en esos términos, así que es bueno que lo tengas tan claro. Pero si te molesta…

—No voy a firmar el contrato si el trabajo es ser una novia de alquiler ni…, ni si implica tener ciertos acercamientos, ya me entiendes. Se lo dejé muy claro a Giordano.

Hace amago de levantarse, pero levanto mis manos para pedirle que se siente.

—Por favor, quédate. Déjame aclararlo. Ya te he dicho que no quiero una novia, aunque corramos el riesgo de que haya gente que te tome por una. La verdad —sonrío de medio lado—, a ninguna de las novias que he tenido les pediría el trabajo que te pido a ti. Por supuesto, habrá un contrato que ambos debemos respetar. No eres la única con reglas, Isabella.

Ella apoya un codo en la mesa y me observa con un interés nuevo.

—¿Qué clase de reglas?

—Nada de intimidad. Ni conmigo ni con ninguna de las personas con las que tengas que tratar. Solo me acompañarás y tomarás parte en conversaciones que solo alguien como tú puede tener. Te indicaré con quién hablar y qué decir. Serás mis ojos en algunos círculos, con hombres y mujeres, y sus acompañantes. Serás mi espía, mi mano derecha… ponle el nombre que desees.

Nos quedamos en silencio.

Ella no parpadea. No parece sorprendida ni indignada. Solo… pensativa.

—Esa es la condición que le puse a Giordano.

—Exacto. Lo repito, he visto en ti algo que no suelo encontrar en ninguna persona y te respeto. Lo que quiero es una relación cordial que funcione y que me haga ganar ciertos negocios.

—Y eso significa…

—Mientras dure este contrato, seremos exactamente lo que el mundo espera ver, solo de puertas hacia afuera.

Isabella desliza el dedo índice sobre el borde de la copa con lentitud, como si estuviera calculando cada palabra.

—¿Y qué espera ver el mundo?

—Una pareja perfecta. No un romance real, ni una historia de amor, eso les da igual. Solo, como lo diría…, un espectáculo bien ejecutado.

Isabella levanta una ceja con una mezcla de ironía y desafío.

—Entonces, ¿esto es solo una estrategia de marketing?

Sonrío.

—Todo en la vida lo es.

Bebe un sorbo pausado antes de responder.

—Y cuando todo esto acabe, cuando consigas lo que quieres…

Deja la pregunta en el aire, pero ya sé a dónde quiere llegar.

—Cuando acabe, Isabella, será como una partida bien jugada. Nos damos la mano, nos despedimos y seguimos adelante. Sin deudas pendientes, sin intereses cruzados y sin preguntas. Tenemos que jugar bien nuestras cartas, como una pareja bien avenida en el póquer. Yo apuesto a que tenemos las mejores cartas para ganar con tus cualidades y las mías.

Ella me observa con intensidad, como si buscara grietas en mi lógica.

—Suena más a una apuesta que a un contrato.

Mis labios se curvan en una sonrisa.

—Tal vez lo sea.

Isabella deja la copa sobre la mesa, y se inclina levemente hacia mí. Sin pretenderlo, mi vista va hacia su escote, pero enseguida vuelvo a sus ojos felinos.

—Lo curioso de las apuestas, Woodall, es que alguien siempre pierde.

Me río por lo bajo, y me acerco un poco más a ella. Nuestros ojos quedan frente a frente, mi mirada es tan intensa como la suya, y me la mantiene sin perturbarse lo más mínimo. Me gusta.

—Entonces, dime, Isabella… ¿tú sueles ganar o perder?

Ella sonríe, pero sus ojos dicen que su respuesta no es tan fácil. Sé por su agencia que está pensando en retirarse, que está cansada del mundo artificial en el que se mueve y sé que si acepta mi oferta, con la gran suma que le voy a pagar, será el último trabajo antes de cambiar de vida. Eso es, soy su última apuesta para dar ese giro.

Por eso esto no es solo una negociación. Es la última apuesta. Para mí, porque apuesto por ella para conseguir mi objetivo, y para ella, porque es su oportunidad de darle otro sentido a su vida. Y ambos estamos a punto de hacerla.

—¿Funcionará? —pregunta y siento que la decisión ya está tomada, aunque no me lo diga.

—Apuesto a que sí.

No me responde, pero no me importa, porque siento que ya ha aceptado. Si algo me deja claro es que Isabella Romano no es una mujer que retroceda ante un reto.

CAPÍTULO 5

Isabella

El despacho de Jackson Woodall es exactamente lo que esperaba: sobrio, elegante y calculado hasta el último detalle. Paredes de cristal que ofrecen una vista espectacular de Manhattan, muebles de diseño en tonos neutros y una inmensa estantería llena de libros que no parece solo decorativa. El desorden entre ellos y las arrugas del lomo de algunos, me hace pensar que los lee. Hay una mesa de reuniones de mármol oscuro en el centro, sillas de cuero negro y, sobre la superficie, una carpeta de documentos perfectamente alineada, esperando mi firma.

Él está sentado al otro lado, con actitud segura en su traje gris carbón que le sienta como una segunda piel. Lleva una camisa blanca impoluta, un reloj de acero en la muñeca y el pelo oscuro, algo ondulado, que da la impresión de estar recién peinado. Es el tipo de hombre que parece haber nacido para este mundo: guapo, por naturaleza, y poderoso sin alardear de ello. Lo miro y me pregunto si, detrás de esa fachada tan perfecta, habrá algo más. Algo que no pueda controlarse con dinero, contratos y estrategias.

—Aquí tienes el acuerdo —su voz me saca de mis pensamientos.

Arrastra los papeles hacia mí con un dedo, con la seguridad de alguien que no tiene dudas sobre lo que está haciendo. Lo repaso con la atención de quien está a punto de vender una parte de sí misma. Observo que no hay cláusulas sospechosas, solo habla de apariciones públicas, viajes, eventos e interacción en redes si es necesario. Ninguna obligación personal fuera de los compromisos acordados. Nada que no pueda manejar con precisión e inteligencia.

Levanto la vista y lo observo. Está completamente relajado, como si esto no fuera diferente a cualquier otra transacción en su imperio.

—¿Tienes alguna objeción? —pregunta con calma.

—No. —Miro a Giordano que me dice adelante con un gesto de la cabeza y firmo el contrato con un trazo decidido y lo deslizo de nuevo hacia él—. Supongo que esto hace oficial nuestra sociedad.

Jackson sonríe con frialdad.

—Bienvenida a mi mundo, Isabella.

Sus palabras me sobrecogen porque este trabajo ya es una realidad y espero no haber firmado mi sentencia de muerte. Giordano nos da la mano a los dos, coge su copia, que ha firmado previamente, y se va sonriendo. Sin duda es un buen acuerdo para la agencia Cosmo Models, que se lleva un buen pellizco con la operación. De nuevo me siento una marioneta en manos ajenas. El estómago se me revuelve al pensarlo y me recuerdo que es la última vez, el último contrato, la apuesta que hago para recuperar una vida normal.

Después de la reunión, un chófer me lleva a mi nueva residencia en Nueva York: un ático en

la misma torre donde vive Jackson, a solo una puerta de distancia. Me había informado de que su familia lo usa en ocasiones, pero ahora, durante los meses que dure mi trabajo, será mi espacio. De puertas para afuera es como si viviéramos juntos, pero en realidad estamos separados por un muro, cada uno en su apartamento. Esa era una de mis condiciones: ninguna convivencia. Solo es trabajo y tendrá un horario que estableceremos cada semana según su agenda.

Al entrar en el ático, me invade el olor a limpio y a un suave aroma a lavanda. La luz natural inunda cada rincón gracias a los ventanales de suelo a techo que ofrecen una vista privilegiada de Central Park. El diseño es minimalista y moderno: tonos blancos, ocres y beige, muebles de líneas rectas, un sofá de cuero en color caramelo en el salón y una cocina abierta con electrodomésticos de última generación.

Subo por la escalera de caracol que lleva a la planta superior, donde está el dormitorio. Una cama inmensa con sábanas de algodón egipcio, un vestidor, que en este momento está vacío, y un baño con una bañera que parece sacada de un *spa* de lujo.

No puedo evitar soltar un suspiro. Esto es diferente a cualquier hotel en el que me haya alojado o, a cualquier *suite* que me hayan dado en mis viajes. Esto parece un hogar. Uno prestado, sí. Temporal. Pero, de alguna manera, me encuentro en un lugar que podría llamar mío, porque es un apartamento, no un hotel, y eso ya marca la diferencia.

Me acerco al ventanal y miro la ciudad que se extiende ante mí como si no tuviera fin. Estoy aquí. En el corazón de Nueva York y ahora, soy parte de algo que aún no tengo totalmente claro, y de una manera inesperada.

Decido que lo primero que debo hacer es llenar ese vestidor vacío. Mi maleta solo tenía ropa para una semana de sesiones de fotos, nada adecuado para mi nueva… ¿vida? El chófer de Jackson me lleva a la Quinta Avenida, donde las boutiques de lujo parecen competir por la atención de los clientes. Balenciaga, Dior, Saint Laurent, Gucci… Me dejo llevar por la eficiencia de las estilistas, que parecen adivinar lo que necesito incluso antes de que lo pida.

Elijo trajes de corte impecable, vestidos de cóctel, zapatos de tacón vertiginoso, bolsos de marca y joyas sutiles pero impactantes. Si voy a jugar este papel, lo haré con estilo. La tarjeta que me ha dado Jackson no tiene límite, pero tampoco quiero ser una aprovechada. Ya compraré más conforme lo necesite.

Mientras me pruebo un vestido rojo de Alexander McQueen, mi móvil vibra dentro de mi bolso. Lo saco y sonrío al ver el nombre en la pantalla. Valeria aún no sabe nada de esto. La llamé para contárselo, pero no me cogió la llamada que me devuelve ahora.

—¿Cómo va Nueva York? ¿Ya te has cansado de la Gran Manzana? Vuelve que te necesito para preparar la boda.

Sonrío y me observo en el espejo, ajustando la falda de un vestido rojo de seda.

—Me temo que tardaremos en vernos, Val. Ha habido… cambios.

—¿A qué te refieres? No me asustes, Bella.

—Escucha… tengo que contarte algo. Nada de qué preocuparse… aunque puede que mi vida dé un giro interesante.

—¿Interesante en qué sentido? ¿No habrás conocido al amor de tu vida? —rie.

Respiro hondo y, sin pensarlo demasiado, le cuento todo sobre el contrato con Jackson.

—Nooo. Es de trabajo. ¿Recuerdas cuando dijiste que pensara bien mi futuro? Bueno, acabo de aceptar un contrato bastante… inusual, pero que va a engordar mi cuenta corriente.

—No me gusta cómo suena eso. Explícate.

—Voy a ser la imagen pública de Jackson Woodall, un magnate o algo así.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Nada escandaloso. Solo trabajo. Voy a ser su acompañante en eventos, su imagen pública. No hay nada más.

—Isabella. ¿Estás segura? No será algo como… acompañante. Mira, sé que a las modelos os lo ofrecen, pero tú no necesitas eso… No me hagas volar a Nueva York para sacarte de ahí.

—No es lo que estás pensando. Tenemos un contrato. Soy una especie de asistente en su vida pública. Seguramente parezca que somos una pareja estable sin serlo.

—No lo veo claro.

—Tranquila, la agencia está detrás y hay un montón de situaciones que me permiten romper el contrato. Confía en mí. Deberías felicitarme.

—Vale. Felicidades. Pero aún no sé si por tu contrato… o por la locura en la que te has metido.

—De momento, solo celebro que mi vestidor está vacío y que lo estoy solucionando.

—Déjame adivinar… Chanel, Prada, Givenchy…

—Casi. Hoy estoy en modo McQueen.

—Claro, si vas a jugar, juega con clase. No esperaba menos de ti.

—Cómo me conoces.

—Bueno, mantenme al día. Solo, ten cuidado, ¿ok?

—Sí, no te preocupes y disfruta de los preparativos de la boda. Siento no estar para ayudarte.

Me despido contenta por tenerla en mi vida y, a la vez, su advertencia me deja con una sensación extraña. No porque crea que estoy en peligro, sino por la incertidumbre de lo que esto significa realmente, si seré capaz de comportarme de forma profesional durante tanto tiempo. Me miro en el espejo. El vestido abraza mi cuerpo como un guante, la tela se adapta a cada curva con precisión quirúrgica. Sí, tengo buen gusto o, al menos, sé cómo proyectar lo que quiero para que los demás vean solo lo que yo deseo.

CAPÍTULO 6

Jackson

El evento de esta noche es importante. El primero al que voy a asistir con Isabella desde que firmamos el contrato hace una semana. Hasta ahora solo nos hemos dejado ver en alguna cena con gente de confianza y apenas he hablado con ella. Aunque me tiene fascinado. Me pone nervioso saber que está al otro lado de la pared de mi ático, donde pasa casi todo el día preparándose con los documentos que le he pasado para que conozca la empresa y pueda hablar con propiedad en las reuniones a las que acuda. Además de eso, sale a hacer deporte por Central Park y, a veces, se va de tiendas. No he podido preguntarle si está contenta o aburrida y, a menudo, me inquieta pensar que está sola sin saber cómo ocupar el tiempo y sin gente con la que hablar. Esta noche trataré de averiguarlo.

En esta primera ocasión que salimos juntos podré observar si da la imagen que deseo ante un grupo grande de empresarios y celebridades. Se trata de un acto de beneficencia, organizado por uno de los bancos con los que estamos negociando la fusión. En teoría, es solo una gala más, una de tantas donde los discursos son ensayados, las sonrisas calculadas y las donaciones estratégicamente planificadas para desgravar impuestos. Nada que no haya visto antes y sin ningún interés para mí, más allá de lo que pueda cerrarse en términos de negocio.

O, al menos, eso pensaba, hasta que llamo al ático vecino para recoger a Isabella y la veo ya preparada en el salón. Por un instante, se hace un silencio interno en mi cabeza, como si el resto del mundo se difuminara y solo quedara ella.

El vestido negro que lleva es una obra maestra. Un diseño ajustado, con líneas limpias que se amoldan a su figura como si estuviera diseñado exclusivamente para su cuerpo. Escote recto, hombros al descubierto, tela que cae en un equilibrio perfecto entre la elegancia y la sensualidad. Se ha recogido el pelo en un moño bajo, que deja a la vista la delicadeza de su cuello, donde una simple cadena de diamantes reposa con una naturalidad que haría temblar a cualquier joyero.

Pero no es solo la ropa. Es ella. Siento una presión sutil en el pecho al verla. Mierda.

—¿Estás lista? —logro decir tragándome el nudo que se me ha instalado en la garganta—. El chófer nos espera.

Le ayudo a colocarse un abrigo también negro y salimos al ascensor para bajar al parking.

—¿Todo bien?

—Sí, gracias. El piso es fantástico. ¿Alguna indicación para esta noche?

—Nada. Ya sabes educación, sonrisa y aplausos cuando toque. Hoy céntrate en la gente que te presente, que va a ser mucha, porque a la mayoría la volverás a ver. ¿Podrás?

—Sin duda.

Llegamos al recinto en el que se desarrolla la gala. Bajo del coche y lo rodeo para darle la

mano y ayudarla a salir, una vez que el chofer nos abre la puerta. Los *flashes* nos ciegan a los dos, aunque a ella parece no molestarle tanto como a mí. Me acerco a Isabella tranquilo, sin prisa, pero con la certeza de que desde este momento, todas las miradas estarán sobre nosotros. Así es como debe ser y como lo he planeado.

—Isabella —le dedico una sonrisa medida, ofreciéndole la mano.

Ella la toma con una suavidad calculada. La presión de sus dedos es ligera, pero firme. Me mira con la misma intensidad con la que estudió cada cláusula del contrato antes de firmarlo.

—Jackson —responde con una sonrisa impecable, la misma que ha perfeccionado para miles de fotógrafos.

Me inclino apenas, rozando su mejilla en un gesto ensayado, con la precisión exacta para que las cámaras capten la imagen, sin que parezca forzado y sin traspasar los límites que nos hemos puesto. Al apartarme, mis labios casi rozan su piel y un escalofrío me recorre la nuca.

No esperaba esto. No entraba en mis planes que la cercanía de Isabella Romano me afectara de esta manera.

—¿Lista para jugar? —pregunto en voz baja, sin abandonar mi pose elegante y seria.

Sus labios se curvan apenas en una media sonrisa.

—Siempre.

Le ofrezco mi brazo y ella lo toma con naturalidad. Nos movemos entre los asistentes como si lleváramos años haciéndolo, como si este teatro fuera una coreografía bien ensayada. Entramos y me fascina la manera con la que camina con la absoluta seguridad de quien domina la alfombra roja, la forma en la que su mirada se pasea por la sala con un leve destello de aburrimiento, como si nada de lo que ve le sorprendiera. Como si este mundo, con todos sus lujos y excesos, no pudiera impresionarla. Es toda una profesional y estoy encantado.

Los hombres nos observan con interés y las mujeres con envidia. Exactamente lo que necesito.

A lo largo de la velada, observo cómo Isabella se mezcla entre los invitados con una facilidad que roza lo insultante. Habla en francés con un diplomático suizo, se ríe con elegancia ante un comentario de un CEO de Wall Street y esquiva con destreza las insinuaciones de un político con demasiado whisky en el cuerpo.

Es un espectáculo verla en acción. El único problema de esto es que no puedo dejar de mirarla. Antes de conocerla quería poseer esa imagen perfecta, ese halo de lujo y sofisticación, que hace que cualquiera a su lado parezca más poderoso. Pero ahora, en este momento, la deseo de una forma completamente diferente. No solo por lo que representa, sino por lo que es. Por la mujer que hay detrás de la perfección. Maldigo en mi interior porque eso es jodidamente peligroso.

Hago un esfuerzo consciente por concentrarme en mis objetivos. Hablo con los inversores adecuados y cierro conversaciones clave que tenía pendientes. Tomo el control de la negociación con la naturalidad de siempre, como si ella no estuviera. Pero cada vez que Isabella se ríe, que inclina la cabeza con un gesto de interés fingido o que alguien posa su mano en la curva de su espalda de manera demasiado cordial, siento cómo se me tensan todos los músculos. Todo eso

tampoco estaba en mis planes.

—¿Quieres salir un momento? —le pregunto cuando la noto ligeramente agotada, después de horas de sonrisas perfectas y conversaciones vacías.

Isabella me mira con curiosidad, pero acepta sin cuestionar. Salimos a la terraza privada del salón de eventos. Manhattan se extiende ante nosotros como un mar de luces, que parpadean igual que las estrellas atrapadas en la ciudad. Ella se apoya en la barandilla y cierra los ojos un segundo, y su rostro, antes tenso, se relaja al disfrutar de la brisa nocturna.

—No está tan mal —murmura.

La observo en silencio.

—¿El qué?

—Este acuerdo. Podría ser peor.

Dejo escapar una breve risa.

—¿Te refieres a mí?

Ella gira la cabeza para verme de frente y me dedica una mirada divertida.

—No lo sé todavía.

Su sinceridad me desconcierta.

—¿Por qué aceptaste si pensabas que iba a ser horrible?

No responde de inmediato. Se toma su tiempo, como si estuviera decidiendo cuánta verdad darme.

—Porque es mi última oportunidad.

La miro con más atención.

—¿Última para qué?

—Para decidir qué hago con mi vida cuando esto termine. Ya te lo comenté.

La respuesta me deja en silencio. Aunque es verdad que tanto Giodano como ella me habían contado que pensaba dejar la profesión de modelo, no pensaba que era ya una decisión firme.

Por primera vez, veo una grieta en su apariencia perfecta. Cuando pensé en tener a mi lado a una mujer como ella, olvidé su lado humano y real. Y eso me jode porque debería darme igual. Porque, si esto es solo un trato, un acuerdo, un negocio, entonces… ¿Por qué demonios me importa tanto lo que piensa Isabella Romano?

CAPÍTULO 7

Isabella

Por un instante, el mundo se reduce a este balcón y a Jackson Woodall. A la forma en la que me mira, como si estuviera viendo más allá de la apariencia perfecta que llevo años perfeccionando. Como si intentara descifrar algo en mí que ni siquiera yo misma he llegado a comprender. Confieso que eso, de alguna manera, me molesta porque no quiero que me vea. No quiero que note que, en este preciso instante, mi cuerpo está reaccionando de una forma que no debería.

Hace frío, pero no lo suficiente como para que mis manos tiemblen. Y, sin embargo, las escondo entre los pliegues de la falda, como si pudiera evitar que descubra lo que me está ocurriendo. Porque, joder, en este momento lo habría besado. Y no puedo permitirme eso.

Cierro los ojos un segundo y respiro hondo para asimilar todo lo que ha pasado. Achaco ese momento de debilidad al champán que he bebido en la velada, a la tensión del evento y a lo cansado que es mantener sonrisas fingidas durante tantas horas. Pero sé que es mentira.

Yo no bebo cuando trabajo. Es una regla que sigo a rajatabla, porque el control lo es todo en este mundo. La gente cree que las modelos somos frágiles, que nos dejamos llevar por los elogios y por la adulación constante. Pero yo nunca he sido así, yo siempre controlo. Por eso lo que me está pasando ahora con Jackson me inquieta, porque mi reacción está fuera de mi control.

Siento su mirada fija en mí, la energía que emana sin ni siquiera moverse. Está demasiado cerca o, tal vez, soy yo la que se siente demasiado expuesta cuando estoy a su lado.

—¿En qué piensas? —su voz es baja y el tono tan calmado que me inquieta.

Abro los ojos y lo miro de reojo.

—En lo mucho que odio las fiestas de gala —miento con facilidad, obligándome a relajar los hombros.

Él suelta una risa breve, como si no me creyera del todo.

—Pues van a ser muchas. Podría habértelo dicho antes de firmar el contrato.

Me giro hacia él y ladeo la cabeza con una media sonrisa.

—Si lo hubiera sabido, habría pedido una prima extra.

Jackson apoya los codos en la barandilla y me observa en silencio, como si estuviera midiendo mis palabras.

—¿Siempre negocias con tanta frialdad?

—Siempre.

—Interesante.

Algo en el tono que usa para dirigirse a mí me irrita.

—¿Te sorprende?

—Me intriga.

Lo miro con escepticismo.

—¿Por qué?

—Porque no creo que seas tan fría como aparentas.

Y ahí está. Ese juego peligroso en el que no quiero caer. Me enderezo y sacudo la cabeza con fingida diversión.

—Si eso te tranquiliza, considérame una profesional. Las modelos somos un poco actrices.

Jackson no dice nada. Solo me observa, y sé que no le he convencido del todo. Pero el problema no es él, es que soy yo, lo tengo claro, porque en este momento, mi cuerpo no parece obedecerme. Soy demasiado consciente de su proximidad, del leve roce de su chaqueta contra mi brazo y del calor de su piel a pesar del aire fresco de la noche.

Necesito un respiro. Me giro, apoyando las manos en la barandilla y dejo que mi mirada se pierda en el horizonte de Manhattan. La ciudad brilla bajo la neblina de la noche, imponente e infinita. Me aferro a esa vista como si pudiera traerme de vuelta a la realidad, a la lógica del absurdo rumbo que parece haber tomado mi vida, sin que nada estuviera planeado.

Jackson se mueve a mi lado y su presencia es una sombra embarazosa, que se instala junto a mí. Su silencio pesa y yo, que siempre tengo la palabra a punto, no sé qué decir. La situación empieza a ser incómoda. Me giro y lo miro de reojo. Sus ojos oscuros están clavados en mí, con esa intensidad que no me gusta, porque me hace sentir como si estuviera bajo una lupa. Como si pudiera ver más de lo que quiero mostrarle. No quiero entrar en terreno peligroso y lo mejor es alejarme de esto.

—Voy a volver adentro —murmuro, alisando la tela de mi vestido, sin buscar una excusa para romper este momento.

Pero justo cuando doy un paso, Jackson también se mueve y el riesgo al que nos exponemos ocurre. Apenas un roce. Un contacto leve, breve. Sus dedos rozan mi muñeca en un gesto que parece ser casual, pero que quizá no lo es, porque lo siento en todo el cuerpo. El pulso se me acelera.

—Isabella…

Su voz es más baja y grave. Me quedo paralizada, porque no debería haber dicho mi nombre así. Con esa suavidad que se desliza como si fuera terciopelo sobre mi piel. Levanto la vista y lo miro. Por un segundo, estamos atrapados en esta burbuja de irrrealidad. Sé que si me quedo aquí un segundo más, haré algo estúpido. Así que me obligo a romper el contacto, a dar un paso atrás y fingir que esto no ha ocurrido.

—Deberíamos volver —digo con firmeza, ignorando el fuego en mi piel y el latido acelerado en mis venas.

Jackson me observa un segundo más y asiente, como si entendiera lo que acabo de hacer.

—Sí. Deberíamos.

Mientras camino de vuelta al salón y recupero mi máscara profesional y fría, me repito a mí misma que lo que ha pasado no significa nada. Pero en el fondo, sé que estoy mintiendo. Dentro del salón, la fiesta sigue tal y como la dejamos, ajena a lo que ha pasado fuera, si es que ha pasado algo. Nos reciben las sonrisas ensayadas, las conversaciones superficiales y el sonido incesante del ruido de las copas que chocan entre sí en brindis de cortesía.

Pero yo sigo sintiendo la presión del aire frío contra mi piel, el eco del silencio tenso que se creó entre Jackson y yo en la terraza, y que dibuja la línea que no debemos pasar. Sus dedos apenas me tocaron, pero el calor de ese roce sigue ahí, quemándome como una marca invisible en la muñeca.

Me esfuerzo por sacudir la sensación de mi cuerpo y volver al papel que tengo que interpretar esta noche. Esto es un trabajo, un contrato más. Sé que si dejo que la atracción se interponga, lo arruinaré todo. Debo mantener el control y en eso soy una maestra.

Me mezclo entre los invitados con la misma precisión con la que camino sobre una pasarela, con una sonrisa perfecta y la cabeza alta, sin dejar que se note lo que ocurre dentro de mí. Jackson también lo hace. Pero cuando nuestras miradas se cruzan en la distancia, hay algo diferente en la forma en la que me observa. Como si ahora supiera que no soy tan inquebrantable como aparento. Haber bajado la guardia me irrita. Aunque, en realidad, me da igual lo que crea.

Casi agradezco cuando uno de los organizadores del evento, un empresario francés con el que he trabajado en una campaña años atrás, me detiene para saludarme con efusividad.

—¡*Mademoiselle* Romano! Es un placer verla aquí. Pensé que no le gustaban estos eventos más allá de los desfiles.

Sonrío con un encanto ensayado.

—Digamos que ahora me interesan otros círculos.

Él me estudia con curiosidad antes de esbozar una sonrisa cómplice.

—¿Por eso está con Woodall? Hacen una pareja *magnifique.*

Mi expresión no cambia ni un milímetro.

—Como corren las noticias —le guiño un ojo—. Jackson es un hombre muy interesante.

—Lo es. Y también es peligroso —dice con una nota de diversión en su tono—. La mayoría de los que hemos hecho negocios con él sabemos que no juega si no es para ganar.

Peligroso. No sé por qué esa palabra me deja una sensación extraña en la boca del estómago.

—Entonces, supongo que estoy en buena compañía —respondo quitándole importancia, como si lo supiera todo de Jackson.

Él ríe y deja un beso en mi mejilla, que casi ni me roza, antes de despedirse. Le devuelvo una sonrisa que esconde la inquietud que me ha provocado la conversación. ¿Por qué me ha dicho eso? ¿Ha sido casual o realmente había una intención? Miro hacia donde está Jackson, rodeado por un grupo de colegas suyos, con la misma calma imperturbable de siempre. Su postura es relajada, pero sus ojos no.

Es un hombre que siempre está analizando, evaluando y calculando. Eso me hace preguntarme qué es lo que ha visto en mí, qué es lo que lo convenció de que yo era la mejor opción para este trato. Pero antes de poder darle más vueltas, algo cambia en el ambiente.

Una pareja se acerca a Jackson. Él los recibe con cortesía, pero hay una rigidez sutil en su mandíbula. La mujer es alta y rubia, lleva pelo largo y un vestido dorado que se le ciñe como si fuera su propia piel. Se acerca a él con demasiada confianza, y posa una mano en su brazo, inclinándose apenas mientras le susurra algo al oído.

Jackson se queda inmóvil por una fracción de segundo antes de responder con su tono impecable de negocios. No hace falta ser experta en lenguaje corporal para notar la tensión. ¿Quién es ella?, y lo más importante, ¿por qué me importa?

Miro a mi alrededor y noto que la atención de algunos invitados se ha desviado hacia ellos, como si esta interacción fuera más interesante que cualquier otra cosa que esté ocurriendo en la sala.

Decido moverme con elegancia entre los invitados y acercarme lo suficiente para escuchar sin entrometerme.

—Sigues con tus estrategias, Jackson —dice la mujer con una sonrisa seca.

—Y tú sigues con tus juicios innecesarios —replica él, sin alterarse.

La mujer inclina la cabeza, como si estuviera divirtiéndose con el intercambio de ironías.

—No esperaba verte con… —Sus ojos se deslizan hasta mí—. ¿Cómo era su nombre?

Me toma menos de un segundo entrar en el papel. Me acerco con naturalidad, posando una mano en el brazo de Jackson antes de sonreír con dulzura.

—Isabella Romano —digo con voz impecable—. No te preocupes, suele pasar.

Los ojos de la mujer se entrecierran levemente antes de volver a Jackson.

—Interesante elección.

—Siempre lo es —responde él con una calma absoluta.

Lo que sea que esté ocurriendo aquí, no me gusta. Jackson se despide de ella con una cortesía tensa y, en cuanto se aleja, noto cómo su postura se relaja por fin.

—¿Quién era? —pregunto en voz baja.

No me mira.

—Nadie importante.

No me lo creo, pero no insisto. Porque en este momento, la única verdad que importa es que, por primera vez desde que acepté este trato, empiezo a preguntarme si realmente sé con quién estoy trabajando o, peor aún… No sé si quiero saberlo.

CAPÍTULO 8

Jackson

El trato está funcionando. Isabella juega su papel a la perfección, moviéndose entre los asistentes a la gala benéfica como si hubiera nacido en este mundo. La observo de reojo cuando no la tengo cerca, disfrutando de los comentarios que sobre ella y sobre mí hacen los demás. En ello estoy cuando aparece Alyssa con un joven que no conozco.

La veo antes de que se acerque. El vestido dorado que lleva como una segunda piel, reluce bajo las luces del vestíbulo, y su caminar es tan seguro como siempre. La gente la mira, porque es imposible no hacerlo. Siempre le ha gustado llamar la atención.

Se detiene frente a mí, con una sonrisa que no conecta con la dureza de su mirada.

—Jackson. Pensé que ya te habrías ido.

—Alyssa —respondo sin emoción.

—Así que Isabella Romano… —Su mirada se desliza hacia ella—. Debí suponer que no te conformarías con menos.

Isabella se acerca. Su expresión es impasible, pero su lenguaje corporal me dice que está analizando cada gesto y cada palabra de Alyssa.

—¿Qué significa eso? —pregunta Isabella con voz serena.

Alyssa sonríe.

—Solo que Jackson siempre ha sabido escoger bien sus piezas en el juego.

Siento cómo Isabella se tensa a mi lado. No le gusta que la traten como si fuera parte de un tablero de ajedrez. Lo entiendo.

—Creo que no tenemos nada más que decirnos, Alyssa —corto antes de que esto vaya demasiado lejos.

Ella me dedica una última mirada y se inclina apenas hacia Isabella.

—Espero que tengas más suerte que las anteriores.

Se da la vuelta cogida del chico que lleva como un llavero, y desaparece entre la multitud.

Isabella no dice nada de inmediato. Sé que está procesando cada palabra de Alyssa, intentando darle un significado, pero no voy a dárselo.

—Vamos —digo, guiándola fuera del evento.

Cuando salimos del recinto, el aire de Nueva York nos envuelve con esa mezcla de calor

residual y brisa nocturna que no termina de ser fresca. Isabella camina junto a mí con la elegancia natural que tiene, y con cada paso el vestido negro ondea acariciando sus piernas de vértigo.

Desde la terraza del salón de eventos hasta ahora, no hemos intercambiado más palabras de las necesarias. Eso me irrita. Porque sé que sigue pensando en Alyssa, en lo que dijo, y porque yo sigo pensando en lo cerca que estuve de hacer algo estúpido cuando estábamos a solas.

Nos detenemos frente al coche y el chófer abre la puerta trasera. Antes de que Isabella suba, una voz masculina nos interrumpe.

—¡Señor Woodall! ¡Señorita Romano! ¿Podrían responder unas preguntas?

Mierda. Mi cuerpo reacciona antes de que mi cerebro termine de procesar la situación.

Un periodista. No uno de los habituales en estos eventos, sino uno que no debería estar aquí. Un hombre con cámara en mano y micrófono extendido que avanza con decisión hacia nosotros. Me doy cuenta enseguida de que no está solo. Detrás de él, otro tipo más alto, con un equipo de grabación, se acerca con rapidez. Sus movimientos no son los de la prensa habitual. Hay algo demasiado agresivo en su manera de moverse, algo que enciende mis alarmas.

—Señor Woodall, hemos recibido información sobre su nueva relación. ¿Qué puede decirnos al respecto?

—¿Es cierto que la señorita Romano es solo una farsa para mejorar su imagen?

Mierda, mierda, mierda.

Isabella se queda inmóvil por un segundo, pero su expresión no cambia. Me impresiona cómo, incluso en situaciones inesperadas, mantiene el control, aunque sé que no esperaba esto.

—No vamos a responder preguntas —digo con voz firme, colocándome entre Isabella y el periodista.

—¿Quiere decir que hay algo que ocultar? —insiste, acercando el micrófono.

Mi mandíbula se tensa. En otra situación, le lanzaría una mirada gélida y lo ignoraría. Pero algo no encaja.

El otro tipo, el que sostiene la cámara, se está moviendo demasiado cerca y rápido. No parece solo un cámara. Isabella se da cuenta también, porque noto el leve movimiento de su cuerpo cuando su instinto le avisa. No está asustada, pero está alerta.

—Jackson —susurra, con la vista fija en el tipo.

Lo veo justo en el momento en que su mano intenta sujetar el brazo de Isabella. No lo pienso y reacciono con rapidez; de algo me tendría que servir mi entrenamiento de boxeo semanal. En menos de un segundo, la aparto de un tirón y me coloco en medio. Mi mano se cierra sobre la muñeca del tipo antes de que llegue a tocarla.

—Ni se te ocurra —mi voz es baja, controlada, pero letal.

El tipo me sostiene la mirada por una fracción de segundo. Es entonces cuando lo veo. No es prensa. Es alguien que quería crear un escándalo, y que me temo que estaba esperando el momento exacto para coger a Isabella, sacarla de su zona de control, ponerla en una situación

incómoda y grabar su reacción.

Pero no contaba con que yo estaría aquí, a su lado. Lo suelto con brusquedad y me coloco en posición para bloquear cualquier otro intento.

—Creo que deberías irte —le advierto.

La seguridad del evento se acerca corriendo. Un par de hombres de traje negro rodean a los dos intrusos y los apartan con rapidez. Isabella sigue a mi lado, su respiración apenas se ha alterado, pero su mano se aferra a mi brazo con más fuerza de la necesaria.

—¿Estás bien? —le pregunto en voz baja.

Ella afirma con un leve cabeceo, pero no me suelta.

—Sube al coche —le ordeno. Esta vez, no protesta.

La ayudo a entrar y cierro la puerta antes de rodear el vehículo y entrar yo también. El chófer arranca de inmediato. El silencio en el interior es como una barrera entre nosotros hasta que ella se decide a hablar.

—No era prensa real —asegura Isabella, con la vista fija en el reflejo de las luces de la ciudad en la ventanilla.

—No, no lo era —confirmo.

Se gira hacia mí y veo la tristeza en su mirada. ¿O es miedo?

—¿Quién crees que los ha enviado?

Miro al frente, con la mandíbula tensa y los puños apretados.

—No lo sé. Pero lo averiguaré.

No me gusta esto. En absoluto. No era una simple pregunta incómoda. No era un reportero hambriento de escándalos. Era alguien buscando una reacción, una imagen comprometida. Y no era solo sobre mí. También sobre Isabella. Y eso no me gusta nada.

Ella cruza las piernas, apoyando las manos sobre su regazo, y se muerde el labio inferior. Es un gesto mínimo, imperceptible para cualquiera que no la conozca. Pero yo ya estoy empezando a conocer sus gestos de tanto observarla, y por eso sé que está más alterada de lo que deja ver.

Entonces tomo una decisión. Saco el móvil y marco un número.

—Quiero los nombres de los dos tipos que intentaron acercarse esta noche a nosotros a la salida de la gala. Quiero saber de dónde sacaron la acreditación y quién les pagó. Envíamelo antes de la medianoche.

Cuelgo sin despedirme. Isabella me observa en silencio.

—¿Siempre eres así?

Levanto una ceja.

—¿Así cómo?

—Tan… controlador.

—Cuando algo me pertenece, lo protejo.

Ella parpadea y sé que entiende el doble sentido de mis palabras. Se trata de mi empresa, de mi reputación y, por supuesto, de ella mientras este contrato dure.

—No soy una posesión, Woodall.

—No lo eres, pero mientras estés en mi mundo y trabajando para mí, nadie va a tocarte.

Nos quedamos en silencio. Isabella desvía la mirada de nuevo hacia la ventanilla, pero su mano sigue tensa sobre su regazo. Mientras que yo…, yo sigo preguntándome quién demonios pensó que podía meterse con lo que es mío.

CAPÍTULO 9

Isabella

Los días en Nueva York transcurren en una rutina perfectamente calculada. Por las mañanas asisto a reuniones privadas cuando Jackson lo solicita, más tarde acudo a almuerzos con inversores o diseñadores, a veces sola, a veces con él cuando no voy a algún evento benéfico con otras mujeres. Las cenas suelen ser en clubes exclusivos, donde cada gesto cuenta, las palabras siempre son estratégicas y casi todas las miradas tienen una intención oculta.

No es diferente a la vida que he llevado como modelo. Excepto por una cosa: Jackson Woodall evita cualquier conversación personal conmigo, incuso cuando estamos a solas en el coche o en su despacho. Nunca pregunta. Puedo pasar horas con él en cenas privadas, en eventos, en reuniones con socios estratégicos y, aunque hablamos de todo lo necesario para proyectar la imagen que él necesita, nunca se interesa por lo que ocurre alrededor o dentro de mí. No se ha interesado por mi familia, ni por mi infancia o mis sueños. Ni una pregunta sobre por qué decidí hacerme modelo, algo que todo el mundo quiere saber, o sobre qué haré cuando termine el contrato con él.

Cuando se dirige a mí, siempre es sobre la empresa, sobre con quién debo hablar, qué temas debo manejar y qué imagen debo transmitir para conseguir sus objetivos. Jackson Woodall, el hombre cuyo nombre está en cada periódico financiero y en las listas de los empresarios más influyentes del mundo, no tiene el más mínimo interés en saber quién soy más allá de lo que sirva a su objetivo.

Una situación que, con el tiempo, me he dado cuenta de que me molesta, porque a mí sí me ha interesado saber quién es él. Es fácil. Solo hace falta buscar su nombre en internet para conocer su vida, su trayectoria y su historia familiar. Sé que su padre construyó un imperio antes de retirarse y que él lo expandió a niveles estratosféricos. Conozco las universidades en las que estudió, cuántas compañías ha comprado y hasta cuántas mujeres han pasado por su vida. Todo está ahí, expuesto al mundo. Pero de mí… él no conoce nada, ni tampoco parece querer saberlo.

Esta noche tenemos una cena en un *penthouse* privado en Tribeca. Será pequeña, solo una docena de personas, pero todas de peso: banqueros, CEOs y políticos. Jackson quiere que me familiarice con ellos y que encaje a la perfección en su círculo. Me arreglo con la precisión de siempre, tras pensar con especial cuidado el *look* que quiero mostrar con las indicaciones de Jackson. Elijo un vestido negro de satén compuesto de dos piezas, una falsa que se pega a mis curvas al andar, y un corpiño que medio tapo con una *blazer* para que no resulte demasiado insinuante, porque los hombros quedan al descubierto y el escote justo en el punto exacto entre el recato y la provocación. El conjunto es en parte clásico y solo un poco provocador, pero sobre todo es muy elegante.

Jackson me espera en el vestíbulo del edificio. Cuando me ve, su expresión no cambia. No observo en él ni una sola reacción, ni un elogio, ni una mirada que dure un segundo más de lo

necesario y me indique que he acertado. No sé por qué, pero creo que se contiene y evita la reacción que necesariamente le provoco, como me pasa a mí con él. Está rabiosamente guapo, con la cara recién afeitada y aroma a loción, la mirada brillante y un traje de chaqueta de Hugo Boss que le favorece mucho.

—Estás lista —afirma, no pregunta, a la vez que ajusta la manga de su chaqueta.

—Siempre.

Nos subimos al coche y, como es costumbre, el trayecto transcurre en un silencio que solo interrumpe de vez en cuando para hablarme de las personas que voy a conocer.

—¿De qué se hablará esta noche? —pregunto e inmediatamente busco en su rostro algún atisbo de emoción.

—Inversiones en el sudeste asiático. Tiene relación con el nuevo fondo de capital que estamos estructurando. Es un tema que te conviene conocer.

Lo miro con verdadero interés porque me gusta esa confianza en mí; cualquier otro hombre hubiera dejado caer que no son asuntos de mujeres o que una cara bonita no puede entender de esos temas.

—Entonces debería leer más sobre el mercado emergente en Singapur.

—Sí, te pasaré documentación. Lo harás bien. No te preocupes.

Eso es todo lo que consigo de él. Vuelve el silencio y no pregunta nada sobre mí, o cómo me siento con todo esto. No le interesa si me gusta o me incomoda estar en un mundo que no es el mío, si me interesan esos fondos o cualquier cosa de finanzas. Cuando no hablamos, Jackson se concentra en el móvil, y revisa sus correos con el ceño levemente fruncido.

Me muerdo el labio inferior y miro por la ventana. No sé qué esperaba, ni sé por qué quiero que me pregunte algo o manifieste un poco de interés en mi persona. Cualquier cosa. ¿Es que no sabe nada de ninguno de sus otros empleados, ni de los más cercanos? ¿Tan poco le importa la gente?

El *penthouse* donde se celebra la cena es una obra maestra de diseño y ostentación. Los suelos son de mármol y las paredes de cristal con vistas a la ciudad. Hay una sala junto a la cocina que es una bodega privada, donde los vinos más caros descansan como piezas de museo. Ni en las casas más exclusivas de Italia he visto algo así. Sin embargo, mi actitud es de una mujer, que conoce sitios como este y mejores, acostumbrada a caminar sobre el lujo como si fuera su elemento habitual.

Jackson y yo hemos entrado juntos, con su mano empujando levemente en la curva de mi espalda, en un gesto ensayado, que transmite dominio y confianza. Los anfitriones y los demás invitados nos reciben con sonrisas y comentarios banales. Oigo cómo cuchichean sobre Isabella Romano, la modelo y la mujer que ahora está con Jackson Woodall. Todo el mundo parece fascinado con la idea de que él tenga a alguien a su lado por más de una noche.

Nos sentamos en una mesa de madera oscura, iluminada por lámparas de diseño minimalista. A mi derecha, un inversionista francés, que no deja de hacer preguntas sobre mi carrera. A mi izquierda, Jackson, serio como siempre, pero completamente con el control de la conversación. Observo cómo maneja a la gente con estrategia. Cómo les da exactamente lo que quieren oír sin

comprometerse demasiado y los conduce justo a donde él quiere. Mientras lo miro, pienso en que domina el arte de la negociación y me doy cuenta de que todos lo admiran a la vez que lo respetan, no sé si por temor o porque es mejor persona de lo que quiere dar a entender.

Cuando la cena termina, el grupo se traslada a la terraza, donde se sirven cócteles bajo la brisa nocturna. Yo me alejo un poco, para disfrutar del aire fresco. Jackson sigue conversando con algunos de los invitados, pero puedo sentir su mirada deslizándose sobre mí de vez en cuando. No de la manera en que lo haría un hombre interesado en una mujer, sino que me hace sentir que quiere tener todo está bajo control.

En ese momento, mi móvil vibra en mi bolso y veo un mensaje que me tensa antes de desbloquear la pantalla para leerlo. Frunzo el ceño y deslizo el dedo para leer el mensaje.

«Sabes lo que está pasando, ¿verdad?

Abre los ojos antes de que sea tarde».

El aire nocturno ya no parece tan fresco. Una sensación extraña se instala en mi estómago mientras releo las palabras. ¿Quién demonios me ha enviado esto? Levanto la vista y, de manera instintiva, mis ojos buscan a Jackson entre los invitados. Él sigue hablando con un grupo de empresarios, con una postura relajada pero siempre en guardia. A su lado, un par de banqueros lo escuchan con atención, y asienten a sus palabras con gestos calculados. Nada en su actitud indica que sepa lo que acabo de recibir, pero una sospecha absurda se instala en mi pecho. No es paranoia. Es instinto.

Miro alrededor de la terraza, y trato de identificar a alguien que pueda haberme observado, algún rostro que me resulte familiar o que parezca fuera de lugar. Pero nada. Solo los mismos hombres y mujeres con los que hemos cenado, inmersos en conversaciones que parecen más transacciones que relaciones personales.

Respiro hondo y bloqueo la pantalla del móvil. No voy a dejar que un mensaje anónimo me altere. No voy a permitir que me saque de mi papel. Cuando levanto la cabeza, Jackson está mirándome con esa expresión neutra y controlada que me pone de los nervios. Esta vez hay algo en sus ojos que me hace sentir… expuesta. Creo que se ha dado cuenta de que algo me perturba.

Me toma menos de un segundo recuperar mi postura y la actitud que se espera de mí. Sonrío con naturalidad y guardo el móvil de nuevo en mi bolso antes de caminar hacia él, con la misma seguridad de siempre. Si ha notado algo, no lo demuestra.

—¿Todo bien? —pregunta con su voz tranquila cuando me acerco. Su aliento contra mi cuello me provoca un escalofrío que me recorre entera.

—Perfectamente —respondo con la misma serenidad.

Mis palabras son firmes y disimulan que en el fondo de mi mente hay algo que no deja de repetirse.

«Abre los ojos antes de que sea tarde».

Una duda se instala en mi mente, aunque mi corazón la rechaza. Me pregunto si realmente sé en qué me he metido.

CAPÍTULO 10

Jackson

La noto nerviosa. Es algo sutil, casi imperceptible, pero está ahí y me doy cuenta aunque ella trate de disimular. Durante el trayecto de regreso al ático, Isabella no ha dicho casi nada. No es que suela hablar demasiado, pero esta vez noto algo distinto en su silencio. Se frota las manos lentamente, como si tratara de disipar una tensión que no quiere exteriorizar. Durante todo el viaje mantiene la mirada fija en la ventanilla del coche, pero no creo que esté viendo nada de lo que pasa afuera.

Me apoyo contra el respaldo del asiento y la observo de reojo. No ha sido la cena en sí, porque la ha manejado con la precisión de siempre. Se ha movido entre los invitados con seguridad, sonriendo en los momentos exactos, ha hecho preguntas inteligentes cuando tocaba, con respuestas adecuadas cuando era necesario... Nadie podría decir que no pertenece a este mundo. De hecho, creo que ha sido la más brillante de la noche.

Entonces, ¿qué ha cambiado? Todo ha sido a partir de su salida a la terraza. No lo sé, pero no me gusta.

Cuando llegamos al edificio, el chófer se detiene en la entrada y bajo del coche antes que ella. Rodeo el vehículo y le tiendo la mano para ayudarla a salir cuando alcanzo su puerta. Isabella duda un instante antes de aceptarla. Sus dedos apenas rozan los míos, como si no quisiera establecer contacto por más tiempo del necesario.

Nos dirigimos al ascensor en silencio. El trayecto hasta nuestro piso es más tenso que de costumbre y solo digo un «estoy cansado» que no recibe respuesta. Me planteo simplemente despedirme con un «buenas noches» y dejarlo pasar, pero la sensación de que algo no está bien me fastidia y si necesita hablar, quizá sea el momento. Por eso, cuando llegamos a su puerta, me giro hacia ella antes de que la abra.

—Tómate una copa conmigo.

Ella se detiene y me mira con algo parecido a la sorpresa.

—No bebo cuando trabajo —responde con su serenidad habitual.

—No estamos trabajando.

—Siempre estamos trabajando —replica, suspicaz, con una media sonrisa que no llega a sus ojos.

Me callo porque tiene razón. Todo esto es un juego, un contrato y un papel que cada uno interpreta con precisión. Pero eso no significa que no pueda haber momentos en los que podamos… relajarnos. Hasta ahora no he querido entrar en terreno privado para no establecer ningún lazo entre nosotros, más allá del laboral, pero sé que está bastante sola aquí y me siento culpable por haberla apartado de su mundo.

—Solo una copa —insisto—. No vamos a hacer una rueda de prensa por ello. Para hablar un rato antes de dormir.

Isabella suelta una risa breve, pero su postura sigue firme.

—Gracias, pero no.

Me doy cuenta de que no es una respuesta impulsiva. Es una decisión. No quiere dar ese paso y exponerse a cruzar una línea conmigo, ni siquiera una tan insignificante como compartir un trago después de una cena de negocios. ¿No se fía de mí? ¿De que cumpla nuestro contrato? No sé por qué eso me irrita. Nadie me rechaza o, mejor dicho, nadie rechaza algo tan tonto.

Pero Isabella Romano no es cualquiera.

—Como quieras. —La miro con una expresión que quiere ser neutra, pero dudo de conseguirlo. Además, su cercanía me provoca un cosquilleo en el estómago y eso sí que es peligroso. Ella tiene razón y demuestra ser más inteligente que yo. Lo mejor para no caer es evitar el peligro.

Isabella me sonríe, gira la llave en la cerradura y desaparece dentro de su apartamento sin mirar atrás. Me quedo unos segundos en el pasillo, con una sensación extraña. No debería afectarme que quiera ceñirse al contrato, porque es lo que exijo a mis clientes. Respiro hondo, suelto la tensión de los hombros y entro en mi propio ático. Decido no molestarla al día siguiente. No hay eventos importantes programados, así que le dejaré la mañana libre.

Después de desayunar, le envío por *mail* documentación sobre las inversiones en Singapur para que se ponga al día antes de irme a trabajar. No la llamo, ni le envío mensajes, ni la requiero para nada. Me encierro en la oficina y paso horas concentrado en mis reuniones, en los números y en todo lo que realmente me importa para hacer crecer mis empresas, o eso es lo que intento, porque, en el fondo de mi mente, Isabella sigue presente.

Por la tarde, voy al club de tenis con Nate, un amigo de la universidad con el que juego todas las semanas. Un grupo de empresarios y financieros se han unido a la partida. No es solo deporte, aquí también se cierran acuerdos y se refuerzan relaciones. Es parte del juego. El partido es intenso, pero ni siquiera el esfuerzo físico consigue disipar la tensión que llevo encima. Entre puntos y descansos, noto las miradas y los comentarios.

—Vaya, Jackson. Así que por fin has encontrado un *bomboncito* que vale la pena —comenta Harry con una sonrisa ladeada.

—Isabella Romano… —dice Pete, con tono de admiración—. No sé cómo lo has hecho, pero enhorabuena. Menudo monumento.

—Siempre has tenido buen ojo para los negocios, pero en esto también te has superado. ¿Y cómo es en la intimidad? Seguro que te tiene exprimido a polvos, ¿no? Con ese cuerpo… —añade Harry marcando la curvatura invisible de Isabella con las manos.

Sonrío por cortesía, aunque por dentro se ha desatado un incendio de ira. No es lo que dicen. Es cómo lo dicen. Hablan de Isabella como si fuera un trofeo que haya ganado para disfrutar sin más. Esa actitud me jode porque, aunque ellos desconozcan que solo nos une un contrato y que no hay nada entre nosotros, me molesta que la vean de esa manera. Me afecta tanto o más que si fuera mi pareja y no me gusta lo que eso significa. Acabo el partido con una energía que no tenía al empezar. Me ducho rápido y salgo del club sin quedarme a tomar algo con los demás.

Necesito espacio y claridad, y no ser el centro de sus comentarios fuera de lugar sobre la persona que, aunque solo sea sobre el papel, comparte mis días. De cara al exterior, claro.

Me molesta tanto que necesito recordarme a mí mismo, que Isabella Romano no es más que un acuerdo, una estrategia cuidadosamente calculada. No puedo permitirme bajar la guardia con ella, ni dejar que se cuele en mi mente más de lo necesario. Por eso, no debería pensar en ella cuando no está cerca, ni mucho menos imaginar cómo habría sido si anoche hubiera dicho sí a tomarse una copa conmigo. Aprieto los dientes, cierro los ojos un segundo antes de subir al coche y exhalo con frustración, como si pudiera expulsar con el aire esa irritante sensación que me ha acompañado todo el día. No, no voy a dejar que esto se convierta en algo más. Isabella es un contrato, nada más, y voy a asegurarme de que siga siendo así.

CAPÍTULO 11

Isabella

El sonido del móvil me despierta, con la vibración sorda de un mensaje que ilumina la pantalla, en la oscuridad de la habitación. Parpadeo, aún adormilada, y alargo la mano hasta la mesilla. Son las cinco de la mañana. Nadie en su sano juicio debería escribirme a esta hora, a no ser que sea un insomne o alguien con malas intenciones. Cuando desbloqueo la pantalla, la sensación de alerta se instala en mi pecho.

«Te lo advertí. Abre los ojos antes de que sea tarde».

Un escalofrío me recorre la espalda. Me incorporo lentamente, con la respiración contenida, y releo el mensaje. No hay nombre ni tampoco un número visible. Solo esas palabras, frías y calculadas, que no parecen una simple broma.

Muevo los dedos sobre la pantalla y, en un impulso, intento llamar al remitente. Pero la línea no existe. El mensaje se desvanece en el vacío de un número desconocido. Me paso una mano por el rostro y me obligo a respirar hondo. No quiero entrar en pánico y dejar que esto me afecte, pero no puedo evitarlo.

Primero fue el ataque en la gala, esos falsos periodistas que intentaron forzar un escándalo, luego el mensaje en la terraza del *penthouse*, y ahora esto. Es todo muy extraño.

¿Es personal? ¿O es parte del mundo en el que ahora me muevo?

Me levanto de la cama y camino descalza hasta la cocina, mientras trato de despejarme. La luz de la ciudad llega lejana por los ventanales del ático, e iluminan levemente la estancia. Me sirvo un vaso de agua, pero ni siquiera me lo termino. Mi mente trabaja rápido para buscar una lógica a esto. ¿Alguien que me odia? ¿Una exnovia de Jackson con demasiado tiempo libre? ¿Un *paparazzi* jugando con fuego?

Podría decírselo a Jackson. Pero si lo hago, él querrá intervenir: ahora que lo conozco, estoy segura de que intentará controlarlo e investigarlo todo, sin embargo, lo último que necesito en este momento es que me vea como un problema. Además, hasta ahora ha dejado claro que no le interesa mi vida personal. Si le digo algo, solo lo verá como un inconveniente más que solucionar. Así que decido ignorarlo por ahora. ¿Pero a quién puedo acudir? No hay nadie de confianza entre toda la gente que conozco en Nueva York. Me doy cuenta de que todo lo que tengo son conocidos, pero ¿amigos?

Me tomo una pastilla para dormir y me vuelvo a acostar, con una música suave de fondo que me ayuda a relajarme.

Cuando despierto, el ático está en completo silencio. Son las diez de la mañana y, por primera vez desde que llegué a Nueva York, tengo el día libre. Jackson me ha dejado un mensaje en el que me informa de que no me necesita para ninguna reunión ni almuerzo con socios, y me pide que descanse. Solo me ha enviado un documento sobre el mercado emergente en Singapur para

que lo lea y me familiarice con el tema. Pero, aunque debería estar aprovechando el tiempo para estudiarlo, mi mente está inquieta por culpa de ese mensaje que sigue dándome vueltas en la cabeza.

No hablo de esto con nadie. Ni siquiera con Valeria, con quien chateé durante el desayuno, porque no quiero preocuparla. Estoy sola, así que intento racionalizarlo. Tal vez sea alguien intentando intimidarme, un *troll* con demasiado tiempo libre. Puede que sea alguien del mundo de la moda que nunca me ha soportado. No sería la primera vez que se lanzan mensajes anónimos para molestar o generar dudas. Sea lo que sea, estoy demasiado inquieta. Si esa persona quería perturbarme, sin duda lo está consiguiendo.

Camino por el salón con una taza de café en la mano, y me detengo junto a la cristalera para admirar la vista de Manhattan desde las alturas, intentando despejar la mente. No lo consigo. El móvil vibra en la encimera de la cocina y el café se me revuelve en el estómago antes de siquiera ver la pantalla.

Un nuevo mensaje.

«No deberías estar tan tranquila. No es seguro».

Un escalofrío me recorre la espalda. Me acerco despacio y tomo el teléfono entre los dedos, con una mezcla de incredulidad y alerta. Abro la conversación y noto cómo se me tensan los músculos. Respiro hondo y me obligo a pensar con claridad. ¿Quién podría estar detrás de esto? ¿Se trata de alguien relacionado con Jackson? ¿O es algo personal? Levanto la vista hacia los ventanales. Me acerco, con el móvil aún en la mano, y observo la ciudad con una extraña sensación en el pecho. ¿Me están siguiendo? ¿Me están observando en este mismo momento?

No, no puede ser. Este edificio tiene seguridad las 24 horas, acceso restringido y cámaras en cada entrada. Nadie puede vigilarme tan de cerca. Pero entonces, ¿por qué siento que alguien lo está haciendo? Cierro la conversación y me paso una mano por la nuca, intentando calmarme. No voy a dejar que esto me afecte. No voy a caer en la paranoia.

Decido distraerme. Me doy una ducha larga, me visto con un conjunto cómodo compuesto por un pantalón vaquero gris y una camiseta blanca, y me dedico a leer el informe de Jackson mientras almuerzo algo ligero.

Cuando llega la tarde, me preparo para el evento al que debo asistir con Jackson. Me arreglo con unos pantalones negros con brillo y una túnica de seda que acaba en picos de Cooper Design; hoy no quiero estar seductora, solo elegante. Me sorprendo a mí misma revisando el móvil varias veces, esperando un nuevo mensaje que nunca llega. Me repito que estoy exagerando, que no es nada, pero la inquietud sigue ahí.

Al bajar al vestíbulo, Jackson ya está esperándome, tan atractivo como siempre. Su mirada se desliza por mi atuendo con la misma neutralidad calculada de siempre.

—Puntual —comenta con un leve asentimiento.

—Por supuesto.

Nos dirigimos al coche y, durante el trayecto, Jackson me habla sobre las personas que conoceremos esta noche. Yo asiento y sigo la conversación con normalidad, aunque estoy nerviosa. Paramos en un semáforo y esa sensación vuelve. Como si alguien me estuviera observando. Casi de manera instintiva, giro la cabeza hacia la ventanilla y observo la calle. Hay

gente caminando por las aceras, luces de neón parpadeando en la distancia y nada fuera de lugar. Pero siento como si alguien me mirara. No sé de dónde viene, pero está ahí.

Me obligo a volver la vista al frente y respiro hondo, para apartar la idea de mi cabeza. Jackson ni siquiera se da cuenta de que algo me ocurre. O, si lo hace, no dice nada.

Cuando llegamos al evento, todo transcurre con normalidad. Sonrisas, presentaciones, copas de champán que no bebo. Me esfuerzo por seguir mi papel sin que se note que estoy en alerta. Pero cada vez que me giro, cada vez que camino entre la gente, siento que alguien me está observando desde la sombra. Se me revuelve el estómago al preguntarme si realmente estoy a salvo y si tiene algo que ver con el contrato que me ata a Jackson Woodall y su imperio.

—Isabella, Isabella, ¿eres tú?

Esa voz… Ladeo la cabeza hacia ella y me encuentro con Brenda, una antigua compañera de Cosmo Models que cambió de agencia para quedarse a vivir en Nueva York.

—¡Brenda! ¡Cuánto tiempo!

Nos damos un abrazo y nos separamos para observarnos mutuamente.

—¡Estás preciosa! Mejor que nunca, tienes que contarme tu secreto —me adula, pero no le hago caso.

—Tú estás guapísima. Me encantan tus Jimmy Choo —señalo sus pies—, son divinos.

—Hice un catálogo para ellos y me regalaron este par. Son geniales. Si quieres unos, te acompaño a la tienda. ¿Qué haces por aquí?

En ese instante se une Jackson a nosotras, les presento y él, como si advirtiera algo, me rodea por la cintura. Me tenso un segundo al notarlo, pero enseguida me relajo. Estamos actuando, como siempre.

—Os dejo, me he dejado a mi chico por ahí. Es actor y deben de estar acosándolo —se ríe de su propio chiste—. Toma mi número. Me encantaría que nos viéramos y charlar un rato.

Cuando se aleja, Jackson se separa de mí y me ofrece una copa de champán que ha cogido de una bandeja.

—¿Una amiga? Me alegro de que tengas con quien quedar.

—Bueno, amiga, amiga, no es.

—Tal vez deberías tener un grupo el tiempo que estés en Nueva York. Siento que estás un poco sola.

—No te preocupes por mí. Fuera del horario laboral hago lo que me place. —Bebo un poco de la copa, enfadada por su comentario.

—Tú no bebes cuando trabajas, ¿qué te pasa? Para que esto funcione debes ser sincera conmigo, Isabella. Cuéntame.

CAPÍTULO 12

Jackson

Isabella miente, no tengo duda. Hasta ahora nunca ha apartado la mirada cuando le hablo, pero lo está haciendo al preguntarle qué le ocurre. Además, veo en ella un esfuerzo extra por mantener las formas. Tiene los hombros están demasiado rígidos y sus dedos juegan con el tallo de la copa de champán sin que parezca darse cuenta.

—Solo estoy cansada —asegura sin rastro de emoción en su voz. Luego bebe un sorbo lento, como si eso bastara para cerrar el tema.

No la creo. Desde que la vi bajar al vestíbulo esta noche, supe que algo la inquietaba. Ha estado más alerta de lo normal y demasiado pendiente de lo que ocurre a su alrededor. He pasado años en reuniones con inversores y tiburones de negocios, he aprendido a leer a la gente con una precisión quirúrgica, y sé cuándo alguien intenta hacer creer que todo está bien, sin estarlo. Ella lo está haciendo.

La observo con detenimiento, con la intención de encontrar cualquier pista en sus gestos. Pero Isabella es una actriz brillante. Ha perfeccionado tanto su papel, que casi logra engañarme.

—Mañana tenemos una cena —improviso una mentira, porque la idea es estar solos.

Ella frunce el ceño, como si no esperara la invitación.

—Ah. No lo tengo en la agenda que me pasaste el lunes.

—Sí. Ha surgido esta noche. Estate lista a las ocho.

Isabella parece debatirse internamente, porque es extraño que no cumpla mi agenda diseñada con meticulosidad. Soy poco de cambios inesperados.

—Está bien.

Es una pequeña victoria. Solo espero que cuando vea que no hay nadie más, no se enfade demasiado y no malinterprete mis intenciones.

A las ocho del día siguiente la espero delante de su puerta, sin llamar. No me hace falta, porque ya me ha hecho ver que es muy puntual. Sale con un discreto vestido blanco con falda de vuelo y cinturón que marca su torso, y siento una atracción hacia ella que debo contener. Lo único que me apetece es besar sus labios jugosos, que apenas llevan un poco de color natural. Me encantan así. Ella me mira contrariada, pero no dice nada. Nos alejamos del bullicio de la ciudad y subimos al coche en silencio. No la llevo a ningún restaurante de lujo ni a un club exclusivo. Esta noche no quiero que interpretemos ningún papel, y por eso vamos a cenar a un restaurante más discreto en el Upper East Side, un sitio elegante sin demasiadas pretensiones, donde se puede comer bien sin que nadie nos mire.

Nos acomodan en una mesa junto a la ventana, con una vista hacia un patio trasero lleno de plantas. La iluminación es cálida, y crea un ambiente íntimo que no sé si es lo que necesito en este momento.

—Jackson, solo hay dos cubiertos. ¿Qué broma es esta?

—Ninguna broma. No te dije que la cena era con más gente. Necesitamos hablar.

—¿De qué? Se supone que no debemos tener nada íntimo, ¿recuerdas? Si pretendes algo…

Aunque me duele su comentario porque significa que no le atraigo como ella a mí, y que si hubiera alguna posibilidad, ella no cruzaría ningún límite, sigo la conversación.

—Creo que daremos mejor impresión en público si nos conocemos un poco más —miento—. Además…, te noto preocupada estos días. Si tienes algún problema familiar, lo que sea, dímelo. No soy un ogro, podemos gestionarlo. Quiero que estés bien.

—¡Quieres que esté bien!, estupendo. Muchas gracias. La cuestión es si lo deseas por mí, o porque lo necesitas para tus negocios.

No esperaba esa respuesta y se nota porque me quedo callado. Ella no debe saber cómo interpretar mi silencio, o lo hace de manera equivocada.

—Entiendo. Si no replicas es que he acertado. Habla con propiedad, no quieres que esté bien, necesitas que esté bien —recalca ese «necesitas»—, que es diferente. Te interesa por ti. Entonces, ¿esta cena no es de trabajo?

—No.

Isabella pide vino, algo que me sorprende, porque sé que no bebe cuando trabaja, pero, claro, acabo de decirle que esta cena no es laboral.

—¿Seguro que estás bien? —pregunto de nuevo, dejando el menú sobre la mesa y haciendo caso omiso a sus insinuaciones. No queer un enfrentamiento con ella.

—Estoy fuera de horario laboral, así que no tienes derecho a hacerme preguntas personales, ¿no?

Su tono es irónico, pero también cansado. Me recuesto en la silla y la observo.

—Al revés. Ahora es cuando podemos ser nosotros mismos, sin un contrato que nos obligue a ser otra cosa. En serio, Isabella, estoy preocupado. Solo quiero saber si hay algo en lo que pueda ayudarte.

Ella suelta una risa que me parece sarcástica.

—Tú no eres el tipo de hombre que ayuda a los que tiene cerca. Te basta con hacer donaciones a instituciones benéficas, ¿no?

—¿Así me ves? ¡Vaya! Es cierto que soy un hombre que se asegura de que todo está bajo control. Y, ahora mismo, tengo la sensación de que algo no lo está.

Isabella juega con el borde de la copa que le acaba de servir el camarero, deslizando el dedo lentamente por el cristal.

—Eres un maniático del control, Jackson. Lo he notado desde el primer día.

—Tú también lo eres.

—Por supuesto. Es la única manera de sobrevivir en este mundo. No sabes la de chicas que se han jodido la vida por no ser férreas consigo mismas.

Se hace un silencio entre nosotros mientras el camarero sirve el primer plato. Isabella lo prueba con calma, alargando el momento y yo no puedo dejar de mirar el movimiento de sus labios. Me hipnotiza todo en ella.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —Su curiosidad me pone en alerta.

—¿A qué te refieres?

—A esto. A convertirte en Jackson Woodall, el hombre más calculador que he conocido.

Sonrío. Esto me divierte.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—No sé si es malo o bueno. Solo sé que eres… inquebrantable. Como si nunca hubieras dudado de lo que querías en la vida.

Me quedo en silencio unos segundos, sin saber si debería responderle con la verdad o con la versión ensayada que suelo dar a la prensa. Al final, decido ser honesto.

—No es que nunca haya dudado. Pero cuando tienes un objetivo claro, las dudas se convierten en ruido de fondo. Son como escalones que te llevan a lo más alto. Te apoyas en ellas, pero no te quedas en ninguna porque entonces nunca llegas arriba.

Isabella apoya la barbilla en la mano y me observa con intensidad.

—¿Y cuál es tu objetivo ahora?

Miro el reflejo de la luz sobre mi copa.

—Terminar lo que empecé. Cerrar la fusión, expandir mis empresas por Europa y Asia, y asegurarme de que todo funcione como debe.

—¡Uf! Suena muy frío.

—El éxito no viene de las emociones, Isabella. Viene de la estrategia.

—¿Y qué hay después? Cuando lo tengas todo, si es que eso es posible. ¿Qué harás cuando ya no haya nada más que ganar?

Levanto la mirada hacia ella.

—Supongo que buscaré otro objetivo.

—¿Siempre es así?

—Siempre.

Ella lo acepta con un movimiento lento de la cabeza, como si analizara mis palabras con más profundidad de la que deseo. Seguro que me comprende porque ella también ha recorrido un camino difícil para llegar hasta donde está; nadie nace siendo la top model del año.

—Debe ser agotador.

—No lo es cuando estás acostumbrado. Creo que es lo único que sé hacer, para lo que me educaron. No he hecho otra cosa en mi vida.

La conversación se desvanece en el aire mientras terminamos la cena. Pero hay algo en este intercambio que cambia la dinámica entre nosotros. Hemos pisado un terreno más personal, real y cercano a nuestras vidas, aunque ella no me ha contado lo que le preocupa. Ha desviado el tema con maestría y no me he dado ni cuenta hasta que acabamos la cena.

Cuando regresamos al ático, el ascensor nos lleva en completo silencio hasta nuestro piso. La tensión que nos rodea es diferente a cualquier otra que hayamos experimentado los días anteriores. En este momento, siento que no nos une solo un contrato de trabajo, al haber mostrado una pequeña versión de nosotros mismos.

El ascensor se detiene y, cuando ella se gira para despedirse, el movimiento la acerca demasiado a mí. La tela de su vestido roza mi traje, su perfume, sutil y embriagador, se cuela por mis fosas nasales, y su mano toca la mía sin querer. No me aparto y ella tampoco se mueve. Hay un momento de vacilación. Un segundo en el que ninguno de los dos se mueve, en el que solo respiramos el mismo aire y la línea entre lo que está permitido y lo que no, empieza a desdibujarse. Isabella levanta la vista, tiene los labios entreabiertos en una mínima exhalación. Y yo…

Bajo la cabeza apenas unos centímetros, mientras maldigo por dentro, y mis labios rozan los suyos. Es solo un instante que me abrasa por dentro. No debería haberlo hecho.

Isabella da un paso atrás, su respiración se ha alterado y me mira con una expresión entre la sorpresa y algo que me parece deseo.

—No —susurra.

Esa única palabra me sacude con fuerza, porque no me gusta, aunque sé que es lo más prudente.Ella niega con la cabeza y yo le sostengo la mirada con firmeza.

—Tenemos un contrato, Jackson, y no quiero ser ese tipo de acompañante.

Aprieto la mandíbula y asiento lentamente.

—Tienes razón, aunque no es lo que pretendo. Tú…, déjalo.

Isabella no espera a que diga nada más. Gira sobre sus tacones y se marcha a su ático, dejándome solo en el pasillo con la certeza de que lo que acaba de pasar ha cambiado algo entre nosotros.

CAPÍTULO 13

Isabella

No puedo dormir. Doy vueltas en la cama, incapaz de borrar la sensación de los labios de Jackson sobre los míos. No fue un beso como tal, pero tampoco fue un simple roce. Fue un gesto íntimo que no debía de haber pasado, algo que ninguno de los dos tuvo que dejar que ocurriera. Pero ha sucedido.

Lo que más me irrita es que me ha gustado. Me cubro la cara con las manos y suspiro. Estoy hecha un lío. Jackson me atrae. Es un hecho que no puedo seguir negando, por mucho que me haya repetido que este contrato es solo trabajo, que no quiero cruzar la línea y que no voy a convertirme en una más de su larga lista de conquistas o de modelos que se lían con el rico de turno. No soy ni su novia ni su amante. Y, sobre todo, no soy el tipo de mujer que se lía con su jefe. Además, quiero dejar este mundo y refugiarme en un rincón de Italia con gente normal y corriente. Pero, entonces, ¿por qué me siento así?

Necesito hablar con alguien. Consulto la diferencia horaria y calculo que Valeria debe estar a punto de cenar, así que la llamo.

Valeria:

¿Por qué sigues despierta?

Yo: *No puedo dormir.*

Valeria:

¿Trabajo? ¿Hombres? ¿Los dos?

Yo:

No te creas tan lista.

Valeria:

Te conozco. Y eso significa que hay un problema.

Yo:

No hay ningún problema.

Valeria: *Exacto. No hay ningún problema,*

pero estás en la cama a estas horas sin dormir.

Todo muy normal, claro.

Suspiro y dejo de negar porque sé que tiene razón.

Yo:

Solo estoy cansada.

Demasiadas cosas en la cabeza.

Cada noche tenemos algo y me cuesta coger el sueño.

Valeria:

No me engañas. Pero como no quieres contarme,

me iré a dormir con mi conciencia tranquila.

***Yo**:*

¿Cómo van los preparativos de la boda?

***Valeria**:*

Bien. Muchos detalles. Ya te haré partícipe.

Venga, dime, ¿qué te pasa?

***Yo**:*

Vale, vale. Jackson casi me besa.

***Valeria**:*

Noooo. Eso es incumplimieno de contrato.

***Yo**:*

Algo así, pero ¿sabes lo peor?

Que me ha gustado.

Y ahora no sé si debo cortar por lo sano o me dejo llevar.

No tengo ni idea de cuáles son sus intenciones.

***Valeria**:*

Ya. No quieres que pase lo mismo que con Francesco.

***Yo**:*

Así es.

***Valeria**:*

No sé qué decirte. Es complicado…

En principio, piensa bien si te gusta.

No sé, puede que como despedida antes de venirte

a Italia a hacer vida monacal, no esté mal.

Suelto una carcajada.

Yo:

Tú sí que sabes. Venga, lo pensaré.

Buenas noches, bruja.

Valeria:

Buenas noches, diosa.

Sonrío feliz por poder contar con mi amiga y dejo el móvil a un lado. No le he dicho nada de los mensajes anónimos, porque no quiero preocuparla. Cuando sepa con certeza de qué se trata, se lo contaré. Justo cuando apago la luz, la pantalla del móvil vuelve a iluminarse con una nueva notificación. Lo miro pensando que será algún meme de parte de Valeria, pero me equivoco. Es otro mensaje de un número desconocido.

Mi cuerpo se tensa antes de leerlo. Tomo el móvil y deslizo el dedo para desbloquearlo.

«Sé quién eres ysé lo que estás haciendo. Deberías pensar mejor tus decisiones».

El corazón se me acelera.

La sensación de alerta se instala en mi pecho mientras releo las palabras. Es diferente a los anteriores. Más directo y personal. Quien sea que esté enviando esto, no solo me vigila sino que me conoce.

Yo:

¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

El mensaje se envía, pero la confirmación de entrega no aparece. Al momento me viene devuelto. No me lo puedo creer. Me incorporo y apoyo las manos en la frente, con la cabeza hacia abajo, para pensar. ¿Qué quieren de mí? ¿Es alguien de mi pasado? ¿O alguien del círculo de Jackson?

Me esfuerzo en racionalizarlo. Puede que sea un fan obsesivo, una modelo celosa, una ex pareja de Jackson o un maldito malentendido. Sea lo que sea, necesito respuestas. Pero ahora mismo, lo único que debería hacer es dormir si quiero estar bien mañana. Me tomo otra pastilla para dormir con la angustia que me da el tener que hacerlo. Hace tiempo no podía dormir sin ellas y tuve que desintoxicarme para quitarme la dependencia que tenía. No puedo consentir que esta persona me devuelva a las peores épocas de mi vida.

No sé cuanto tardo en dormirme, pero, cuando despierto, ya es viernes y tengo la mañana libre antes del cóctel en la oficina de Jackson. Me doy una ducha larga, me visto con un conjunto de pantalón de vestir y blusa de seda en tono marfil, y salgo en coche hacia la sede de Woodall Corp. El evento de esta tarde es una recepción para proveedores y colaboradores clave, un encuentro relajado, pero estratégicamente diseñado para reforzar las relaciones comerciales.

Cuando llego, Jackson ya está en la sala principal del evento, perfecto con su traje oscuro, rodeado de un grupo de hombres tan trajeados como él. Me ve entrar y cabecea levemente en señal de saludo. Me acerco con naturalidad, y me integro en el grupo con una sonrisa perfecta y exultante de amabilidad. Jackson me coge con naturalidad de dos dedos de la mano y deja un suave beso en mi mejilla, que el grupo acepta sonriente. Debemos de parecerles la pareja ideal.

El evento continúa sin que ocurra nada memorable. Como siempre, mi papel es encajar a la

perfección, moverme entre los invitados con la seguridad de alguien que lleva años en este mundo y con la capacidad de entablar conversaciones de lo más variadas, siempre dejando la imagen de mi jefe y sus negocios en lo alto. Todo fluye con naturalidad. Excepto por una cosa. Jackson me observa más de lo normal.

No es algo que note de manera evidente, es más una sensación que me ahoga. Cada vez que hablo con alguien, o que río en una conversación, incluso cuando cojo una copa de vino que no bebo, siento su mirada sobre mí. No lo entiendo. Él mismo dejó claro que el contrato no incluía sentimientos ni intimidad. Entonces, ¿por qué me sigue con la mirada? ¿Por qué cada vez que nuestras miradas se cruzan siento esa carga eléctrica entre nosotros?

Cuando el evento termina y los asistentes comienzan a marcharse, me acerco a él.

—Mañana me gustaría tomarme el día libre. —Me mira con curiosidad—. Necesito ir al gimnasio y al *spa*. Relajarme un poco, ya sabes, y no abandonar mi entrenamiento.

Jackson alza una ceja, sorprendido, pero asiente.

—De acuerdo. Yo pasaré la mañana en el club.

—¿El club?

—Juego al tenis los sábados con unos amigos. Si quieres, puedes venir. Hay gimnasio, masajes… de todo.

Dudo un momento. No sé si es buena idea, pero tampoco sabría dónde ir y lo bueno de estos sitios exclusivos es que se chismorrea menos, ya que cada uno es famoso por algo y todos tienen mucho que callar, desde actores hasta políticos.

—Está bien.

—Te recogeré a las diez.

—Perfecto.

Me despido con una inclinación de cabeza y salgo de la oficina con una sensación extraña.

Al día siguiente, cuando llegamos al club, noto que Jackson está más relajado. Se nota que este es su ambiente, su rutina semanal y la forma de despejar la mente de los negocios. Aunque estoy segura de que aprovecha cualquier momento para hacerlos y el club no es una excepción. Yo, en cambio, estoy acostumbrada al mundo del deporte solo en su faceta de disciplina estética. No es que no me guste, pero esto es diferente.

Él se cambia en los vestuarios masculinos, y yo me dirijo a los femeninos. Me miro en el espejo mientras me ajusto la coleta alta y observo mi atuendo. *Leggings* ajustados negros, top de tirantes a juego, zapatillas blancas. Sencillo, deportivo y muy favorecedor.

Cuando salgo al pasillo para dirigirme al gimnasio, coincido con Jackson que se ha vestido con un polo azul marino y pantalones cortos blancos. Mi vista se pasea inevitablemente por su cuerpo. Es alto, de complexión atlética, y sus músculos se marcan de manera natural.

Se me hace un nudo en el estómago al descubrir lo que oculta en sus trajes de chaqueta de marca. Un cuerpo como el suyo no se consigue solo por jugar al tenis un día a la semana. O entrena con frecuencia o hace más ejercicio de lo que me ha comentado

Él también me ha analizado de arriba abajo y al recorrer mi cuerpo, con esta ropa tan ajustada, noto cómo sus ojos se oscurecen levemente, pero no dice nada. Su expresión habla por él.

—¿Lista? —pregunta con tono despreocupado, mientras gira la raqueta entre las manos—. El gimnasio es por aquella puerta a la derecha. Recuerda enseñar la pulsera de invitada que te he dado.

Me obligo a centrarme.

—Aquí la llevo. —Elevo la mano para que la vez en mi muñeca y así consigo que cambie el foco de su mirada.

—Jack, ¿estás listo? —Una voz surge detrás de él y enseguida veo que pertenece a un chico bastante robusto, pelirrojo y con una sonrisa que le da aspecto de nueva persona. Los peores. Sonrío al pensarlo.

—Sí, vamos Pete. Te presento a Isabella mi…

—¡Ya tenía ganas de conocerte! —Le corta para mi alivio; no sé cómo me habría presentado en horas no laborales—. Eres, eres… espectacular.

Su comentario le hace llevarse una colleja de premio.

—Vamos que nos van a anular la pista. Luego nos vemos, Isabella.

Se despiden de mí con la mano, con total naturalidad, excepto porque Pete se gira un par de veces a mirarme. De pronto me arrepiento de haber escogido esta ropa. Por muy modelo que sea, no me acostumbro a que me miren embobados cuando no estoy en una pasarela, hasta el punto de que a veces escojo camisas anchas para hacer ejercicio. Pero son incómodas. ¿Por qué debo ocultar mi cuerpo? El problema lo tienen ellos, que solo piensan con una parte del suyo.

Me meto en una clase de Pilates, con relajación final incluida, y luego bajo a la zona de estética a hacerme un tratamiento facial con masaje en la cabeza y en el cuello que me deja como nueva. Salgo a las pistas después de ducharme y veo que todavía está jugando con dos tíos más. Llevan dos horas y están agotados. Jackson es bueno, más de lo que esperaba. Se mueve con agilidad y precisión, controlando cada golpe con la misma estrategia con la que maneja sus negocios. Yo no soy una experta, pero he visto muchos partidos en la televisión con mi padre, que es muy aficionado.

Cuando acaban, se dirigen a la zona de sombra, donde estoy, a beber agua fría. Jackson se pasa una toalla por la nuca, que le deja el pelo un poco despeinado.

—No esperaba que jugaras tan bien.

Sonrío, bebiendo un sorbo de agua.

—Hay muchas cosas que te sorprenderían de mí.

Jackson lo dice y a la vez sostiene la mirada por un segundo más de lo necesario. Esas palabras veladas se salen por completo del contrato, aunque no estemos en una reunión ni en un evento laboral. Estamos solos en un rincón mientras sus compañeros recogen las cosas para irse a los vestuarios. Desvío la mirada tratando de procesar la reacción de mi cuerpo y el cosquilleo que siento entre las piernas. La bandera roja que impuse se tambalea.

—Espérame en la cafetería.

Roza mi brazo al decirlo, da un paso hacia el edificio del club y yo siento que me derrito por cada poro de mi piel que ha tocado.

CAPÍTULO 14

Jackson

El vestuario del club es un hervidero de comentarios sobre el partido. Toallas húmedas, el sonido del agua corriendo en las duchas y el aroma a jabón y loción masculina impregnan el aire. Me seco el cabello con la toalla y me inclino para recoger mi reloj del banco cuando escucho la primera estupidez del día.

—Tienes que compartir el secreto, Woodall —dice Harry, apoyándose contra su taquilla con una sonrisa burlona—. ¿Cómo conseguiste a la italiana?

Me detengo un segundo, pero no respondo. Lo ignoro como hago siempre con estos comentarios que ya sé qué camino van a tomar.

—No sé si la has convencido con tu cuenta bancaria o con otra cosa…—hace un gesto obsceno—-, pero maldita sea, esa mujer es un espectáculo —añade Pete, sin molestarse en disimular su tono lascivo.

Aprieto la mandíbula.

—Siempre has sido un cabrón con suerte —comenta otro, riendo.

—Debe ser un infierno contenerse con una mujer así —continúa Harry, y sacude la cabeza con fingido pesar—. No me jodas, Jackson, yo no tendría tu energía jugando al tenis con una mujer así en mi cama.

Ahí pierdo la paciencia. Me giro despacio y mi mirada encuentra la de Harry con una frialdad que detiene en seco su risa.

—Cierra la puta boca. —Las palabras salen de mi boca con una furia que no es propia de mí, y ellos lo saben.

El vestuario queda en silencio por un segundo. Harry levanta las manos en un gesto de burla, pero sus ojos evitan los míos.

—Tranquilo, hombre, era solo un comentario.

—Pues asegúrate de que sea el último. —Me pongo la camisa con un movimiento tenso y los dientes me duelen a apretarlos por culpa de la ira que siento dentro.

—Pues sí que te gusta, ¿no te habrás enamorado? Nunca te había visto así…

Tomo mi bolsa de deporte y salgo sin decir nada más, dejando que sus palabras se alejen de mí. No puedo estar un minuto más aquí sin partirle la cara a alguien. Cuando llego a la cafetería del club, Isabella está sentada junto a una ventana, absorta con el jardín; la luz del mediodía perfila su silueta, que en ese momento me parece etérea. Isabella no es de este mundo. Lleva una blusa de seda azul y unos vaqueros que realzan su figura, sin que lo necesite. Mantiene la espalda

recta, y podría parecer relajada si no fuera porque sus dedos juegan con el borde de un vaso de agua. Sé que algo la inquieta.

Me acerco, después de respirar hondo para quitarme el enfado, y me apoyo en el respaldo de la silla frente a ella.

—Los chicos van a comer juntos. ¿Te apetece venir?

Isabella levanta la vista. Me devuelve una sonrisa cortés, pero sus ojos denotan cansancio.

—No, gracias. Prefiero irme ya. No estoy para comer con una panda de tíos babosos, lo siento.

Frunzo el ceño, porque se ha dado cuenta de cómo la miraban mis compañeros de juego, y eso me enfurece.

—Te llevo.

—No hace falta. Puedo volver por mis propios medios.

Se levanta, recoge la bolsa que tiene en la silla de al lado, pero no la dejo marchar.

—Al menos espera al chófer. No quiero que vayas sola. Si lo llamo ahora, estará aquí en unos treinta minutos. Puedes comer mientras tanto.

Ella suspira y me mira con cierta exasperación.

—Jackson, no soy una niña. Sé moverme sin ayuda.

La observo con detenimiento. No quiero discutir, pero tampoco quiero dejarla ir sola. Finalmente, cedo.

—Por favor, no es necesario. Quédate en el bar mientras llega. No tardará.

—Bien, pero prefiero esperar fuera —acepta con resignación y termina su vaso de agua. Saco el móvil del pantalón y llamo a mi chófer. Después, pido que pongan su consumición en mi cuenta y la acompaño al exterior del club, paseando antes por las instalaciones para hacer tiempo.

Cuando llegamos al aparcamiento, veo el coche negro que se acerca a la entrada.

—Vete, que te estarán esperando. Puedo ir sola hasta el coche.

Capto el mensaje que me lanza con sorna, y me despido. No he llegado a la puerta, cuando escucho un grito y el guarda del club se endereza.

—¡Señor Woodall!

Es la voz de mi chófer. Me giro justo a tiempo para ver cómo un encapuchado se abalanza sobre Isabella, y la atrapa por la cintura. El otro le sujeta la muñeca con brutalidad, intentando inmovilizarla. Isabella forcejea con la fiereza de alguien que no está dispuesta a ser una víctima fácil. Se revuelve, golpea con su pierna la rodilla de uno de ellos, pero el otro la empuja con fuerza. Ella se zafa del primero con una patada, pero no del segundo, que tira de su brazo hasta que la tira al suelo.

—¡Maldita puta! Estate quieta —le grita el encapuchado que no puede con los movimientos defensivos de Isabella.

—¡Eh! —gruño, mientras corro en su dirección por un lado, y el chófer los alcanza por el otro.

Su cuerpo cae con violencia contra el pavimento y su cabeza golpea el suelo con un sonido seco que me asusta. Siento una descarga de furia recorrerme.

Corro hacia ellos, pero los bastardos ya están soltándola. El chófer llega justo detrás de mí y los agresores salen disparados hacia la parte trasera del club.

—¡Atrápenlos! —grito con toda la rabia contenida.

Los guardias de seguridad emergen de la entrada y salen en su persecución, pero yo no me detengo a ver qué pasa con ellos. Solo tengo interés en Isabella. Me arrodillo junto a ella. Respira de forma entrecortada, sus labios están medio abiertos y el rostro se ha vuelto pálido. Hay un hilo de sangre corriendo desde su sien hasta su mandíbula.

—Isabella — Escucho mi voz rota.

Ella parpadea, confusa. Intenta incorporarse, pero mi mano la detiene.

—No te muevas.

—Estoy bien… —susurra, con un hilo de voz.

La rodeo con sumo cuidado, sintiendo la tensión de su cuerpo contra el mío. Le tiemblan las manos, no sé si por el miedo o por la adrenalina. Está más asustada que yo, que también estoy cabreado.

Los paramédicos llegan en cuestión de minutos, y la atienden con rapidez. Mientras le limpian la herida de la cabeza y le revisan las pupilas, yo no me muevo de su lado.

—Vamos al hospital —ordeno sin dejar espacio a réplica.

—Jackson…

—No discutas.

La ambulancia llega en pocos minutos y entramos en un espacio reducido donde el aire está algo cargado. Isabella está tumbada en la camilla, con la mirada perdida en el techo del vehículo.

Me inclino hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas, y la observo con el ceño fruncido por la preocupación.

—Lo siento —murmuro.

Ella gira la cabeza, pero su expresión es difícil de leer.

—No es tu culpa.

—Sí lo es. Alguien te atacó, porque estás conmigo.

—¿Por qué piensas eso? ¿Y si no lo hicieron por ti?

Habla con voz muy baja, pero eso no quita que sus palabras impacten como un golpe directo a mi estómago y llenen mi cabeza de dudas.

—¿Qué quieres decir?

Ella baja la mirada, mordiendo el labio inferior. Hay una sombra en sus ojos que no me gusta.

—Nada.

—No me mientas.

Me inclino más hacia ella, ignorando la proximidad entre nosotros, y le cojo la mano para acariciarle el dorso con el dedo pulgar.

—Dímelo, Isabella. ¿Esto tiene que ver con el intento de ataque del otro día? ¿Es lo que piensas?

Su reacción lo dice todo. Ha tensado la espalda y agarra la manta con una fuerza que enrojece sus preciosas manos.

—No lo sé —murmuró.

—No me mientas.

—¡No lo sé, Jackson! —su voz se quiebra y cierra los ojos con frustración. Veo cómo una lágrima tiembla en las pestañas y me conmueve profundamente. No quiero que sufra y menos si es por mi causa—. Pero si lo supiera… ¿qué cambiaría?

La pregunta me deja sin respuesta.

—Haría algo al respecto.

—Eso es lo que me preocupa.

Se gira hacia la ventana, buscando una salida en la vista de la ciudad.

—No quiero ser otro problema en tu vida —susurra.

Esas palabras me enfurecen.

—No eres un problema.

—No quiero que me tengas que proteger como si lo fuera. Tú y yo no somos nada.

—Demasiado tarde para eso.

Mi mano roza su mejilla con suavidad, limpio un poco de sangre seca de su piel y ella reacciona cerrando los ojos un instante, como si ese simple contacto la quebrara. Cuando los abre, hay algo roto en su mirada. Pero entonces, ella se aparta.

—No.

Es un susurro, pero suena como una sentencia.

—Isabella…

—No hagas esto más difícil.

Me quedo en silencio. No quiero apartarme, pero ella sí y la respeto. No la dejaré sola ni un minuto, aunque no lo acepte.

CAPÍTULO 15

Isabella

Un pitido suave y constante me saca del sueño, arrastrándome hacia la realidad con lentitud. Todo está en calma, pero siento mi cuerpo más pesado de lo normal y estoy aturdida. Parpadeo varias veces, obligándome a enfocar la vista. La habitación es amplia y luminosa, con paredes en un tono crema que contrastan con los marcos oscuros de unas ventanas sin cortinas. Acabo de despertarme del todo cuando me doy cuenta de que estoy en un hospital, y mi corazón se acelera.

El sonido rítmico de una respiración junto a mí, llama mi atención. Giro la cabeza y veo a Jackson dormido a mi lado. Está sentado en un sillón junto a la cama, con la cabeza inclinada hacia un lado y los brazos cruzados sobre el pecho. Su traje está arrugado y su pelo, normalmente impecable, está un poco revuelto, como si se hubiera pasado la mano por él demasiadas veces. Sus facciones relajadas le dan un aire distinto al que suelo ver en él, más humano. La sombra de la barba, que ha crecido durante la noche, resalta la línea de su mandíbula y, hasta en estas circunstancias, es el hombre más atractivo que he visto nunca, y eso que he posado con los mejores modelos del mundo Mi corazón da un vuelco al darme cuenta de que se ha quedado aquí toda la noche.

Lo observo en silencio, y me permito este momento de vulnerabilidad del que no se entera. Nunca antes lo había visto así: sin la coraza de perfección que lo rodea en el día a día y sin la mirada afilada de quien siempre está analizando a los demás. En este momento, dormido y despreocupado, parece más joven. Sonrío al pensar que así parece real.

Me muevo apenas y el leve sonido del roce de las sábanas hace que sus ojos se abran de inmediato. Su instinto es rápido, como tiene alguien que siempre está alerta. Por un segundo, parece desorientado, pero cuando sus ojos se posan en los míos, se suavizan con un alivio tan evidente que me deja sin aire.

—Estás despierta.

Lo afirma con voz cansada e inusualmente ronca. Intento incorporarme, pero un leve mareo me hace detenerme. Jackson se inclina de inmediato y me ayuda con suavidad, deslizando una mano por mi espalda para colocar un almohadón. Su contacto es cálido y firme.

—¿Cómo te encuentras? —Me conmueve su cautela y delicadeza hacia mí. Pero sé que no debo confundir sus gestos.

—Como si me hubiera pasado un camión por encima —murmuro.

Él esboza una sonrisa ladeada, pero no hay rastro de diversión en su expresión.

—Eso encajaría con lo que pasó ayer.

Sus palabras hacen que todo regrese de golpe a mi cabeza. La agresión, la caída y el miedo. Mi estómago se revuelve y trago saliva, obligándome a mantener la calma.

—¿Ya sabes qué pasó? ¿Qué han dicho los médicos?

—Que estás mejor de lo que pensaban. Creían que tenías una costilla fisurada, pero no. —Se inclina un poco más, evaluando mi expresión—. Solo una contusión en la cabeza y algunos hematomas. Te han mandado reposo en casa durante una semana.

Hago una mueca de disgusto.

—No puedo estar una semana encerrada.

Jackson suspira y pasa una mano por su cabello, despeinándolo aún más.

—Isabella, no hay nada que negociar. Vas a hacer reposo y punto. No te preocupes que estarás bien cuidada.

Le sostengo la mirada con rebeldía.

—No puedes obligarme.

Él se inclina un poco más, apoyando el brazo en el colchón, tan cerca que creo que voy a perder la cordura.

—Puedo hacerte la vida imposible si no lo haces.

—Lo haces de todas las formas.

Jackson suelta un resoplido y, para mi sorpresa, pasa la yema de los dedos por mi mejilla con una suavidad que me deja sin aliento.

—Si te hubiera pasado algo… —Su voz es apenas un susurro que se cuela por los poros de mi piel hasta hacer latir mi corazón con rapidez.

—Si me hubiera pasado algo, ¿qué? —pregunto, y siento que el corazón me cierra la garganta.

Jackson aprieta la mandíbula y sus ojos recorren mi rostro con una intensidad que me quema.

—Me habría vuelto loco.

Trago saliva y bajo la mirada, necesito espacio para procesar lo que acaba de decir. Pero entonces, la puerta de la habitación se abre de golpe y entran un par de agentes de la policía. Jackson se separa de inmediato. En cuestión de segundos, su expresión vuelve a ser dura y seria.

—Señorita Romano, soy el detective Callahan y ella mi compañera Smith. —El hombre que habla es alto y de cabello grisáceo, con el rostro curtido por los años de trabajo. A su lado, una mujer joven sostiene una libreta—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, considerando las circunstancias.

—Nos gustaría hacerle algunas preguntas sobre lo que ocurrió ayer.

Jackson, que se ha levantado, endereza la espalda y su postura se vuelve rígida.

—¿Han atrapado a los agresores?

—No, todavía no. Pero tenemos algunas pistas. Necesitamos hacerle unas preguntas, señorita, si se siente capaz ahora.

El detective me observa con atención.

—Sí, creo que puedo aguantarlo.

—Señorita Romano, ¿conocía a sus agresores?

—Iban encapuchados. No les vi la cara.

—¿Ha recibido alguna amenaza antes de esto?

La pregunta hace que mi estómago se hunda. Miro a Jackson por el rabillo del ojo y noto cómo su expresión cambia levemente, como si empezara a atar cabos.

—He recibido algunos mensajes anónimos en los últimos días —admito, con la garganta seca.

Jackson gira la cabeza hacia mí, incrédulo.

—¿Mensajes anónimos?

Smith anota algo en su libreta.

—¿Qué tipo de mensajes?

—Advertencias, pero no sé a qué ni por qué. Cosas como «abre los ojos antes de que sea tarde» o «sé quién eres». Al principio pensé que era solo un fan obsesionado, pero ahora… —exhalo lentamente—. Ahora no lo sé.

El detective asiente, como si esto confirmara una teoría en su mente.

—Nos gustaría ver esos mensajes. ¿Los conserva?

—Sí, aunque los números desde los que los enviaron no existen cuando intento responder.

—Los rastrearemos de todas formas. Enviaré a alguien para que recoja su teléfono y analice la información.

—¿Cree que esto está relacionado con el ataque? —interviene Jackson, con la voz más tensa de lo normal.

—Es posible. No descartamos nada.

Después de hacerme unas preguntas más, los agentes se marchan y el silencio que dejan es abrumador. Jackson no me mira. Lo veo caminar hacia la ventana, con los puños cerrados a los lados del cuerpo. Sé que está intentando controlarse.

—¿Cuánto hace que recibes esos mensajes?

Su tono es tan helado que me provoca un escalofrío. Suspiro y cierro antes de responder.

—Desde hace unos días.

—¿Y no pensaste en decírmelo?

Me muerdo el labio y lo miro con seriedad.

—No pensé que fuera asunto tuyo.

Jackson suelta una risa amarga y se gira hacia mí, clavándome una mirada oscura.

—¿Cómo no va a ser asunto mío? Isabella, casi te matan —alza la voz y sube los brazos que

deja caer a los lados del cuerpo.

La culpa me aprieta el pecho, pero no cedo.

—No sabía si tenía relación con esto o si era solo alguien intentando asustarme. No sabía si venían de ti. No te conozco casi ni sé nada de nadie. ¿Quién hay cerca de mí en quien pueda confiar? Nadie —sollozo.

—Eh, eh, calma, pequeña. —Se acerca y me acaricia la cabeza con cuidado—. No te alteres, por favor, no te conviene. ¿Y ahora qué piensas?

Aguanto su mirada.

—Ahora pienso que hay alguien que quiere hacerme daño, creo que es evidente, ¿no?

Él aprieta la mandíbula y rodea mi cama, apoyando las manos en la barandilla.

—Eso nos lo han dejado muy claro. No voy a permitir que lo consigan. La cuestión es por qué.

—No puedes controlarlo todo, Jackson.

Sus ojos brillan con una furia contenida.

—Puedo intentarlo y tengo los medios para hacerlo.

Me quedo en silencio, porque sé que lo dice en serio. El fuego de su mirada me hace sentir algo que he evitado toda mi vida: miedo. ¿De verdad estoy en peligro? ¿Por qué?

CAPÍTULO 16

Jackson

La llevo de vuelta al ático en completo silencio, excepto por la música suave que suena en los altavoces del Maserati. Isabella no protesta en el coche, solo mira por la ventanilla con el ceño ligeramente fruncido, como si su mente estuviera en otro lugar. Sé que está procesando todo lo que ha pasado y no la culpo, porque yo hago lo mismo.

Cuando llegamos al edificio, ella aún no sabe la decisión que tomé cuando estábamos en el hospital. Antes de que abra la boca para decir que va a su apartamento, me adelanto.

—He dado instrucciones al servicio para que preparen la habitación de la planta baja en mi ático. Te quedarás allí, conmigo.

Isabella se gira hacia mí con una expresión de incredulidad.

—¿Perdón?

Cierro la puerta tras ella y marco el código del ascensor privado.

—No voy a dejar que te quedes sola con lo que ha pasado, además necesitas que te cuide.

—Jackson, tengo mi propio apartamento. Puedo cuidar de mí misma.

Su tono es firme, pero hay un leve temblor en su voz, que no pasa desapercibido para mí.

—Las circunstancias han cambiado —replico, cruzándome de brazos mientras el ascensor nos sube hasta la planta superior—. No pienso discutir esto contigo, Isabella.

Ella me lanza una mirada que me partiría en dos de haber sido una lanza.

—¿Y el contrato? Esto pasa los límites de nuestro acuerdo laboral.

—El contrato no contemplaba intentos de secuestro, ni amenazas anónimas. Así que ahora mismo, el contrato me importa una mierda.

Nos quedamos en silencio hasta que las puertas del ascensor se abren. Al entrar en mi apartamento, Isabella exhala con resignación y camina hacia la sala de estar.

—Sigo sin estar de acuerdo con esto —farfulla, pero no hago caso.

—La habitación de la planta baja tiene todo lo que necesitas y no tienes que subir escaleras —le explico—. Además, si necesitas algo, estaré cerca.

Ella me lanza una mirada reprobatoria, pero no dice nada. La acompaño hasta la habitación, donde el servicio ha dispuesto ropa limpia y un par de toallas en la mesita de noche.

—Si necesitas algo más, solo tienes que pedirlo.

—Necesito mi espacio y, claro, todas mis cosas —murmura con un leve suspiro, dejando su bolso en una butaca.

—El espacio lo tendrás y tus cosas las han ido a buscar. Espero que no te moleste que la señora García las recoja.

Me doy media vuelta y salgo, dejando la puerta entreabierta.

He decidido quedarme yo mismo a su cuidado. Cuando la señora García deja la maleta de Isabella en su habitación, despido al servicio hasta el lunes y anulo mis citas del día siguiente. También informo a mi asistente de que trabajaré desde casa la próxima semana. Lo último que necesito es estar lejos si vuelve a ocurrir algo.

Después de asegurarme de que todo está en orden, me dirijo a la cocina para hacer la cena. Isabella puede que no lo sepa, pero si hay algo en lo que soy bueno —además de los negocios—, es en la cocina. Aprendí desde joven por pura necesidad, en los años en que mi padre trabajaba sin parar y mi madre no estaba en casa. No confío en que Isabella haya comido bien en el hospital, así que decido hacerle algo que no pueda rechazar. Cuando paso por delante de su habitación, la puerta sigue entre abierta y la luz encendida. Me asomo y veo que está sentada en la cama, con las piernas cruzadas y un libro abierto en el regazo. No parece estar leyendo en realidad. Su mirada está perdida en la ventana, donde la ciudad brilla con el comienzo del atardecer.

—Voy a hacer la cena. ¿Algo que te apetezca?

Ella parpadea y me mira.

—No tengo hambre.

—No te he preguntado si tienes hambre. Te he preguntado qué quieres cenar.

Ella suspira y cierra el libro con suavidad.

—Sorpréndeme.

Media hora después, la mesa del salón está servida con un plato de *risotto* de setas y parmesano, acompañado de una ensalada verde. Cuando la llamo, aparece con ropa cómoda: un pantalón holgado y un jersey fino. Lleva el pelo un poco húmedo por la ducha, y va sin maquillaje. Me fascina verla sin el peso de la imagen perfecta que siempre lleva en público, parece más vulnerable.

—¿Has podido ducharte a pesar de los dolores?

—Ha sido difícil. Cuando he visto los moratones, he puesto una toalla en el espejo para no verlos. Me ha costado ducharme, pero es algo para lo que no pensaba pedirte ayuda.

—Lo hubiera hecho encantado —contesto mordaz y le guiño un ojo. Me alegro de ver que su respuesta es una sonrisa.

—El contrato, señor Woodall. A ver si voy a acabar demandándote por incumplimiento.

Se sienta en la mesa y me observa mientras sirvo el vino.

—Yo no quiero —dice, señalando la copa.

—No estás trabajando. Creía que el resto del tiempo sí te permites beber.

—Es por los medicamentos. Mejor no mezclar.

Frunzo el ceño y dejo la botella sobre la mesa.

—Entonces ninguno de los dos beberá.

Retiro mi copa y la de ella. Isabella me mira con extrañeza, como si no esperara ese gesto.

—No tienes que hacer eso.

—No tiene sentido beber solo.

Ella sostiene mi mirada como si quisiera leer en mis ojos, pero no dice nada más.

Cenamos tranquilos, con una conversación sosegada sobre los países que hemos visitado. Isabella come despacio. El *risotto* ha sido buena idea para que no tenga que esforzarse, aunque aun así veo gestos de dolor cuando come.

—Es muy cremoso. Te felicito. No sabía que cocinaras tan bien.

—Cocino poco, pero lo poco que sé hacer, lo hago muy bien —fanfarroneo, porque sé que le pica y tengo ganas de divertirme. Es la mejor manera de romper barreras.

Me doy cuenta de que la cena es solo una excusa para estar juntos, para asegurarnos de que el otro está bien sin decirlo en voz alta. Isabella me importa mucho más de lo que ella cree y temo romper la magia que nos envuelve si me sincero con ella y no es recíproco. Deben de haber querido abusar de ella como modelo demasiadas veces para que se proteja tanto. Por eso es mejor no forzar las cosas.

Cuando terminamos, recojo los platos y los meto en el lavavajillas. Isabella se sienta en el sofá y se gira hacia la vista nocturna de Manhattan. La única luz encendida es la lámpara de un rincón, lo que hace que el brillo de los rascacielos sea aún más impactante.

Me acerco y me siento a su lado, dejando algo de espacio entre nosotros.

—Tienes una vista increíble —murmura.

—Sí. Pero hoy parece más impresionante.

Ella sonríe, pero su expresión sigue siendo melancólica. Pongo algo de música desde el móvil mientras observamos las luces de la ciudad. Llevo cinco años en este ático y nunca había disfrutado tanto de las vistas desde mi salón.

—Deberías descansar.

—Sí, estoy agotada. Lo haré pronto.

Pero no se mueve. Lo entiendo, porque yo también siento la intimidad del momento, la calidez, la magia que nos rodea y nos impide salir de ella. Isabella apoya la cabeza en el respaldo y cierra los ojos. Me acomodo a su lado, relajado, y dejo que su cabeza descanse en mi hombro. Siento su respiración contra mi cuello. No quiero moverme cuando veo que se ha dormido, que por fin respira calmada y su pecho sube y baja a un ritmo pausado. Así que me recuesto un poco, paso un brazo por encima de sus hombros para darle calor y con el otro alcanzo la manta para cubrirnos. Así, con ella en mi regazo, dejo que mi mente descanse y me duermo, medio sentado,

con una sonrisa en mis labios.

CAPÍTULO 17

Isabella

El dolor es lo primero que siento al despertar. Es una punzada profunda, que se extiende por mis músculos golpeados, por cada contusión que me dejó la agresión del sábado. Parpadeo varias veces antes de darme cuenta de que no estoy en la cama.

Mi cuerpo está tibio, acurrucado contra algo sólido y firme. El brazo de Jackson está sobre mi cintura, pesado y protector. Su respiración es profunda, rítmica, tan cerca de mi oído que puedo sentir su aliento sobre mi piel. Mi corazón se acelera.

Con mucho cuidado, me separo un poco, lo justo para poder mirarlo sin despertarlo. Su rostro está relajado, sin el ceño fruncido que siempre pone en las reuniones o en momentos tensos, cuando está calculando su jugada maestra en los negocios, por ejemplo. Es inconsciente y a mí me encanta, aunque lo prefiero con la cara relajada como la de ahora. La barba incipiente le da un aire más rudo y real. El pelo se le ha revuelto y unos mechones despeinados le caen sobre la frente. Creo que podría despertarme todos los días con esta imagen. No puede estar más guapo y sensual, a pesar de la postura incómoda en la que ha dormido por mi culpa. Cierro los ojos un instante y suspiro. Sé que no debería pensar así, que esto no es real, que todo es circunstancial. Pero mi cuerpo recuerda la calidez de su abrazo incluso antes de abrir los ojos. No puedo quedarme así. Con un leve movimiento, me separo más y me siento en el sofá. El cambio en la postura lo hace moverse, y frunce el ceño antes de abrir lentamente los ojos. Sus ojos, aún medio cerrados por el sueño, se fijan en los míos con algo de desconcierto.

—¿Qué…? —murmura, con voz ronca.

—Nos dormimos en el sofá —explico con torpeza—. Lo siento.

Él se endereza, se pasa una mano por la cara y exhala despacio. Por un segundo, parece que intenta recordar qué ha pasado. Cuando su mirada regresa a mí, hay algo tenso en sus ojos.

—¿Cómo te encuentras?

—Bastante dolorida. Pero no pasa nada. Me voy a la cama, aún es temprano.

Se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. Está increíblemente atractivo así, con la camisa ligeramente arrugada, el cabello revuelto y la expresión de alguien que se acaba de despertar demasiado temprano. Mira la hora en su móvil que ha dejado sobre la mesa de centro. Las cinco.

—Te acompaño a tu habitación —dice, poniéndose de pie.

Asiento en silencio. No tengo fuerzas para discutir y, en el fondo, me duele todo el cuerpo de

tal manera que prefiero ir apoyada en él. Caminamos juntos por el pasillo y, cuando llegamos a la puerta, me giro para mirarlo.

—Gracias, Jackson. No tienes por qué hacer nada de esto.

Él se detiene, su mirada se suaviza por un segundo antes de asentir.

—Descansa.

Me meto en la cama con dificultad. Las sábanas están frías, a diferencia del sofá, y cuando me acurruco en ellas, mi cuerpo extraña el calor que Jackson emanaba. Maldigo por dentro y me digo que esto no puede estar pasando. Tomo un analgésico y cierro los ojos, dejando que el sueño me atrape otra vez.

Cuando despierto de nuevo, el aroma del café impregna el aire. Parpadeo, aún adormilada, y miro la hora. Es más tarde de lo que pensaba. Intento moverme, pero un gemido de dolor se escapa de mis labios. Me duele el cuerpo mucho más que ayer. Imagino que las medicinas han dejado de hacer efecto y me toca la siguiente toma. Pero no puedo moverme sin que me duela alguna parte de mi cuerpo. Estoy exhausta. Extiendo una mano y encendiendo la luz. Apenas pasan unos segundos antes de que escuche un golpe suave en la puerta.

—Isabella.

—¿Jackson?

—Buenos días. ¿Cómo estás? —pregunta desde el otro lado.

Me aclaro la garganta.

—Puedes entrar.

La puerta se abre con suavidad y aparece en el umbral, vestido con pantalón vaquero bastante gastado y camiseta gris claro, que le marca los abdominales.

—No me puedo mover sin dolor —confieso.

—Te traigo las medicinas. Espérame ahí, No te muevas.

—¿Estás de broma?

A los pocos minutos regresa y trae una taza de café, agua y un pequeño frasco de pastillas en una bandeja.

—Tómatelo en la cama. —Se acerca y deja la bandeja en la mesilla—. Es descafeinado. No quiero que el café interfiera con los analgésicos.

Lo miro sorprendida.

—¿Desde cuándo te preocupas por esas cosas?

Él sonríe, con una expresión entre encantadora y arrogante, que me empieza a gustar cada vez más.

—Desde que decidí que cuidarte también es mi trabajo.

Su tono es divertido, pero sus ojos tienen algo más profundo. Tomo la taza con ambas manos y bebo un sorbo. El café está caliente y cremoso, perfectamente hecho.

—Gracias.

Jackson se apoya en el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

—Cuando te sientas con fuerzas, te estaré esperando en el comedor.

Después de ducharme con dificultad y vestirme con un conjunto cómodo de *leggins* y un suéter ancho, salgo al comedor. Jackson está sentado en la mesa, trabajando con el portátil. La pantalla brilla con gráficos y números que no entiendo.

Cuando me acerco, levanta la vista.

—Tienes mejor aspecto que ayer.

—Me siento como si me hubiera peleado con un luchador de la UFC, pero sí, estoy algo mejor.

Camino hasta la mesita donde dejé mi móvil cargando la noche anterior. Me siento en el sofá para revisar los mensajes y mi estómago se encoge de inmediato.

«Lo has fastidiado todo, bruja».

Mi piel se eriza. Jackson se da cuenta de mi reacción en cuanto levanto la vista.

—¿Qué pasa?

—Otro mensaje.

Se acerca y le muestro la pantalla. Su expresión se oscurece al instante.

—Voy a encargarme de esto.

Sin decir nada más, se levanta, saca su teléfono y hace un par de llamadas. Primero a su equipo de seguridad, luego al detective Callahan.

Yo me recuesto en el sofá. El cansancio me pesa como una losa y los dolores me provocan una angustia difícil de aguantar. Puede ser por los medicamentos, o porque mi mente no puede procesar lo que está pasando, todo al mismo tiempo.

Jackson se sienta en el sillón de enfrente y me observa con atención.

—Voy a encontrar a quién está detrás de esto.

Sus palabras son una promesa. Lo acepto, pero por dentro, algo me dice que esto no es tan sencillo.

La tarde transcurre en una calma extraña. Jackson trabaja, atento a cada detalle de su ordenador, pero de vez en cuando se levanta para preguntarme cómo estoy o si necesito algo. Se encarga de la comida, de asegurarse de que coma lo suficiente y de que tome los medicamentos a tiempo. Mientras, yo estoy en el sofá e intento leer, pero mi mente no se concentra.

Por la noche, después de la cena, decido irme a la habitación. Justo cuando estoy a punto de cerrar la puerta, mi móvil vibra de nuevo en mi mano. El mensaje hace que se me hiele la sangre.

«No te escondas, porque te encontraré. Me devolverás lo que es mío».

Un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Me toco la garganta con los dedos, intentando controlar mi respiración, y salgo al pasillo con las manos temblorosas. Jackson está apagando las

luces del salón cuando me acerco a él.

—Jackson…

Él se gira al escuchar la angustia con la que pronuncio su nombre.

—¿Qué pasa?

Trago saliva sin poder evitar lo vulnerable que me siento en este momento. Le enseño el nuevo mensaje. Él me mira preocupado y yo a él con una angustia en los ojos que me dificulta respirar.

—No quiero dormir sola esta noche.

Él frunce el ceño.

—Isabella. ¿Estás segura?

—Solo… Quédate hasta que me duerma. Luego puedes irte.

Sus ojos buscan los míos, tratando de leerme. Pero no hay preguntas. Pone la mano en mi hombro y, juntos, entramos en mi habitación. Me ayuda a acostarme y se sienta en el borde de la cama. Cuando me meto bajo las sábanas, él se tumba junto a mí, pero sin tocarme. Pasan los minutos y mi cuerpo se va relajando. Hasta que me muevo sin pensarlo y me acurruco contra él. Jackson me rodea con un brazo y me acerca más a su pecho.

—Duerme, Bella, duerme. Lo solucionaremos —susurra contra mi pelo.

CAPÍTULO 18

Jackson

La noche ha sido un maldito infierno. Dormir a medias, con Isabella entre mis brazos, ha sido una de las experiencias más jodidamente dulces y tortuosas de mi vida. Por un lado, la calidez de su cuerpo, su respiración pausada contra mi pecho, la forma en que su cuerpo parecía encajar en el mío, como si siempre nos hubiéramos pertenecido… Y, por otro, la realidad. La situación en la que estamos, el contrato que nos une, el peligro que la acecha y la certeza de que no puedo permitirme verla como algo más que una mujer a la que debo proteger. Pero es imposible.

Isabella duerme profundamente, a pesar de los dolores, gracias a los medicamentos, pero yo apenas he dormido a ratos, vencido por el sueño, pero me volvía a despertar enseguida. Cada vez que cierro los ojos, mi mente se llena de imágenes que no deberían estar ahí. Su fragancia, la sensación de su piel contra la mía, la forma en que se refugió en mis brazos anoche, buscando seguridad. No puedo evitar pensar que quiero ser esa seguridad para ella, pero al mismo tiempo, no debo. Y, a la vez, todas las ideas sobre lo que está pasando, los posibles motivos y pensamientos cada vez más absurdos conforme pasan las horas.

Me levanto con cuidado, asegurándome de no despertarla. La observo unos segundos antes de salir de la habitación. Es preciosa, incluso dormida, con el pelo revuelto, esparcido sobre la almohada, y la expresión algo tensa, como si su mente aún estuviera atrapada en los recuerdos de lo que ha pasado.

Exhalo, pasándome una mano por la cara. Necesito un café. Cruzo el ático en silencio y voy hasta la cocina. Pongo la cafetera en marcha y camino hacia el ventanal del salón. La ciudad empieza a despertar. Las luces de los rascacielos desaparecen poco a poco con la llegada del amanecer. Me apoyo en el marco de la ventana, con la taza caliente entre las manos, y observo cómo la luz del sol invade Manhattan con calma.

Me siento frente al ordenador con el ánimo de solucionar esto con ayuda de mi equipo de seguridad y del inspector Callahan. Es temprano, así que no lo llamo, solo le dejo un mensaje:

«Llámeme cuando pueda. Woodall».

Abro el portátil y empiezo a revisar mis correos, mientras llamo a Ferguson, el hombre encargado de mi seguridad personal que ha pasado la noche vigilando el edificio.

—¿Algún movimiento? —pregunto en cuanto responde.

—Nada, señor Woodall. Nadie sospechoso ha entrado ni salido del edificio. He revisado todas las cámaras de la noche y no hay señales de actividad inusual.

Me tranquiliza escucharlo, pero no me relajo.

—Quiero que refuerces la seguridad. Coloca un par de hombres más en los accesos y dile a Davis que acompañará a Isabella a todas partes en cuanto vuelva a salir. La necesito disponible para ella.

—Lo haré de inmediato.

Cuelgo y vuelvo a mirar la pantalla del móvil. Callahan sigue sin devolver mi llamada, así que le dejo un mensaje de voz.

—Inspector, soy Jackson Woodall. Isabella ha recibido un nuevo aviso. Llámeme cuando tenga novedades sobre los mensajes o los atacantes. No quiero esperar más.

Me recuesto en la silla y respiro hondo. No sé quién está detrás de esto, pero voy a averiguarlo.

Un sonido extraño me saca de mis pensamientos. Me levanto y camino por el pasillo hasta la habitación de Isabella. La puerta está entreabierta y me asomo con cautela. Ella se mueve entre las sábanas con el rostro contraído por el dolor.

—Mmm… —murmura en sueños, con expresión de queja.

Doy un paso más y me quedo a su lado, observándola con atención. Su respiración es irregular, su piel está más pálida que cuando la conocí y, a pesar de su fortaleza, su cuerpo sigue sufriendo las consecuencias del ataque.

No sé qué siento en este momento y por qué el estómago se me retuerce al contemplarla. Es rabia, una furia contenida por lo que le han hecho. Eso lo tengo claro. Pero también es algo más que no quiero poner en palabras, porque la sola idea de sentir amor por ella me irrita. No puedo permitir que eso pase y no sé cómo frenarlo mientras la tengo tan cerca y tan vulnerable. Pero debo aguantar. Tengo que contener las ganas de besarla, de recorrer todo su cuerpo con mis manos y con mi lengua, para saborearla. La deseo y eso traspasa todos los límites que acordamos.

Justo cuando estoy a punto de retirarme, mi móvil vibra. Me giro y salgo de la habitación, cerrando la puerta con cuidado antes de contestar.

—Buenos días, Callahan.

—Hemos analizado los mensajes del móvil de la señorita Romano, pero no hay mucho que sacar. Han sido enviados desde servidores cifrados. Sin embargo, los de delitos informáticos están rastreando las posibles conexiones.

—¿Y los atacantes?

—Los hombres del club los perdieron en la calle, pero tenemos algunas imágenes de cámaras de seguridad. Las estamos analizando. No son delincuentes comunes, eso es seguro.

Me siento en el sofá con los puños apretados, tratando de controlar mi frustración.

—Necesito respuestas, Callahan.

—Lo sé, Woodall. Créame, estamos trabajando en ello.

Cuelgo sin responder y paso una mano por mi nuca. No me gusta esto. ¿Qué se nos escapa?

Cuando Isabella se levanta, con una camisola, que deja a la vista sus impresionantes piernas, se sienta conmigo en la mesa del comedor. Le sirvo un café y unas tostadas con aguacate para acompañar a las medicinas.

—¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiera peleado con un toro y el toro hubiera ganado —responde con una sonrisa cansada.

Me obliga a sonreír por las diferentes respuestas que me da cada vez que le pregunto, aunque en realidad quiero llevarla de nuevo a la cama y asegurarme de que descanse como es debido.

Desayunamos en un ambiente tranquilo, aunque noto que Isabella sigue distante. No tiene ganas de hablar y se limita a comer despacio, con la mirada perdida en algún punto del plato, con la mente en otra parte. Quiero abrazarla y decirle que todo estará bien. Pero no lo hago, porque no debo y porque sé que eso sería una mentira.

Pasado el mediodía Ferguson me llama. Isabella, que lee tumbada en el sofá, ni se inmuta.

—Señor Woodall, hay una mujer preguntando por la señorita Romano en la recepción.

Me tenso de inmediato.

—¿Quién es?

—Dice que se llama Brenda Sullivan. Afirma ser amiga suya y que viene de visita.

Brenda. La modelo que Isabella encontró en aquel evento. Mi primer instinto es rechazar la visita, pero entonces pienso que tal vez le vendría bien distraerse un poco. Hablar con alguien que no sea yo.

—Isabella, Brenda está abajo. Viene a verte. ¿Te parece bien?

Cuando Isabella escucha que tiene visita, sus ojos se iluminan levemente.

—¿Brenda está aquí?

—Eso parece. Creo que te hará bien hablar con alguien más.

—Ok. Pero…

—Déjala subir —le pido a Ferguson sin acabar de escuchar a Isabella.

—Pero, ¿qué?

—¿Cómo sabe dónde me alojo?

—¿No sois amigas?

—Íntimas no —me asegura con expresión de duda en su cara—. Compañeras.

—En cualquier caso, te vendrá bien distraerte. Me parece un bonito gesto que se preocupe por ti.

—Jackson —mi nombre en su boca me llega con dulzura y debo apretar los puños para no interrumpirla con un beso—, ¿esto que me ha pasado ha salido en prensa? Porque no entiendo cómo…

El sonido del timbre corta su frase. Se sienta en el sofá, mientras voy a abrir la puerta. Antes de hacerlo, me giro hacia ella.

—Voy a estar en mi despacho, así podréis hablar con más confianza. Tómate tu tiempo.

Me encierro en mi despacho con el portátil, tras saludar a Brenda y ofrecerle algo de beber. Dejo la puerta abierta y no tardo en escuchar sus voces.

Hablan con calma, riendo a ratos con anécdotas de sus vidas de modelo, pero luego el tono cambia. Algo en la conversación de Isabella y Brenda me llama la atención. Dejo de mirar a la pantalla para escuchar con claridad.

—Me alegro de que estés bien, Bella. No sabes cuánto me asusté cuando supe lo que pasó en el club —dice Brenda. Su voz es sincera, pero hay una tensión en ella que me hace prestar más atención.

—Gracias, pero estoy bien —responde Isabella con voz pausada. Por lo que la conozco, no creo que vaya a contarle nada más a Brenda si, como me ha dicho, no son tan amigas, solo conocidas. Me gusta que sea tan cauta.

—Espero que sí… Porque hay gente que no olvida, y cuando creen que alguien les ha arrebatado algo, no se quedan de brazos cruzados.

Mi cuerpo se tensa.

—¿A qué te refieres? —pregunta Isabella con cautela.

Brenda titubea.

—Solo digo que…, que tengas cuidado. A veces no sabemos a quién estamos molestando sin querer.

Noto cómo aprieto la mandíbula y los dientes me empiezan a doler. ¿Qué demonios significa eso? ¿Qué mierda está pasando aquí? Mi instinto depredador, que tan bien me funciona en los negocios, se enciende al instante. Hay algo que no cuadra.

Isabella no sabe que estoy escuchando. Pero yo sí sé que en esta conversación hay algo extraño y voy a averiguar qué es. Cojo el móvil y escribo a Ferguson:

«Seguid a Brenda Sullivan y pon a alguien a investigar su pasado. Quiero saberlo todo de ella».

CAPÍTULO 19

Isabella

Cuando Brenda se marcha, un fuerte dolor de cabeza me sacude con una intensidad que me hace cerrar los ojos. Siento la presión en las sienes, como si mi cerebro estuviera procesando demasiada información al mismo tiempo. Me paso una mano por la frente, respiro hondo y apoyo la cabeza en el respaldo del sofá buscando algo de calma.

La visita de Brenda me ha puesto nerviosa. Sus palabras, aunque vagas, me han dejado un regusto extraño. Me ha dado la sensación de que trataba de advertirme de algo sin decir demasiado. Pero ¿advertirme de qué? ¿De quién? ¿Qué sabe ella? Aunque lo más probable es que sea yo la que está tan susceptible por la situación que veo amenazas donde no las hay. Debo dejar de interpretarlo todo, porque acabaré loca. Sin embargo, estoy inquieta y no sé por qué. No tengo tiempo de seguir analizando cuando la voz de Jackson me saca de mis pensamientos.

—¿Todo bien?

Abro los ojos y lo encuentro de pie en el umbral del pasillo, con las manos en los bolsillos y una expresión serena en el rostro. Hay algo en su mirada que ha cambiado y no sé descifrar. Me duele demasiado la cabeza para pensar en ello. Se acerca y me pasa la mano por el pelo con una actitud distinta. Se muestra más cálido conmigo y me dedica una sonrisa que parece capaz de desarmar a cualquiera o, al menos, a mí. Lo observo con suspicacia.

—Esta visita me ha provocado un dolor de cabeza horrible —respondo, con voz cansada.

Él camina hasta la cocina con naturalidad y regresa un minuto después con un vaso de agua y un par de pastillas.

—Toma esto. Y luego te haré un té.

—No tienes que hacerlo —murmuro, mientras acepto las pastillas.

Jackson se encoge de hombros.

—No me cuesta nada.

Bebe un sorbo del vaso de agua, que también ha traído para él, y se apoya en la mesa, observándome con detenimiento.

—Deberías darte un baño. Te ayudará a relajarte.

Lo miro sin saber si está hablando en serio.

—¿Me estás mandando a la bañera? ¿Es una orden de jefe?

—Te estoy sugiriendo algo que te vendría bien. —Su sonrisa se amplía con un aire de diversión—. Además, no me hagas creer que no echas de menos un baño caliente y espumoso después de los últimos días.

Lo pienso por un momento. No voy a darle la razón tan fácilmente, pero lo cierto es que un baño caliente con sales puede ayudar a relajar mis músculos y despejar mi cabeza.

—Bien. Me has convencido.

Jackson se levanta del taburete con aire satisfecho.

—Te lo prepararé.

No tengo tiempo de replicar. En menos de cinco minutos, escucho el agua correr en la bañera del baño de invitados. Cuando me acerco, el vapor inunda la estancia, impregnada del aroma a lavanda y eucalipto. Jackson ha añadido sales de baño y, junto al borde de la bañera, ha dejado una toalla esponjosa y mi taza de té recién hecho. Lo miro con incredulidad.

—No dejas de sorprenderme, Woodall.

—Lo sé. Es una de mis muchas virtudes. —Guiña un ojo y se apoya en el marco de la puerta —. Relájate. Te vendrá bien.

Cuando sale y cierra la puerta, me dejo llevar por el agua tibia con un suspiro de alivio. El calor envuelve mis músculos doloridos y cierro los ojos, disfrutando de la sensación. No sé cuánto tiempo paso sumergida, pero cuando salgo, me siento mucho mejor. Me seco con calma y me pongo un albornoz blanco de rizo antes de regresar a la sala.

Jackson está sentado en el sillón, con una taza de café en la mano, pero, en cuanto me ve, la deja sobre la mesa del centro.

—¿Mejor?

—Mucho mejor.

Me siento en el sofá, frente a él, desde donde me observa, y siento como si analizara cada uno de mis movimientos. Luego, sin apartar la mirada, pregunta con naturalidad:

—Cuéntame más sobre Brenda.

Me tenso un poco, pero lo disimulo.

—Nos conocimos en París, cuando trabajábamos para la misma agencia. Nunca fuimos íntimas, pero coincidimos en campañas y eventos.

Jackson asiente lentamente.

—Me suena su cara.

—Es probable. Ha hecho muchas campañas publicitarias y ha sido portada de Vogue bastantes veces. Trabajó en Europa antes de mudarse a Nueva York hace un año.

Él se inclina ligeramente hacia adelante, apoyando los codos en sus rodillas.

—¿Te ha parecido extraña su visita?

Frunzo el ceño, sorprendido por su pregunta.

—¿Por qué lo dices?

—No sé. Parecía… preocupada por ti. Pero no de la forma en que lo haría una amiga.

—Bueno, nunca dije que lo fuéramos.

Pienso en ello. La conversación con Brenda me ha dejado una sensación extraña, pero no sé decir exactamente por qué.

—Dijo que se asustó cuando supo lo que me pasó en el club… Pero ahora que lo mencionas, no sé cómo se enteró.

Jackson entrecierra los ojos.

—¿Tú se lo contaste?

—No. A nadie. Mi amiga Valeria tampoco sabe nada. Al menos por mí. Si no ha salido en prensa, no tiene por qué enterarse.

—Que yo sepa, no ha salido en ningún medio —asegura Jackson.

—Eso creo. Callahan me dijo que mantendrían la información fuera de los medios. No es relevante y podría dar pistas a quién esté detrás de todo.

El silencio se instala entre nosotros. Hay algo en esto que no encaja.

—Entonces, ¿cómo lo supo Brenda? —murmura él, como si estuviera pensando en voz alta.

—La única posibilidad que se me ocurre es que alguien del club lo haya contado. ¿Pero quién?

—O que alguien lo grabara y lo colgara en sus redes sociales. Voy a pedir que lo rastreen.

Jackson se aleja para hablar con Ferguson y luego se entretiene en la cocina preparando la cena. Yo aprovecho para chatear con mi madre y con Valeria, que ya está de los nervios con los preparativos de la boda. Después de cenar, cuando estoy a punto de irme a la cama, mi móvil vibra en la mesita del salón.

Un nuevo mensaje.

«Cada vez estamos más cerca de recuperar lo que es nuestro».

El aire se me queda atrapado en los pulmones. Un escalofrío me recorre la espalda y mis dedos se aferran con fuerza al móvil.

—¿Isabella?

Levanto la vista y veo que Jackson está observándome con una expresión de alerta. Sin decir una palabra, le extiendo el teléfono. Tensa la mandíbula al leer el mensaje. Su mirada oscura se clava en la pantalla por unos segundos, antes de que sus dedos se cierren en torno al dispositivo con furia.

—No te asustes. Aquí es donde más segura estás. —Su voz es un murmullo bajo y grave.

Lo sé, pero eso no cambia el miedo que empieza a instalarse en mi pecho.

—No quiero dormir sola esta noche.

Mi confesión sale más suave de lo que esperaba. Jackson levanta la vista y me observa con intensidad.

—¿Estás segura? No sé si debemos…

Trago saliva.

—Solo consigo dormir cuando estás a mi lado, como ayer, por favor...

De nuevo, como las noches anteriores, me meto entre las sábanas y él se tumba a mi lado, pero sin tocarme. Aunque esta vez me siento diferente, cómoda e insegura al mismo tiempo. Los minutos pasan y, poco a poco, empiezo a relajarme. El calor de su cuerpo cerca del mío es reconfortante. Sin pensarlo, me muevo y me acurruco contra él, pasando un brazo por encima de su pecho, duro como una roca. Jackson reacciona de inmediato, envolviéndome con sus brazos. Cierro los ojos y respiro su aroma.

—Duerme, Isabella —susurra contra mi cabeza y me besa en el pelo.

Pero no puedo. La tensión es insoportable. Me separo ligeramente y, cuando levanta la mirada, nuestros rostros están a escasos centímetros. Demasiado cerca para aguantar mis ganas. Ninguno de los dos se mueve. La intensidad de las miradas es tanta que siento cómo se cuela dentro de mí y me pudiera ver por dentro, lo que pienso y lo que siento. Jackson baja la cabeza lentamente y me mira la boca. Sé que estoy a tiempo de detenerlo, pero no lo hago. Y cuando sus labios rozan los míos, el aire deja de entrar a mis pulmones.

No sé si puedo llamar beso a algo tan sutil como encajar nuestros labios sin más. Me sabe tan bien que quiero seguir y romper mi propia regla. Quiero besarlo porque así lo deseo, no porque él esté seduciendo a la modelo de éxito. Sus cuidados los siento como algo más que mantener con brillo su trofeo, y me apetece de verdad fundirme con él. Abro la boca y profundizo el beso con calma, recreándome en su sabor. Jackson reacciona y enreda su lengua con la mía, despacio, como si ambos estuviéramos probando los límites de algo que sabemos que no deberíamos hacer, pero que ambos deseamos. Cuando sus dedos se hunden en mi cabello y mi cuerpo se pega más al suyo, el autocontrol se desmorona.

Esto está fuera del contrato. Ya no hay reglas, ni límites, ni banderas rojas; solo existe este momento, esta cama, él y yo.

CAPÍTULO 20

Jackson

Isabella es todo lo que no debería desear, pero que ahora mismo quiero más que cualquier otra cosa.

El roce de sus labios sobre los míos es suave, casi tembloroso, como si estuviera tanteando un terreno desconocido. Pero cuando su boca se entreabre y su lengua roza la mía con un atrevimiento contenido, sé que ya no hay vuelta atrás. Este beso no es una prueba, ni un error, ni un juego. Es una entrega, y no sé si estoy preparado para lo que significa. Pero no me detengo. Mis manos bajan por su espalda con lentitud, mapeando cada curva con la misma devoción con la que un ciego leería un texto escrito en braille. Siento su piel caliente bajo la tela de la camisola que usa para dormir y me invade la necesidad de memorizarla y grabarla con el roce de mis manos.

Su cuerpo es delicado y fuerte a la vez. Un contraste que me fascina y por eso lo trato con una reverencia que nunca antes he tenido con nadie, porque la atracción que siento por Isabella supera mis instintos más primitivos. Además, está convaleciente y no quiero lastimarla.

La beso con calma, disfrutando de cada segundo, sin urgencias porque, por primera vez en mi vida, no quiero devorar. Quiero saborear. Ella responde de la misma manera, como si estuviéramos descubriendo un nuevo lenguaje entre nosotros. Sus labios se mueven sobre los míos con la misma intensidad con la que sus dedos se aferran a mi nuca, acercándome más a su cuerpo que me recibe febril. Un leve gemido escapa de su boca cuando la abrazo con más fuerza. Dios, esta mujer me está volviendo loco.

Con cuidado, la inclino contra el colchón, y apoyo una mano en su cadera y con la otra acaricio su mejilla. La observo temeroso de que se arrepienta, pues dejó muy claro que esto no quería traspasar este límite. Pero lo único que veo en su mirada es deseo. Un deseo que me abre y me hace querer darle todo lo que me pida.

—¿Estás segura? —mi voz suena rota por la contención.

Ella asiente con una sonrisa, pero sé que no es suficiente. Necesito que me lo diga.

—Dímelo, Isabella. Ya conoces las cláusulas…

Sus ojos oscuros clavan su mirada en los míos con intensidad.

—Sí, Jackson —susurra, y su voz me enciende por completo.

Busco sus labios con los míos con más ansia y profundidad. Mi lengua acaricia la suya en un ritmo lento, disfrutando del momento. Pero, incluso en medio del deseo que me consume, sigo recordando que está herida. Tengo que ir despacio y controlarme. Me detengo un instante y respiro hondo, apoyando mi frente contra la suya.

—No quiero hacerte daño —murmuro, acariciando su mejilla con los dedos.

Isabella sonríe apenas, con una dulzura inesperada que me quita el aliento.

—No lo harás —susurra, con la misma certeza con la que se ha entregado a este momento.

Mis labios se deslizan por su mandíbula, bajan por el cuello, y dejo besos pausados por toda su piel, disfrutando de cada estremecimiento que provoco en ella. Le acaricio el muslo y siento la calidez de su piel y la humedad que hay dentro de su ropa interior. Ella se arquea levemente contra mí y gime.

—Si te duele, avísame y me detengo —le digo, con la voz cargada de emoción.

Isabella me mira con una ternura que me vuelve loco.

—No quiero que pares.

Solo necesito esas palabras para que el último vestigio de autocontrol que me queda se desvanezca.

Recorro su cuerpo con las manos con delicadeza, asegurándome de que cada caricia muestre lo que siento por ella sin hacerle daño, porque, aunque no lo haya dicho en voz alta, Isabella significa más de lo que ella imagina. Esta noche se lo voy a demostrar. Me separo apenas un segundo para ponerme de rodillas, con una pierna a cada lado de su cuerpo. Le desabrocho la camisola despacio y su cuerpo desnudo se desvela ante mí como la joya que es. Acaricio su contorno despacio provocando que su piel se erice a mi contacto, y bajo hasta el borde del encaje que cubre su sexo. Me quito la ropa y la desnudo a ella del todo. Separo un poco sus piernas y me inclino para besarle desde los muslos hasta los pliegues, que me reciben húmedos de deseo. Isabella es una diosa que me regala su deseo y me vuelve loco. Tras robarle un orgasmo con mi lengua, me incorporo para besarla en la boca sin quitar mis dedos de su clítoris, que masajeo para encender más el deseo que nos consume. Ella pone las manos sobre mis glúteos y los aprieta sin saber que eso me pone a cien. Roza su sexo con el mío, llevándolo a la puerta de su placer y la penetro, despacio al principio. Está apretada y yo ardo por dentro. La miro para asegurarme de que su cuerpo magullado puede con esto y ella me ruega con los ojos que siga. Salgo y entro a placer, con embestidas algo contenidas, hasta que el deseo puede conmigo y dejo de pensar en sus golpes, hasta que el éxtasis me llega segundos después que a ella y me deshago con laxitud sobre su cuerpo.

CAPÍTULO 21

Isabella

El amanecer se cuela por la ventana cuyas cortinas dejé abiertas muy a mi pesar. Parpadeo con lentitud ante la molestia que me provoca la luz, con la cabeza aún atrapada en el letargo del sueño. Tardo unos segundos en procesar lo que siento: calor, una respiración rítmica junto a mi oído y el peso de un brazo sobre mi cintura: Jackson. Su cuerpo me envuelve, siento su pecho fuerte contra mi espalda, y el brazo sujetándome con una suavidad que contradice su imagen de hombre implacable. Mi corazón da un vuelco al rememorar lo que pasó anoche. Me muerdo el labio al recordar las caricias, los besos y susurros. La forma en que me trató con tanto cuidado y delicadeza, jamás la había experimentado antes y reconozco que me encantó. Me sentí una diosa entre sus manos y no un trofeo como me han tratado otros hombres antes que se acostaban con la modelo y no con la mujer. No sé qué significa lo que pasó, ni quiero pensarlo demasiado. Lo único que sé es que fue mágico y me siento bien. También sé que lo quiero repetir.

Pero, cuando intento moverme, un gemido se escapa de mis labios. Dios, mi cuerpo está destruido. Me duelen todos los músculos, no solo por la agresión, sino también por la intensidad de la noche anterior. Jackson se mueve detrás de mí y, cuando abro los ojos de nuevo, lo veo fruncir el ceño sin despertarse del todo. Su rostro sigue relajado, tiene el pelo revuelto y la barba un poco más marcada. Incluso así, medio dormido, es jodidamente atractivo.

Pero cuando giro la cabeza y veo la hora en el reloj de la mesilla, me sobresalto.

—¡Jackson! —murmuro, dándole un leve empujón—. Tenemos que irnos, llego tarde a la cita en el hospital.

Él parpadea con lentitud, como si su cerebro aún estuviera procesando lo que digo. Pero en cuanto sus ojos se enfocan en mí y en la luz del día, su cuerpo se pone en alerta.

—Mierda. —Se incorpora, pasándose una mano por los ojos—. No deberíamos haber dormido tanto.

Me muerdo el labio para no soltar una risa. Lo dice con un tono que insinúa exactamente la razón por la que dormimos tanto.

—Voy a ducharme —le digo, levantándome con cuidado.

Jackson me observa con una intensidad que me calienta la piel. Me besa y me deja ir.

—El desayuno estará listo en quince minutos.

Sonrío y desaparezco en el baño.

Cuando salgo, ya vestida con un cómodo conjunto de pantalón holgado negro y un suéter fino beige, encuentro a Jackson en la isla de la cocina sirviendo café. Lleva una camisa azul con los primeros botones abiertos y el pelo aún algo desordenado, pero lo que me derrite es la forma en que me mira.

—Buenos días, preciosa —dice con una sonrisa sincera y amplia, mientras me extiende una taza.

Siento un calor en mi pecho, que no tiene nada que ver con el café.

—Buenos días —murmuro, sintiéndome ridículamente tímida.

Nos sentamos a desayunar, él enfrente de mí, observándome con una expresión muy diferente a la de días anteriores, que me tiene totalmente embobada.

—¿Quieres hablar de lo que pasó anoche?

Casi me ahogo con el café. Lo miro con cautela, pero su expresión es tranquila.

—No sé qué decir —admito, quitando la cucharilla en mi taza—. No quiero analizarlo todavía.

Jackson asiente lentamente, como si lo entendiera.

—No tienes que hacerlo. Solo quiero que sepas que sigo respetando nuestro contrato. Esto…

—Está fuera de contrato —sonrío. Siento una punzada de alivio, pero también algo parecido a la decepción o al miedo de que me haya equivocado con él. ¿Es eso lo que significa? ¿Qué no fue importante? ¿Que se ha dejado llevar por las circunstancias y no hay nada más?

Pero antes de que pueda seguir ahondando en esa idea, cambia de tema.

—Hay algo más de lo que quiero hablar contigo.

Levanto la vista.

—¿Qué pasa?

—He tomado la decisión de ponerte escolta. Se llama Davis, es una de las mejores de mi equipo y estará contigo a partir de hoy. La conocerás enseguida porque nos va a acompañar al hospital.

Fuerzo una sonrisa, pero por dentro quiero gritar.

—No necesito una escolta, Jackson.

Él apoya la taza en la mesa y me mira con seriedad.

—Isabella, te han atacado dos veces. Te están enviando mensajes amenazantes. No voy a permitir que vuelva a pasar.

Aprieto los dientes, sintiendo que la impotencia me invade.

—Esto no es vida, Jackson. No puedo vivir con miedo todo el tiempo.

—No quiero que vivas con miedo. Quiero que vivas con seguridad.

Su tono es tan firme y convincente, que sé que no voy a ganarle esta vez. Respiro hondo y

cedo.

—Está bien.

Sonríe, satisfecho, a pesar de mi incomodidad.

Jackson avisa al chofer que nos lleva al hospital. Detrás va un coche negro desde el que nos vigilan Ferguson y Davis. Mi escolta es una mujer joven y guapa que no da el perfil que imaginaba. Parece delicada, pero es muy fuerte y amable.

El hospital es un lugar frío y aséptico, pero después de la revisión, el médico me da buenas noticias.

—Las heridas están cicatrizando bien y las contusiones no muestran ninguna complicación. Puedes empezar a hacer vida normal e ir reduciendo los analgésicos.

Jackson exhala lentamente, como si se quitara un peso de encima.

—Eso significa que ya no necesito estar encerrada —le digo con una sonrisa traviesa.

—Eso significa que puedes moverte, pero con precauciones —replica el médico, con un brillo divertido en los ojos—. No hay ninguna prisa, ve poco a poco. ¡Cuídate o deja que te cuiden!

Salimos del hospital y, ya que estamos fuera, sugerimos comer en un restaurante y comenzar así mi vuelta al mundo exterior. Jackson elige un sitio discreto, con un ambiente elegante y tranquilo, en el que sabe que hay poca gente. Todo parece estar volviendo a la normalidad, hasta que mi móvil vibra.

Un escalofrío me recorre el cuerpo en cuanto leo el mensaje.

«Te has librado por esta vez. No tientes a la suerte».

Mis manos comienzan a temblar y él lo nota de inmediato.

—¿Qué pasa?

Le enseño la pantalla y su expresión se vuelve tensa.

—¡Vámonos!

No protesta ni espera a que termine mi café. Paga la cuenta en efectivo y salimos directo al coche. Ferguson y Davis nos alcanzan, alarmados por las prisas de Jackson, que habla con su jefe de seguridad, mientras ella se sitúa detrás de mí sin decir nada.

En el trayecto de regreso, me recuesto contra el asiento y miro por la ventanilla, tratando de calmar mi mente.

—Encerrarme en casa no es la solución —murmuro, aún sintiendo el nudo en mi garganta—. Si alguien quiere hundirme, lo peor que puedo hacer es esconderme.

Noto que me observa con atención.

—¿Qué propones?

Me giro hacia él.

—Seguir con mi vida. Actuar como si esto no me afectara. Si de verdad quieren arruinarme, no pienso darles el gusto.

Jackson aprieta la mandíbula, como si la idea no le gustara, pero no dice nada. De pronto, mi móvil vibra de nuevo. Esta vez es una llamada.

—Inspector Callahan —digo al contestar.

—Señorita Romano, ¿ha visto las redes sociales?

Endurezco el gesto ante lo que intuyo.

—Desde la agresión no he querido entrar.

Jackson me mira, alerta.

—Alguien la ha estado etiquetando en publicaciones bastante dañinas —explica Callahan—. Hemos identificado algunas pistas sobre quién puede estar detrás. Por suerte para nosotros, han dejado un rastro que estamos siguiendo.

Mi piel se eriza.

—¿Tienen algo concreto?

—Estamos trabajando en ello. Quiero que mañana pase por la comisaría.

Cuelgo y me giro hacia Jackson.

—¿Qué pasa? —pregunta él.

Trago saliva, y siento que el miedo vuelve a instalarse en mi pecho.

—Han estado hablando de mí en redes sociales. Y no precisamente bien.

Su expresión se oscurece y aprieta los labios antes de hablar.

—Bastardos.

No sé quién es, no sé qué quieren ni por qué me han elegido a mí, pero no me van a parar. Por mi mente pasa la idea con la que llegué a Nueva York hace ya más de un mes. La imagen de comprar una casita en la costa italiana y retirarme tranquila se desvanece, ante la evidencia del giro que ha tomado mi vida. Quién me iba a decir durante el vuelo a Nueva York que me iba a ver envuelta en una historia así. ¿Qué ha pasado con mi sueño? ¿Cómo va a acabar esto?

CAPÍTULO 22

Jackson

La comisaría de Manhattan tiene un aire austero y funcional, con paredes grises y escritorios repletos de papeles, igual que en las series policíacas. Nos reciben en una sala de reuniones con ventanas que dejan entrar la luz artificial de las farolas de la calle. A pesar de la sensación de seguridad que debería dar estar aquí, Isabella no parece relajada. Se sienta a mi lado, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en el inspector Callahan, que hojea un informe antes de hablarnos.

—Gracias por venir tan rápido. Tenemos algunas novedades. —El tono profesional que utiliza es inquietante—. Han seguido publicando cosas sobre usted en redes sociales, señorita Romano. Hemos rastreado las cuentas que iniciaron los rumores y hemos identificado a una persona que podría estar detrás de esto.

Gira la pantalla de su computadora hacia Isabella, para mostrarle un perfil anónimo que se ha dedicado a compartir noticias falsas y comentarios vejatorios sobre ella.

—¿Quién es? —pregunta Isabella, con cara de preocupación.

—Todavía no tenemos su identidad real, pero hemos logrado rastrear algunas direcciones IP vinculadas a estas publicaciones. Lo interesante es que los comentarios comenzaron el mismo día del ataque en el club.

La tensión en el aire se vuelve densa. Isabella exhala y se pasa una mano por el pelo, retirándolo hacia atrás, claramente frustrada.

—¿Qué dices?

Callahan desliza un par de imágenes hacia ella. Son capturas de publicaciones en redes sociales con cientos de comentarios. Algunos la acusan de ser una «calienta camas», otros insinúan que está usando mi influencia para ascender en la industria. Algunos incluso hablan de «braguetazo».

Aprieto los puños con rabia.

—Esto es una mierda —gruño, y Callahan asiente.

—Lo es. Y el problema es que este tipo de campañas en redes pueden hacer mucho daño si se dejan crecer. Por eso hemos puesto vigilancia sobre la persona que creemos que está moviendo los hilos. Deberías cerrar tus cuentas.

—¿Pero, quién es? —insisto con frialdad.

El inspector se toma su tiempo antes de responder.

—Es alguien del entorno de la señorita Romano. Alguien que podría estar resentida con ella.

Isabella me lanza una mirada de incredulidad.

—¿Alguien que conozca?

—Creemos que sí. Pero no podemos confirmar nada hasta que tengamos más pruebas.

En ese momento, Isabella se excusa para ir al baño. Me quedo solo con Callahan, quien me observa con una mirada calculadora antes de hablar.

—Señor Woodall, tengo que preguntarle algo de manera extraoficial.

Cruzo los brazos y lo miro con frialdad.

—Adelante.

—¿Qué sabe usted de Brenda Sullivan?

Arrugo la frente, confundido y extrañado por la pregunta.

—Brenda… ¿la modelo?

—Exacto.

Callahan observa mi reacción con detenimiento, esperando cualquier señal de reconocimiento. Pero, para ser sincero, no tengo ni idea de por qué me está preguntando por ella.

—Apenas la conozco. La vi en un evento hace un tiempo y luego visitó a Isabella en casa tras el ataque. ¿Qué tiene que ver ella con todo esto?

El inspector se inclina hacia adelante, bajando la voz.

—Hemos estado investigando sus movimientos y, aunque no hemos encontrado pruebas concretas de que esté involucrada, hay algo que nos ha llamado la atención.

Saca un archivo de la carpeta y lo desliza por la mesa. Lo abro y mis ojos se quedan fijos en una fotografía. Es Brenda, en una gala benéfica de hace dos años. Está hablando con alguien… y ese alguien soy yo.

Entrecierro los ojos, tratando de recordar.

—Esto… no lo recuerdo.

—Tal vez porque para usted no fue importante. Pero para ella, sí.

Levanto la vista.

—Explíquese.

Callahan se apoya en la mesa con las manos entrelazadas.

—Hace un par de años, Brenda Sullivan mencionó a varias personas que tenía un plan. Un plan para casarse con usted. En sus redes lo contaba sin nombrarle, como dando por hecho que lo cazaría. —Hace el gesto de las comillas al decir esta última palabra—. Parece que Isabella se haya interpuesto en sus planes sin saberlo.

Suelto una risa incrédula.

—¿Perdón?

—Tenemos testimonios de modelos y personas que han trabajado con ella este último año, desde que se instaló en Nueva York. Según estas fuentes, Brenda estaba obsesionada con la idea de acercarse a usted. Creía que podría entrar en su círculo, hacerse indispensable y, eventualmente, convertirse en su mujer. La empezamos a seguir, porque sale en uno de los videos del ataque en el aparcamiento del club, también estaba la noche del primer intento, entre otras coincidencias que hemos ido observando.

Me quedo en silencio, procesando la información. No recuerdo haber tenido nunca una conversación significativa con ella. Para mí, era solo un modelo más en el panorama de Nueva York y, si no es por Isabella, dudo que la hubiera reconocido en cualquier otro evento. Pero entonces, la noche de esa gala benéfica vuelve a mi memoria en fragmentos borrosos. Una copa de champán, una conversación sin importancia. Ella riéndose efusiva, como si quisiera llamar mi atención, y yo ignorándola, como hago con muchas personas que intentan acercarse a mí por interés. Y luego… nada. Nunca más volví a pensar en ella.

—¿Está diciendo que Brenda podría estar detrás de esto?

El inspector exhala y abre las manos.

—No podemos asegurarlo aún. Pero está en nuestra lista de personas bajo vigilancia.

Justo en ese momento, Isabella regresa a la sala. La noto más relajada, pero en cuanto nos ve a Callahan ya mí mirándonos en silencio, se pone seria.

—¿Qué pasa?

El inspector adopta su tono profesional de inmediato.

—Quería preguntarle algo, señorita Romano. ¿Desde cuándo conoce a Brenda Sullivan?

Isabella parece sorprendida por la pregunta.

—Desde hace años, en París. Nunca fuimos amigas, pero hemos coincidido en varios trabajos antes de que ella dejara la agencia.

Callahan asiente y saca un par de documentos.

—Hemos obtenido algunos testimonios de personas que la conocían. Personas que dicen que tenía un plan… y ese plan tiene que ver con el señor Woodall.

La cara de Isabella se congela.

—¿Qué?

El inspector le muestra una de las declaraciones. Es un testimonio de otra modelo que trabajó con ella en una campaña hace dos meses.

«Brenda siempre hablaba de Jackson Woodall. Decía que él era el hombre con el que iba a casarse. Incluso llegó a decir que haría lo que fuera necesario para que se fijara en ella».

Isabella levanta la mirada hacia mí, claramente desconcertada.

—¿Esto es en serio?

Yo sigo procesando la información.

—No tenía idea —le confieso cuando me mira interrogante.

—Dios… —exhala y se recuesta en la silla—. Esto es una locura.

Callahan cierra la carpeta con calma.

—No tenemos pruebas definitivas de que esté involucrada en los ataques o en los mensajes, pero creemos que vale la pena vigilarla. Los celos provocan situaciones de lo más kafkianas.

Miro a Isabella y veo la confusión en su rostro, pero también el miedo. Le cojo de la mano mientras me dirijo al policía.

—Inspector, quiero saber todo lo que puedan averiguar sobre ella.

Me mira con una sonrisa seca.

—No hace falta que usted me lo pida. Ya estamos en ello. Es nuestro trabajo, señor Woodall.

Nos levantamos para irnos, preocupado porque Isabella está más callada de lo normal. Cuando salimos de la comisaría y nos subimos al coche, su mirada sigue perdida en el vacío.

—Isabella —murmuro, tomando su mano.

Ella parpadea y me mira con tristeza. Su cara es el claro reflejo de la confusión.

—No entiendo nada.

—Lo vamos a aclarar. No te preocupes por nada.

No sé si Brenda tiene algo que ver con todo esto, pero si lo tiene, no pienso dejar que le haga daño a Isabella, porque si hay algo que tengo claro es que no la dejaré sola.

CAPÍTULO 23

Isabella

El sonido de la alarma del móvil interrumpe el sueño extraño que me inquieta. Me despierto lentamente, y me refugio en el calor reconfortante del cuerpo de Jackson pegado al mío. Su brazo está sobre mi cintura y su respiración es profunda y pausada contra mi cuello. Anoche, después de volver de la comisaría, nos refugiamos el uno en el otro, buscando consuelo en la única certeza que teníamos: el deseo abrasador que compartimos. Me giro con cuidado para apagar la alarma, y observo su rostro dormido. La mandíbula firme, su barba incipiente y el pelo revuelto me roban el aliento. Lo veo totalmente distinto a la versión de sí mismo que muestra al mundo: calculador, frío, inquebrantable. Aquí, en esta cama, es solo Jackson. Un hombre que me sostiene como si tuviera miedo de perderme.

Pero, ¿y si todo esto solo es temporal? ¿Y si solo nos hemos dejado llevar por las circunstancias?

Aprieto los labios, sintiendo una punzada de miedo en el pecho. Me gusta estar con él, adoro cómo me hace sentir, cómo me mira, cómo me toca. Pero… ¿qué pasará cuando todo esto termine? Cuando ya no haya amenazas ni peligro, cuando mi contrato expire y pueda volver a mi vida.

Respiro hondo y le acaricio el brazo con suavidad, para empezar a despertarlo. Él se mueve y abre los ojos lentamente. Su mirada, aún cargada de sueño, se encuentra con la mía y me dedica una sonrisa perezosa que me hace arder por dentro.

—Buenos días, preciosa —murmura con voz grave y rasposa.

Como respuesta me limito a sonreír y esconder la cabeza en su pecho. Inhalar su aroma a madera y almizcle es todo lo que deseo ahora. Me besa el pelo y sujeta mi cintura con más firmeza, como si no quisiera dejarme ir.

—¿En qué piensas? —Su voz vibra contra mi piel.

—En nada —miento.

Jackson se separa un poco y me observa con tanta intensidad, que me hace sentir desnuda, incluso con la sábana que me cubre.

—Tienes la mirada de alguien que está analizando demasiado las cosas.

Desvío la vista para que no pueda leer en mis ojos.

—Solo pensaba en cuando termine todo esto.

Jackson me mira intrigado.

—¿Todo esto?

Me muerdo el labio inferior, dudando si decirle algo o no. No quiero abrirme demasiado y admitir que tengo miedo de lo que pueda significar lo que hemos construido en estos días.

—Ya sabes. El contrato, los eventos…, mi vida aquí.

Jackson está tenso.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Que todo termine?

No sé qué responder. Él no insiste, solo exhala con fuerza y se separa de mí con lentitud.

—Tengo que ir a la oficina. Davis se quedará contigo y recuerda que viene la señora García.

—Claro —afirmo sin ganas porque me siento extrañamente decepcionada. Quería que insistiera. Supongo que me hice la ilusión de que me dijera que esto es más que un acuerdo, que significa algo para él. Pero no lo hace.

Minutos después, se está vistiendo con una camisa perfectamente planchada, supongo que por la señora García, y se pone un reloj de lujo. Lo observo desde la cama, con las sábanas cubriéndome hasta el pecho, mientras él se arregla el puño de la camisa. Es tan imponente, tan seguro de sí mismo, que me siento abrumada en su presencia. Antes de salir, se acerca y se inclina sobre mí. Me da un beso en la frente y se queda mirándome unos segundos más de lo que se espera entre un jefe y su empleada. Ya no sé cuando estoy trabajando y cuando no. Que nos hayamos acostado lo cambia todo y decido hablar con él esta noche. Lo mejor es dejarlo, irme ya a Italia y olvidar ese episodio de mi vida. Así me libro también de ser el objetivo de quien me quiere atacar.

—Volveré pronto. Me gustaría pasar la tarde contigo.

Cuando la puerta se cierra tras él, me dejo caer sobre la almohada con un suspiro. Más tarde, hablo con Valeria por videollamada. Mi mejor amiga está en Italia, organizando los últimos detalles de su boda. Cuando contesta la llamada, su expresión cambia de emoción a preocupación en un instante.

—¡Dios mío, Isabella! ¿Qué demonios está pasando contigo?

Exhalo con cansancio y le explico todo lo que ha pasado en los últimos días. Desde los ataques, los mensajes amenazantes, hasta lo que hemos descubierto de Brenda. Valeria se lleva una mano a la boca, incrédula.

—Esto parece una película de suspense… Pero, espera, ¿qué hay de Jackson? ¿Me vas a decir que no sientes nada por él?

Desvío la mirada, incapaz de mentirle.

—Valeria…

—¡Sabía que pasaría! Te conozco, Bella. Sé que ese hombre te importa más de lo que quieres reconocer solo con mirarte a los ojos. No me puedes mentir.

Me quedo en silencio, jugando con un mechón de mi cabello.

—No te lo niego, pero es que… tengo miedo.

—¿De qué?

Suspiro.

—De que esto solo sea circunstancial. De que, cuando todo acabe, me dé cuenta de que fui solo una distracción para él. Ya sabes que no sería la primera vez. En el contrato estaba claro que no habría intimidad y ahora, estoy enganchada a él como una adolescente.

Valeria chasquea la lengua.

—Eso solo lo sabrás si te arriesgas.

Me muerdo el labio. No quiero hablar más de esto.

—Solo quiero que esto acabe para volver a Italia. Quiero la tranquilidad que llevo soñando desde hace tiempo. No más eventos, ni desfiles, ni fiestas…, tan solo un rincón tranquilo junto al mar donde nadie me moleste y ser libre.

Valeria me observa con cariño.

—Te entiendo. Pero asegúrate de lo que sientes y de que no huyes por miedo.

Cuando cuelgo la llamada, me quedo pensando en sus palabras. ¿Estoy huyendo?

Pasa el día y me mantengo ocupada con el libro que empecé cuando llegué a casa de Jackson y aún no he terminado. Davis está en la sala, a una distancia respetuosa, pero siempre atenta. Cuando Jackson regresa, ya es de noche. Al final no ha podido pasar la tarde conmigo. Lo noto más tenso de lo normal, como si hubiera tenido un día complicado en la oficina. Nos sentamos a cenar y él me pregunta por mi día. Fingimos normalidad, aunque la tensión sigue presente. Pero entonces, suena mi teléfono. El nombre en la pantalla me hace estremecer.

—Es el inspector Callahan —murmuro.

Jackson y yo intercambiamos una mirada antes de que conteste.

—Señorita Romano, tenemos algo importante que decirle.

—¿Qué ha pasado?

—Hemos interceptado una llamada de Brenda Sullivan. Hemos pinchado su teléfono y hemos podido grabar una conversación… en la que está planeando el siguiente ataque.

Mis manos comienzan a sudar.

—¿Qué… qué está diciendo?

—Quiere que esta vez sea la definitiva, pero no lo va a conseguir; vamos a ocuparnos de ello.

La sangre se me hiela. Jackson se levanta de la silla de golpe y se acerca a mí, para poder escuchar la conversación.

—Inspector… —Mi voz tiembla—. ¿Qué significa definitivo?

—No lo sabemos aún. Pero necesitamos su ayuda.

Mi respiración se entrecorta.

—¿Cómo dice? ¿Mi ayuda?

Callahan hace una pausa antes de soltar la bomba.

—Queremos tenderle una emboscada.

Me quedo sin palabras.

—¿Qué?

—Queremos que Brenda crea que tiene el control y poder atraparla con las manos en la masa, pero para eso, necesitamos que usted juegue su papel.

Jackson me mira con el ceño fruncido, claramente en contra de la idea.

—¡Ni hablar! —gruñe—. No voy a ponerla en peligro.

Pero el inspector ignora su protesta.

—Señorita Romano, ¿se siente con fuerzas para hacerlo?

Me quedo en silencio, sintiendo cómo mi corazón late con fuerza contra mi pecho. Sé que el plan es peligroso y que podría salir mal, pero si esta es la única forma de acabar con esto… Levanto la mirada hacia Jackson, que me observa con tensión, esperando mi respuesta. Respiro hondo.

—Sí. Lo haré.

La mirada de Jackson se oscurece y aprieta la mandíbula. Sé que odia esta idea. Pero yo sé que es la única forma de recuperar mi vida.

CAPÍTULO 24

Jackson

Desde el momento en que Isabella acepta el plan del inspector Callahan, sé que va a ser un infierno. No quiero que lo haga y se convierta en el cebo de un grupo de lunáticos que la quieren ver fuera de juego, o algo peor. Pero también sé que no hay manera de detenerla. Isabella no es de las que se quedan quietas esperando que otros solucionen sus problemas, y eso me jode tanto como me fascina.

Así que hago lo único que puedo hacer: aceptar el plan, pero con mi propio margen de maniobra. La policía se enteró de que Brenda iba a invitar a Isabella a la inauguración de una tienda de lujo en el Upper East Side. Un evento exclusivo, lleno de rostros conocidos y de prensa, un lugar donde nadie se atrevería a hacerle daño. Pero el peligro no está en la fiesta. Está en lo que pasa cuando, entre tanta gente, nadie ve.

Los agentes de Callahan se encargarán de la seguridad general, Ferguson y su equipo vigilarán los accesos, y Davis se mezclará entre las invitadas, siempre cerca de Isabella. Por supuesto, yo también estaré ahí. Porque si le pasa algo, no descansaré hasta que el culpable pague por ello.

Como estaba previsto, Brenda llamó a Isabella ayer por la tarde y le invitó al evento. Le dijo que así empezaba a salir y volvía a la vida social ahora que ya está recuperada. Isabella actuó como una maravillosa actriz. Parecía calmada y natural aunque los nervios iban por dentro. Como ahora que está preciosa con un vestido negro de Coopers Design que recorre su cuerpo con un tul de seda. Se ha maquillado poco y ha elegido un zapato cómodo por si tiene que correr, que tapa con la falda del vestido.

—¿Qué haces? —La veo hacer movimientos extraños frente al espejo que me dejan perplejo.

—Es yoga facial, para relajar la cara y que no se me note la tensión que tengo.

—Si no quieres hacerlo, aún puedes echarte atrás.

—Lo voy a hacer. Mis nervios y el miedo no me van a parar.

La beso en el cuello y la ayudo a ponerse un collar corto que le rodea el cuello, con pequeños diamantes. En el sujetador lleva un pequeño micrófono que Davis activará cuando estén en la fiesta.

Llegamos con el chófer que tiene la orden de quedarse lo más cerca posible del local, con el coche a punto por si hay que salir veloces. Detrás llega Ferguson haciendo de chófer de Davis que está impresionante con un vestido verde que le ha prestado Isabella. Me alegra ver que se están haciendo amigas.

La inauguración es un derroche de opulencia y poder. La tienda de alta costura ha cerrado para el evento privado y solo se puede acceder con invitación. Una alfombra negra cubre la acera, hay fotógrafos colocados en la entrada que lanzan sus *flashes* a todos los famosos que pasan por el *photo call*. Cuando pasamos Isabella y yo hay hasta gritos alabándonos; parece que somos la pareja de moda. Dentro hay un ejército de camareros impecablemente vestidos que ofrecen champán y bocados gourmet.

—Hola, querida, estás preciosa. —La voz de Brenda nos llega nítida—. Hola Jack, querido, tú tampoco estás mal.

—Qué maravilla de vestido, Brenda —la adula Isabella—. Me encanta el tono de rojo que has elegido. Estás preciosa.

—¡Oh! Gracias. Aunque tú siempre serás la estrella. ¿Vamos a ver la colección? Seguro que tu hombre encuentra con quién hablar —le sugiere y luego me mira a mí—. Cosas de chicas, ya sabes.

Tira de su brazo y se aleja sin que pueda añadir nada más. El juego ha empezado y yo estoy hecho un flan. Hago una señal a Davis que va detrás de ellas, haciéndose la encontradiza por las distintas zonas de la tienda donde se expone la ropa. Como hemos preparado con el inspector, me coloco estratégicamente en el primer piso con vista a la sala principal. Desde aquí, lo veo todo. A los invitados engalanados y a los *influencers* de moda posando para las cámaras.

Me fijo en Brenda. Su vestido rojo llama la atención de manera intencionada, pero me fijo sobre todo en su cara, aunque estoy un poco lejos. Saluda a los conocidos cuchicheando con su supuesta amiga, ríe y juega su papel con toda naturalidad. Pero yo sé lo que está tramando. A su lado, Isabella, con el vestido negro ajustado que le queda como una segunda piel. Está preciosa. Pero lo que me importa ahora mismo no es lo hermosa que está, sino el hecho de que su sola presencia en este lugar la convierte en el blanco de quien quiere quitarla de en medio, y yo no pienso apartar los ojos de ella.

Brenda le habla con una sonrisa radiante, la coge del brazo y en un momento dado le da un beso en la mejilla, como si fueran amigas de toda la vida. Falsa. Manipuladora. Isabella le devuelve la sonrisa, jugando su papel a la perfección. No sé si lo hace por la emboscada o porque, en el fondo, sigue sin creer que Brenda pueda estar involucrada en todo esto.

Los observadores se mueven por el salón. Isabella finge que disfruta de la fiesta, mientras Brenda la mantiene cerca. ¿Está esperando el momento perfecto? ¿Está siguiendo un guion en su mente? Estoy muy nervioso y no veo que pase nada. Pienso que lo mejor es llevármela de aquí, sí, voy a bajar a por ella. Entonces, Brenda le susurra algo al oído y señala la salida lateral de la tienda. Isabella asiente con un gesto natural y caminan juntas hacia allí.

Davis se mueve discretamente tras ellas, pero antes de que pueda seguirlas del todo, Brenda se gira y le dice algo a Isabella, haciendo un gesto hacia el interior. Algo la hace dudar, pero al final sigue a Brenda hacia fuera.

—Mierda… —murmuro. Siento cómo cada músculo de mi cuerpo se tensa. Le hago una señal a Ferguson y salgo tras ellas. Saco el móvil para avisar al inspector, aunque ya lo habrá hecho Davis, y espero que fuera estén listos para lo que sea que vaya a pasar.

La salida lateral da a un callejón estrecho y poco iluminado. No hay nadie más. El sonido de la fiesta queda amortiguado detrás de las paredes del edificio. Isabella se detiene a unos metros

de la puerta, mirando alrededor con cautela.

—¿Por qué hemos salido por aquí? —pregunta con voz neutra. Brenda sonríe y se encoge de hombros.

—Solo quería hablar sin tanto ruido.

Pero hay algo en su tono que hace que Isabella se endurezca.

—¿De qué quieres hablar, Brenda?

Antes de que pueda responder, su móvil suena en su bolso. Brenda hace un gesto de fastidio y lo saca para revisarlo.

—Dame un segundo.

Brenda se retira para hablar y se acerca a la puerta. Me pego más a la pared para que no me vea. Y en ese segundo, ocurre. Dos figuras emergen de las sombras. Encapuchados, como la última vez. Se mueven rápido, coordinados, como si ya supieran exactamente lo que iban a hacer. Brenda da un paso atrás y… se esfuma.

—¡Brenda! —grita Isabella, dándose cuenta demasiado tarde de que la ha dejado sola.

Los hombres se acercan con rapidez. Uno de ellos saca algo de su bolsillo: una jeringa.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente.

—¡Isabella! —grito, corriendo hacia ellos con toda la fuerza que tengo.

Ella se gira justo cuando el primer atacante intenta sujetarla. Isabella se revuelve, golpeándolo con el codo, pero el segundo es más rápido y la agarra por la cintura, inmovilizándola.

—¡Suéltame!

Llego a ellos en cuestión de segundos, detrás de Davis que ha sido más rápida que yo. No pienso dejar que la toquen. Sin pensarlo dos veces, Davis agarra al primero por la chaqueta y lo empuja con todas sus fuerzas contra la pared. Se escucha un golpe seco cuando su cabeza impacta contra el ladrillo.

El otro suelta a Isabella y saca un cuchillo, pero no le doy tiempo a nada. Le golpeo el rostro con el puño cerrado y lo escucho gruñir de dolor antes de caer de rodillas.

—¡No te muevas! —grita Ferguson, apuntando con un arma mientras Callahan llega con dos agentes más.

Los dos encapuchados están acorralados. El primero intenta levantarse, pero uno de los policías lo tumba de nuevo al suelo, inmovilizándolo con una rodilla sobre su espalda. Mi respiración es agitada, mis puños aún están cerrados y mi mente no ha asimilado del todo lo que acaba de pasar. Solo sé una cosa: Isabella está a salvo. Me giro hacia ella. Está temblando, con los ojos abiertos de par en par, respirando rápido.

Doy un paso hacia ella y, en cuanto sienta mi cercanía, se lanza a mis brazos. La sostengo con fuerza, pasando una mano por su espalda. Su cuerpo aún tiembla contra el mío.

—Shhh… —murmuro, apretándola más contra mí—. Se acabó. Estás a salvo.

Ella se aferra a mi camisa con los dedos, enterrando el rostro en mi pecho. Busco a Davis con

la mirada para darle las gracias, pero no la veo. Los policías están esposando a los agresores, ya sin la capucha.

—Estos ya no podrán hacerle daño, señorita Romano. Ha estado usted muy bien —la felicita el inspector.

En ese momento, llega Davis con Brenda esposada.

—Aquí tiene al cerebro de la operación, inspector.

Da un empujón a Brenda y la lanza contra Callahan, que la coge del brazo para llevarla al coche de policía. Antes de irse, se dirige a Davis:

—Usted también ha estado maravillosa. No me importaría que estuviera en mi equipo.

Davis sonríe tras darle las gracias y se dirige a nosotros.

—¿Estás bien, Isabella?

—Sí, y gracias a ti.

Las dos se funden en un abrazo que me conmueve. Sin duda, me rodeo de grandes mujeres.

—Vamos a casa, pequeña —abrazo a mi chica y me la llevo a descansar, por fin.

CAPÍTULO 25

Isabella

El sonido lejano del tráfico de Nueva York se mezcla con el murmullo del viento, que acaricia mi piel, mientras me recuesto en la tumbona de la terraza. La ciudad brilla con las luces parpadeantes de los edificios y siento que la vida sigue, pero yo solo puedo pensar en lo mucho que necesito parar. Respiro hondo, disfrutando del aroma a vino que emana de mi copa. El día ha sido una montaña rusa de emociones. Desde el momento en que atraparon a los responsables de los ataques, he sentido un peso menos sobre mí, pero también una especie de vacío que no sé a qué se debe. Brenda está bajo custodia, los agresores han sido reducidos y, en teoría, todo ha acabado. Pero… ¿realmente es así?

Cierro los ojos con la cabeza apoyada en el cojín y dejo que el aire fresco de la noche juegue con los mechones de mi pelo. He pasado semanas sintiéndome atrapada, acosada y con miedo a todo lo que me rodeaba. No es fácil simplemente querer volver a la normalidad.

Además, está Jackson. Mi corazón se contrae al pensar en él, en cómo me ha cuidado y ha estado presente de una manera que no esperaba. No solo como el hombre con el que firmé un contrato, sino como alguien que se ha vuelto imprescindible para mí. Cuando lo conocí, lo vi como un hombre inalcanzable, poderoso, alguien que nunca perdería el control, pero en estas últimas semanas, ha sido diferente. Lo he visto preocupado, protector, tierno y también vulnerable. Lo peor de todo es que ahora no sé qué hacer con lo que siento.

Abro los ojos cuando escucho el sonido de platos y cubiertos en la cocina. Me giro y lo veo allí, concentrado en preparar la cena con esa seguridad y elegancia natural tan propias de él. Jackson está de espaldas a mí, con la camisa remangada hasta los codos por fuera de los pantalones. Sus movimientos son fluidos, precisos, como todo en él. Me quedo observándolo desde la puerta de la terraza, apoyando el hombro en el marco mientras siento una extraña calidez en el pecho. Lo que veo es lo que más miedo me da. Lo cotidiano, lo íntimo, lo que podría ser mi día a día con él si las cosas fueran distintas. Me acerco en silencio, disfrutando de la escena antes de que se dé cuenta de que lo estoy mirando.

—Hueles bien —comento con una sonrisa, y siento cómo la tensión de mi cuerpo se disipa solo con su presencia.

Jackson se gira con la espátula en la mano y me observa con una expresión de diversión y algo más intenso que me hace estremecer.

—Tú siempre hueles bien —responde, dejando lo que estaba haciendo.

Nos quedamos frente a frente, con la tensión eléctrica flotando entre nosotros. No hay música, ni palabras innecesarias, solo el ruido de la ciudad al fondo y la certeza de que ninguno de los dos quiere apartarse. Doy un paso más y él hace lo mismo. Cuando nuestros labios se encuentran, mi cuerpo reacciona y solo quiero saciarme de él.

Jackson pasa la mano por mi espalda en una caricia que me eriza la piel, y me atrae más hacia él, mientras yo enredo los dedos en su pelo. El beso que nos damos es pausado. No tenemos prisa para explorarnos con la delicadeza de quien sabe que ya no hay marcha atrás.

Cuando nos separamos, deja la frente apoyada contra la mía y su respiración cálida acaricia mis labios.

—Vamos a cenar antes de que me olvide de todo lo demás —murmura con una sonrisa traviesa.

Mi risa es tranquila y contenida, porque me cuesta procesar la emoción que siento, o más bien, la noria de emociones que revuelve el estómago. Nos sentamos en la terraza, donde Jackson ha preparado una cena exquisita. Pasta fresca con salsa de trufa, ensalada y un buen vino. Todo en la mesa está perfectamente colocado, para asegurarse de que esta noche sea especial, porque sin duda lo es. La conversación fluye con facilidad. Charlamos de cosas triviales, sobre todo de las diferencias entre la comida italiana y la de Estados Unidos. Pero en el fondo, ambos sabemos que tenemos que hablar de algo más que ninguno de los dos ha dicho todavía. Cuando terminamos, Jackson deja su copa sobre la mesa y me observa con detenimiento. Su mirada se clava en la mía con esa intensidad que hace que el aire se me atasque en los pulmones.

—¿En qué piensas?

Respiro hondo y dejo la servilleta sobre la mesa. No puedo posponerlo más.

—En que quiero romper el contrato. Ya no quiero seguir trabajando para ti.

Jackson no reacciona de inmediato. Solo me mira, como si analizara mis palabras desde todos los ángulos posibles, mientras sus ojos cada vez brillan más.

—Explícame por qué.

Juego con el borde de mi copa antes de responder.

—Estoy exhausta, Jack. Esto ha sido demasiado. Quiero volver a Italia, como tenía planeado. Necesito paz y tranquilidad. Quiero estar con mi madre, buscar una casa en la costa y descansar.

Jackson asiente lentamente, como si ya lo hubiera previsto.

—Lo entiendo —dice, con voz tranquila—. También yo creo que es momento de concluir el contrato.

Su respuesta me deja helada. No sé qué esperaba exactamente. Tal vez que insistiera, que intentara convencerme de quedarme con él, pero no lo hace. Esto ha llegado a su fin.

—Oh… —musito, sintiendo una punzada en el pecho que no esperaba.

—Sí. Mañana le diré al servicio jurídico que haga lo necesario. Te pago lo que queda pendiente y serás libre; aunque para mí ya lo eres —añade.

No sé si sus palabras me duelen o me enfadan. Lo que siento es una gran tristeza y la

sensación de que me ha utilizado.

—Sin embargo —sigue—, quiero proponerte algo.

—¿Cómo dices? ¿Otro trabajo? De verdad, no quiero trabajar al menos durante una larga temporada.

—No tendrás que hacerlo. Lo que te quiero proponer es otro tipo de contrato.

Lo veo meter la mano en el bolsillo de su pantalón y sacar algo pequeño que no distingo bien. Mi corazón se detiene. Jackson coloca en la mesa una cajita y la abre con calma. Un anillo brilla bajo la luz de la ciudad, pequeño y elegante, con un diamante que refleja las luces de Manhattan. Mis ojos se abren de par en par.

—Jackson… —susurro, incapaz de procesar lo que está pasando.

—Quiero que firmemos el fin de nuestro contrato laboral lleno de banderas rojas —dice con una sonrisa pícara—, y que firmemos otro como una pareja libre que desea estar junta.

Mi boca se entreabre, pero no consigo decir nada.

—Cásate conmigo, Isabella.

El aire se queda atrapado en mis pulmones.

—¿Es una broma?

Él niega con la cabeza, observándome con total seriedad.

—Sé que puede parecer precipitado, pero nunca he estado más seguro de algo en mi vida. Te quiero.

Muevo la cabeza, tratando de ordenar mis pensamientos.

—Jackson, yo… mi plan era volver a Italia. Estoy muy cansada de este mundo y, ahora también estoy confundida.

—No veo por qué eso es un problema —responde con una calma abrumadora—. Vete a Italia, descansa, visita a tu madre, pasa el día en la playa recuperándote y, cuando estés lista, me gustaría que te casaras conmigo.

—¿En serio?

—Y una cosa más… Me haría muy feliz poder acompañarte a Italia.

Parpadeo, sin poder creer lo que dice.

—¿Qué?

Jackson sonríe, como si mi incredulidad le divirtiera.

—Nos hemos ganado unas vacaciones. Además, tengo una reunión en Londres y me gustaría que vinieras conmigo.

Mi corazón late con fuerza.

—No lo estás diciendo en serio.

—Nunca he dicho nada más serio —responde, mirándome a los ojos—. Te amo, Isabella, y

no necesito más tiempo para estar seguro de lo que siento.

Mis labios se entreabren y mi pecho se llena de una emoción indescriptible.

—Yo también te amo —confieso en un susurro.

Jackson sonríe con satisfacción.

—Entonces…

Miro el anillo, luego a él, y finalmente exhala una risa nerviosa.

—Sí, vámonos a Italia.

Jackson suelta una carcajada de felicidad antes de inclinarse para besarme.

CAPÍTULO 26

Jackson

Ya es noche cerrada cuando entramos al ático. Isabella camina descalza, con la falda del vestido negro balanceándose alrededor de sus piernas, aún con la emoción en los ojos por lo que ha sucedido en la cena. Me ha dicho que sí. Ha dicho que sí a todo: a mí, a estar juntos, a Italia, a construir algo más allá de un contrato ridículo.

No puedo dejar de mirarla mientras se quita los pendientes y los deja sobre la mesilla del salón. Parece relajada, pero sé que su mente está trabajando sin parar. Lo hace siempre. Le cuesta aceptar la felicidad sin cuestionarlo todo. Me acerco por detrás y paso mis manos por su cintura, atrayéndola hacia mí. Siento su espalda caliente contra mi pecho y la tensión contenida en su respiración. Apoya sus manos sobre las mías y deja caer la cabeza contra mi hombro.

—¿En qué piensas? —murmuro contra su pelo.

—En que todo esto es una locura —susurra—. Hace unas semanas solo quería terminar las sesiones que me trajeron a Nueva York y desaparecer. Y ahora…

No termina la frase, pero no hace falta. Sé lo que está sintiendo porque yo también lo siento.

—Lo que sentimos no es una locura —le digo, girándola suavemente para que me mire—. Es la única cosa que tiene sentido en todo esto.

Su mirada brilla cuando levanta la cabeza hacia mí. La luz tenue del salón resalta la silueta de su cara y la sinceridad de su sonrisa. La boca, entreabierta, me llama de una forma que me cuesta resistir.

—Déjame demostrarte cuánto sentido tiene —susurro antes de besarla.

El beso es diferente esta vez. Isabella ya no tiene dolores y el hambre que hemos controlado en otras ocasiones, la saciamos con pasión. Devoro su boca como si el tiempo se me acabara, aunque sé que no es así. La levanto en brazos con facilidad y la llevo a la habitación. A la mía, por primera vez. Su risa queda atrapada entre mis labios y cuando nos dejamos caer sobre la cama, sé que esta noche no se trata solo de deseo. Se trata de entregarnos, de borrar cualquier sombra de duda, de marcarnos el uno al otro de una forma que ningún contrato podrá igualar.

Esta noche, la amo con cada parte de mí, como el hombre que la quiere a su lado para siempre. Ella me desea tanto como yo a ella y no espera. Con un movimiento se quita el vestido por la cabeza y se queda desnuda y expuesta para mí. Dios, es preciosa y necesito fundirme en ella ya. Me desnudo con rapidez mientras ella me observa pasando su lengua por el labio inferior. Ese gesto es como una cerilla para mí que enciende el fuego de mi interior. Acaricio su cuerpo con cuidado, pero ella ya no está para delicadezas y me coge de los hombros acercando

su boca a la mía. Nos besamos con furia, con hambre, y de pronto somos un amasijo de brazos y piernas lamiéndonos y besándonos por cada centímetro de nuestra piel. Paramos un segundo en el que nos miramos a los ojos y nos reímos fuerte, libres, con más amor del que nunca creí que podría sentir. Ya más calmados, me tiendo a su lado y la acaricio con un dedo desde el mentón, bajando por el cuello, el valle entre sus senos, ombligo y acabo en sus pliegues, que masajeo despertando, aún más, todas sus terminaciones nerviosas. Introduzco dos dedos en ella e inicio un movimiento ritmo que la hace arquearse bajo mi brazo. Se gira hacia mí, ansiosa, buscando mi boca que le entrego. En el beso me muevo para colocarme sobre su cuerpo, ella baja la mano buscando mi dureza y juega con ella, acariciándose a sí misma con ella. Me mira a los ojos y sé que ambos estamos preparados. De una estocada la penetro en su estrechez arrancándole un gemido que es música para mis oídos. Bailamos a nuestro ritmo, susurramos palabras de amor, gemimos libres y nos amamos a corazón abierto.

La mañana nos encuentra enredados y sudorosos. Me despierto antes que ella y me quedo observándola. Su pelo yace desordenado sobre la almohada, su respiración es tranquila y en la piel aún tiene el rastro de nuestra noche juntos.

No quiero moverme. Me gustaría que este momento no termine nunca y sonrío al pensar que puedo tenerlo todos y cada uno de mis días de hoy en adelante. Me levanto con cuidado para no despertarla y me visto con unos pantalones de pijama y una camiseta. Paso por la cocina y preparo café antes de sentarme en el salón con mi móvil. Llamo a mi asistente para pedirle que agilice los trámites de la resolución del contrato, porque quiero que todo esté listo antes de que Isabella se despierte.

Cuando sale de la habitación, con una bata de seda atada a la cintura y el pelo revuelto, me sonríe con una expresión soñolienta que me hace querer arrastrarla de vuelta a la cama.

—Buenos días —dice, sentándose a mi lado. Apoya la cabeza en mi hombro y yo le beso en el pelo

—Buenos días, preciosa.

Le paso una taza de café y nos quedamos en silencio, disfrutando de la calma y del diálogo de nuestras miradas. Hasta que ella suelta un suspiro y veo una sombra de duda en sus ojos.

—Aún no me creo que vayamos a hacer esto —dice con una risa suave.

—¿Qué parte? ¿Lo de Italia, lo de casarnos o lo de que ya no trabajas para mí?

—Todo —admite, dando un sorbo a su café—. Pero sobre todo lo último.

Me río y la rodeo con un brazo.

—Es oficial. He solicitado la resolución del contrato esta mañana. En cuanto esté listo, vamos a firmarlo. ¿Cómo lo ves? Estamos juntos, pero ya no trabajas para mí.

Ella exhala y vuelve a apoyar la cabeza en mi hombro. Estos gestos sencillos y cotidianos, de cariño, me vuelven loco. ¿Cómo he podido vivir sin algo así tanto tiempo?

—Me siento bien, aunque es extraño.

—Ya te acostumbrarás —bromeo.

Más tarde, Isabella tiene una videollamada con Valeria. Yo me mantengo en segundo plano

mientras ella charla con su mejor amiga, que parece no poder creer lo que está pasando.

—¿Cómo que te casas? —exclama Valeria con los ojos como platos—. Isabella, esto es demasiado.

—Lo sé —ríe ella—. Pero es real.

Me acerco en ese momento, como teníamos planeado, y me siento junto a Isabella, rodeándola con un brazo. Es la hora de las presentaciones.

—Tú debes ser Valeria —digo con una sonrisa.

Ella me observa con los ojos entrecerrados antes de soltar un suspiro exagerado.

—Vale, admito que eres guapo.

Isabella se ríe y yo sacudo la cabeza, divertido.

—Espero que eso signifique que tenemos tu bendición.

—Aún no —dice Valeria—. Pero si haces feliz a mi amiga, te la ganarás.

Después de una charla más relajada, Valeria me invita oficialmente a su boda.

—Y no hay excusas. Isabella es mi dama de honor y tú... bueno, tú eres el hombre que va a casarse con mi mejor amiga, así que más te vale venir.

La tarde la pasamos organizando el viaje a Italia.

—Necesito encontrar la casa perfecta —dice Isabella mientras revisa algunas opciones en su móvil. Me acerco detrás de ella y la beso en el cuello.

—Tendrás la que quieras.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil.

Le cuento que yo también tengo mis propios planes. Quiero hablar con un arquitecto para ampliar el ático y unirlo al de al lado, donde se alojó ella al principio, y construir un hogar para los dos. Si Isabella quiere Italia, la tendrá, pero también quiero que sepa que aquí tiene un hogar con todo lo que desee.

Por la noche, reunimos a Ferguson, Davis y el equipo que nos ayudó con todo el asunto de Brenda. Les invitamos a cenar en un restaurante exclusivo para agradecerles lo que hicieron por Isabella.

—Sin vosotros, nada de esto habría sido posible —digo, levantando mi copa.

Davis sonríe y le guiña un ojo a Isabella.

—Creo que Isabella se ha ganado un puesto en el equipo.

Ella se ríe.

—No, gracias. He tenido suficiente adrenalina para toda una vida.

La veo charlar con Davis como las buenas amigas que se han hecho y no puedo evitar sentirme satisfecho. Isabella ha encontrado su lugar, y yo he encontrado el mío: ella. Siempre

será ella y aunque en unos días viajemos a Italia, aunque vivamos a caballo entre dos continentes o hagamos mil planes diferentes, lo único que importa es que estaremos juntos. Porque Isabella Romano no es solo la mujer que contraté como imagen con fines comerciales. Es la mujer que hay detrás de esa imagen, la que he descubierto fuera del contrato, y con la que quiero pasar el resto de mi vida.

EPÍLOGO

Isabella

El sonido de las olas es lo primero que escucho al despertar. Un vaivén constante, rítmico, que se cuela por las ventanas abiertas y llena la habitación con su melodía tranquila. La brisa marina mueve las cortinas de lino blanco, y deja una sensación de frescor sobre mi piel, que se eriza con su caricia.

Me tapo los hombros desnudos y parpadeo lentamente, estirando el cuerpo entre las sábanas de algodón, aún sintiendo el calor de la piel de Jackson contra la mía. Ha sido una noche larga, llena de susurros y caricias bajo la luz de la luna, enredados el uno en el otro sin prisa y sin el miedo de lo que vendrá. Ahora todo es distinto. Ahora todo es nuestro.

Me giro sobre un costado y lo encuentro dormido a mi lado. Me gusta sentir su respiración profunda, tranquila, y ver cómo su pecho sube y baja con un ritmo pausado. Tiene el rostro relajado, sin las preocupaciones del mundo que suelo ver cuando arruga la frente, sin la intensidad de los negocios en su mirada. Solo veo en paz, la misma que siento yo.

Nunca imaginé que el final de esta historia sería despertar aquí, en esta casa en la costa italiana, con la persona que amo a mi lado. No como su empleada, ni como un trofeo que él deba proteger, sino simplemente como Isabella, la mujer que ama.

Apoyo la cabeza en su brazo y dejo que mis dedos recorran su piel con suavidad. Ha pasado un mes desde que dejamos Nueva York, desde que viajamos juntos a Londres para cerrar la gran operación que era su principal objetivo cuando decidió contratarme. La diferencia es que esta vez fui a su lado como su pareja, no como su imagen pública, y la experiencia fue completamente distinta. Verlo trabajar con esa seguridad que lo define, verlo manejar una sala llena de hombres poderosos con una sola mirada… Me hizo admirarlo aún más. Y lo mejor de todo es que, al final del día, él volvió a mí.

Pero después de Londres, cuando el trabajo terminó y no hubo más reuniones ni negocios pendientes, vinimos aquí. A Italia. A buscar el hogar que siempre he soñado. Primero vistamos a mi madre, que se quedó fascinada con Jackson. Y después…

Jackson cumplió su promesa. Encontramos una casa perfecta en la costa, un refugio entre colinas verdes y aguas cristalinas. El pueblo es pequeño, con calles adoquinadas, balcones llenos de flores y un mercado local donde todo el mundo se conoce. Nada de *flashes*, nada de fiestas ostentosas, solo tranquilidad. Solo nosotros.

—Buenos días —murmura Jackson con la voz aún ronca por el sueño, apretándome más contra su cuerpo.

—Mmmm, hola, jefe —sonrío y le acaricio la mandíbula, sintiendo la aspereza de su barba incipiente.

Él abre los ojos y me sonríe con una expresión perezosa que hace que me derrita por dentro.

—¿Cómo te sientes?

Sus palabras tienen un peso especial, porque sabe lo que significa para mí estar aquí, lejos del caos y de todo lo que me agotaba.

—Mejor que nunca —susurro, besándolo suavemente—. Esto es exactamente lo que quería.

—Entonces me quedo tranquilo —dice, acariciando mi espalda con lentitud—. Te lo prometí, ¿no?

Lo confirmo dejando que mis labios rocen los suyos una vez más antes de levantarme.

Nos pasamos el día en la playa, caminando por la orilla con los pies descalzos, bañándonos en las aguas turquesas, disfrutando del sol. Jackson nunca había sido un hombre de vacaciones largas, pero aquí, en este rincón del mundo, lo veo disfrutar como nunca antes. No hay relojes, no hay llamadas urgentes, solo nosotros y este mar infinito, en el que nos amamos abrazados, mecidos por las olas.

Cuando cae la tarde, regresamos a casa. La luz cálida del atardecer ilumina la terraza donde hemos preparado la mesa. Hoy cenamos con Valeria y Fabio, que han venido a visitarnos a escasos días de su boda.

—No puedo creer que hayas dejado Nueva York por esto —bromea Valeria, estirando los brazos mientras observa el paisaje.

—Oh, créeme, tampoco lo creía posible —responde Jackson con una sonrisa, tomando un sorbo de vino—. Pero cuando Isabella quiere algo, no hay forma de hacerle cambiar de opinión.

—No le queda otra opción —añado con una sonrisa traviesa—. Pero no dejamos Nueva York. Viviremos allí y vendremos para descansar.

Fabio se ríe, alzando su copa.

—Bueno, por lo que veo, a Jackson también le ha sentado bien. Tienes buen aspecto, tío.

Mi chico me lanza una mirada llena de ternura y deseo antes de responder.

—Digamos que estoy exactamente donde quiero estar.

Nos reímos, brindamos y seguimos charlando hasta que las velas que hay sobre la mesa son lo único que ilumina la noche. Cuando nos quedamos solos de nuevo, con la brisa acariciando nuestra piel y el sonido del mar de fondo, sé con certeza que esta es mi vida ahora. Sin más contrato que el de nuestro amor y él como mi ansiado hogar.

Gracias

por leer mis novelas y sumergirte conmigo en mundos de pasión y amor.

Si te ha gustado, te agradecería que apoyaras mi trabajo con una reseña en Amazon, entrando en este QR:



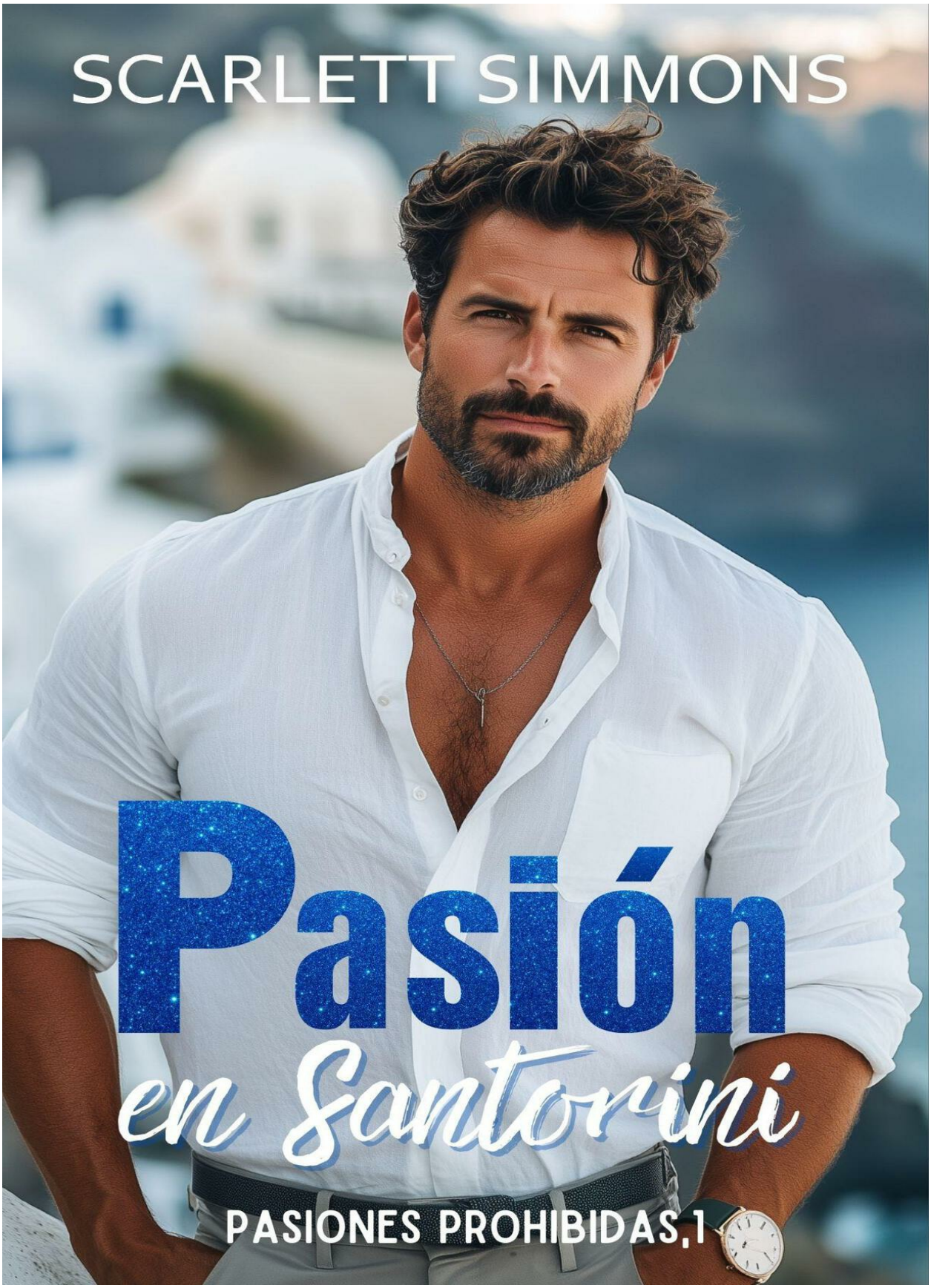
También puedes seguirme en Facebook



NO TE VAYAS TODAVÍA…

¿Conoces la serie *Pasiones Prohibidas*?

Te dejo el comienzo de la primera, *Pasión en Santorini*


SCARLETT SIMMONS
Pasión
en Santorini
PASIONES PROHIBIDAS,1

PRÓLOGO

Elián

Amanece en Santorini cuando me asomo a la ventana y contemplo el azul intenso del mar. Al fondo, el sol va surgiendo tras el horizonte ilumnando la belleza de la costa que tengo frente a mí. La habitación está en silencio, roto solo por el suave murmullo del mar en la distancia y la respiración tranquila de la mujer que duerme a mi lado. Su cuerpo desnudo, enredado en las sábanas blancas, está relajado, ajeno al torbellino de pensamientos que me asaltan cada mañana.

Me levanto con cuidado, tratando de no despertarla, aunque en el fondo sé que ni siquiera quiero verla cuando abra los ojos. Es hermosa, como todas las demás. Su piel bronceada contrasta con las sábanas y su cabello castaño cae desordenado sobre la almohada. Todo en ella debería atraerme y debería hacerme sentir satisfecho. Pero, en lugar de eso, solo siento una creciente incomodidad y una rabia sorda, que no logro apaciguar por más que lo intento.

Recorro con la mirada su cuerpo desnudo y recuerdo la noche de sexo salvaje que he tenido con ella. Solo pensarlo hace que mi polla reaccione, a pesar de que no me atrae nada. Al menos, emocionalmente. Lamí y succioné de esos pechos que ahora se me muestran relajados y mi lengua jugó con sus pezones que, debo reconocer, son preciosos con un color rosado que me encanta. Recuerdo que fue una grata sorpresa encontrar su sexo depilado, suave y húmedo para mi deleite y placer. Sí, eso es, una mujer que parece hecha para darme placer si tuviera algún otro interés en ella.

Se gira y deja ante mi vista su culo prieto que me dan ganas de acariciar. Acerco la mano y, en ese instante, abre las piernas y mi mirada se va al clítoris. Estoy tan cerca que puedo oler su sexo y, de nuevo, mi polla me

pide guerra. Nota mi presencia y sonríe, con un gemido, para al momento separar más las piernas y dejarme la puerta abierta al paraíso.

Coloco mi cuerpo encima del suyo, con una pierna a cada lado, y sin más preámbulos, la penetro.

Un polvo rápido de desayuno que no suelo regalar a ninguna de las mujeres que acaban en mi apartamento de soltero. Normalmente, las echo antes o me voy yo. No sé qué me ha pasado con…, cómo se llame. Tiene un cuerpo perfecto y su ofrecimiento es un regalo que me ayudará a volver a casa más relajado.

Gime bajo mi cuerpo, mientras empujo cada vez con más furia conforme mis pensamientos me atormentan. Grita un «ay» que me hace darme cuenta de lo que estoy haciendo y aflojo.

—Lo siento —balbuceo y ella sonríe. No sé si le está gustando o no. Soy incapaz de interpretar sus gestos y yo solo quiero desahogarme. Una vez más.

El orgasmo, poco satisfactorio, me llega como un latigazo y me dejo caer sobre ella. Solo unos segundos, para que no me abrace.

Me levanto y camino desnudo hacia el ventanal, donde las puertas de cristal se abren al balcón. El aire fresco de la mañana entra en la habitación cuando las abro, trayendo consigo el olor salado del mar Egeo. Me detengo por un momento, dejando que la brisa acaricie mi rostro, en un intento de encontrar algo de calma en el paisaje que se despliega ante mí.

Santorini se despierta lentamente bajo la luz perezosa del amanecer. Las casas encaladas, con sus cúpulas azules y terrazas, se alinean como perlas a lo largo de la costa. Desde aquí, el mundo parece un lugar perfecto, un paraíso donde todo debería ser felicidad. Pero para mí, este lugar, esta isla que otros ven como un sueño, es un recordatorio constante de todo lo que he perdido, y testigo mudo del dolor que me rompe por dentro y de la ira que me acompaña desde hace año y medio.

Mi mente no deja de dar vueltas mientras miro el horizonte. ¿Qué estoy

haciendo con mi vida? Me lo pregunto una y otra vez, pero la respuesta nunca cambia. Estoy perdido. Perdido en una rutina que me consume, atrapado entre el deseo de escapar de mi dolor y la necesidad de mantenerme fuerte por Maia. Mi pequeña Maia, el único rayo de luz en medio de esta oscuridad en la que me encuentro sumergido.

El sonido de un suspiro me trae de vuelta al presente. La mujer en la cama se revuelve y creo que me llama. Me giro y la veo acostada de medio lado. La curva de su cuerpo es perfecta, pero no es para mí y cuanto antes lo sepa ella, mejor. Como todas las demás. Me observa desde su posición, con los labios curvados en una sonrisa perezosa.

—¿Vienes? —murmura, con una voz suave que pretende ser seductora.

—Buenos días —. Mantengo un tono neutral, sin dejar entrever lo que realmente siento, que es nada de nada.

Me giro hacia el interior, apartando la vista del paisaje para no enfrentarme a la realidad de lo que acabo de hacer. Empiezo a vestirme en silencio, abotonando la camisa con movimientos mecánicos, como si todo esto fuera parte de un guion repetido demasiadas veces.

Porque sí, ya empieza a ser excesivo. Sé que aplaco mi ira con las mujeres que traigo a este apartamento. Las follo tanto como me permiten y dejo hacer a mis instintos más primitivos. Es la única manera que he encontrado de aparcar el dolor y relajarme para que mi hija no note mi malestar. Aunque ese malestar, en vez de irse, ha cambiado. Cada vez siento menos ira por todo lo que ha pasado y más angustia por esta situación. Todas las veces decido que no voy a tener más sexo con cualquier mujer, pero todavía no he conseguido pararlo. Tendré que hablar con mi terapeuta, otra vez.

—¿No vas a quedarte un poco más? —pregunta ella, con un deje de decepción que me indica que conoce la respuesta.

—No, tengo que irme —respondo, terminando de colocarme el Rolex en la muñeca sin mirarla—. Tienes toallas limpias en el baño y desayuno en la cocina. Cierra de portazo y, por favor, vete antes de las diez. Gracias

por esta noche.

Ella asiente, resignada, y se recuesta de nuevo en la cama, dejando que el silencio se instale entre nosotros. Es un silencio incómodo, cargado de todo lo que no se dice, de todo lo que ninguno de los dos quiere reconocer delante del otro. No tengo nada que ofrecerle, y ella lo sabe, aunque quizás esperaba algo más. Como todas.

Salgo del apartamento sin decir nada más, cerrando la puerta detrás de mí, como si con ese simple gesto pudiera cerrar también la puerta a este ciclo de autodestrucción en el que estoy atrapado. El camino hacia la mansión en la que vivo en verano es corto, pero suficiente para que la culpa comience a apoderarse de mí. Maia estará despierta pronto, preguntándose dónde he estado, por qué no estaba allí para levantarla. Y una vez más, tendré que ocultar la verdad.

Al llegar a casa en mi Ferrari Spider descapotable, el sol ya ha ascendido lo suficiente como para iluminar toda la fachada blanca. Es un edificio imponente, con amplias terrazas que miran hacia el mar, un lugar que es un refugio en el que proteger a mi hija y procurar que sea feliz, pese a las ausencias.

—Buenos días, señor Dimitrakos —me saluda la señora Karalis, el ama de llaves, cuando entro en el vestíbulo.

—¿Qué hay? ¿Se ha levantado ya Maia?—sonrío para disimular el peso de la culpa que cae sobre mis hombros.

—Aún no ha bajado, señor.

Subo las escaleras hacia la habitación de Maia. Muevo los hombros hacia atrás, me paso la mano por el pelo y respiro para prepararme antes de verla y no mostrarle el cansancio que siento, la desesperación que trato de ocultar. No quiero que ella vea en qué me estoy convirtiendo. Quiero salvarla de la mierda en que se está volviendo mi vida.

—Papá —la voz suave de Maia me recibe cuando entro en su habitación. Está sentada en su cama, con su osito de peluche en brazos, y sus grandes ojos me miran con una mezcla de amor y preocupación.

—Hola, cariño —digo, acercándome a ella y abrazándola con fuerza—. ¿Has dormido bien?

—Sí, pero te eché de menos. No estabas aquí anoche. —Su voz es tan sincera e inocente que me desarma por completo.

—Lo siento, Maia. Tuve que trabajar hasta tarde —miento y siento la culpa como un nudo en mi garganta.

Ella asiente, confiando en mí sin dudar. Pero sé que no debería ser así. Mi lugar es estar aquí, cuidándola y protegiéndola. No en mi antiguo apartamento, desahogándome con una mujer que ni siquiera recuerdo cómo se llama.

—¿Desayunamos juntos?

—¡Sí! —responde y su entusiasmo me da un breve respiro.

La llevo en brazos hacia la cocina, donde el sol matutino inunda la habitación con una luz suave. Mientras preparo su desayuno, tras indicarle a la cocinera que nos deje solos, me esfuerzo por enfocarme en el momento y en ella, pero la realidad de lo que soy no me deja en paz.

Después de llevar a Maia a la escuela de verano, me quedo solo en la mansión. Me encierro en mi despacho, un santuario de silencio donde el mundo exterior se desvanece, pero ni siquiera aquí encuentro la paz que necesito. Respiro y me sumerjo en el trabajo, en los documentos que se apilan sobre mi escritorio, gestionando todo lo posible para no tener que regresar a Atenas. En verano la prioridad es Maia y por eso pasamos todas sus vacaciones en la casa de Santorini.

El sol brilla con fuerza a través de los ventanales, bañando la habitación con una luz cuya calidez debería sentir, pero que solo acentúa el frío dentro de mí. Después de contestar varios correos pendientes y de mantener tres reuniones distintas por videoconferencia, cierro el ordenador antes de ir a recoger a Maia para comer juntos y pasar la tarde en la playa o en la piscina. Me echo hacia atrás y me pregunto de nuevo cómo he llegado a este punto, cómo me convertí en este hombre que se esconde tras su riqueza, tras una fachada que cada día se desmorona un poco más. Y

cómo voy a salvar a Maia, mi pequeña Maia, de todo esto.

—¿Qué estás haciendo, Elián? —me pregunto una vez más, esperando una respuesta que sé que no llegará.

Estoy atrapado en este ciclo de culpa y autodestrucción, del que no sé cómo salir. Pero debo hacerlo por Maia y por mí mismo. No puedo seguir así, no si quiero ser el padre que mi hija necesita, el hombre que debería ser. Mientras miro por la ventana hacia el mar Egeo, siento una pequeña chispa de esperanza mezclada con la culpa. Tal vez, solo tal vez, encuentre la manera de cambiar antes de que sea demasiado tarde.

Capítulo 1

Elián

—¡Papá, mira lo que he encontrado! —grita Maia desde la playa, agachada mientras sus pequeñas manos excavan en la arena.

Me giro hacia ella dejando el teléfono sobre la toalla. Hace años, nunca habría imaginado que una simple concha o un trozo de coral podrían traer tanta alegría a mi vida. Me acerco con calma, acompañado por el sonido de las olas que rompen suavemente contra las rocas de la cala.

—¿Qué es, cariño? —pregunto mientras me agacho a su lado.

Maia levanta una estrella de mar pequeña y sonríe con orgullo. Sus ojos brillan con la misma intensidad que los de su madre cuando encontraba algo que la apasionaba. Trato de no dejar que el dolor se apodere de mí, no cuando Maia está tan feliz.

—Es preciosa. Vamos a devolverla al mar para que pueda seguir nadando, ¿te parece?

Asiente entusiasmada, y juntos llevamos la estrella de mar hasta la orilla. La veo alejarse con las olas, mientras Maia me toma de la mano con su pequeña palma aferrada a la mía. Es en estos momentos cuando me doy cuenta de lo frágil que es la felicidad y de cómo intento protegerla de la tormenta que llevo dentro.

Nos quedamos un rato en la playa, Maia corretea a mi alrededor, recogiendo más conchas y construyendo castillos de arena, que el mar borra con cada nueva ola. Me siento en la arena, dejando que el sol caliente mi piel, mientras la observo. Maia es todo para mí, y cada día me esfuerzo por ser el padre que merece, aunque por dentro sienta que me desmorono.

—Papá, ¿podemos nadar en la piscina después? —pregunta con esa chispa de entusiasmo que solo una niña puede tener.

—Por supuesto —sonrío antes de que se lance sobre mí, haciéndome caer hacia atrás en la arena.

La risa de Maia resuena mientras luchamos jugando, y por un momento, me permito olvidar y sentir algo más que la opresión constante en mi pecho. Maia es mi vida y, aunque no sepa cómo manejarlo, sé que haría cualquier cosa por ella.

De vuelta en la mansión, Maia corre escaleras arriba para cambiarse el traje de baño, mientras yo preparo algunas toallas junto a la piscina. El agua reluce bajo el sol de mediodía, tentadora y fresca. Hoy es uno de esos días en los que intentamos disfrutar de la simpleza, alejados de la tristeza y el dolor que nos han acompañado durante tanto tiempo.

Maia aparece con un bañador colorido, lista para sumergirse en el agua. La sigo, disfrutando de su risa, mientras nadamos y jugamos, dejando que el tiempo pase sin estar pendientes de la hora, hasta que la señora Karalis nos avisa de que la comida está lista.

Después de comer en la terraza, Maia y yo nos acurrucamos en el sofá, yo con un libro abierto en mis manos mientras ella descansa su cabeza en mi pecho. Leo en voz alta, dejándome llevar por la suavidad del momento, por la paz que parece envolvernos.

—Papá, ¿cuándo viene la tía Helena? —pregunta con voz somnolienta.

—Pronto, cariño. Quiere hablar con nosotros sobre algo importante.

Maia asiente y, poco después, se queda dormida en mis brazos. Su respiración, suave y rítmica, me calma mientras espero la llegada de mi hermana Helena.

No pasa mucho tiempo antes de que la puerta principal se abra y escuche las voces de la señora Karalis y de Helena. Entro en la sala para recibirla, aún con Maia en brazos, y me preparo para la conversación que sé que está por venir.

—Elián —dice Helena al verme—. ¿Cómo estás?

—Bien. Aquí, con Maia. —Le sonrío débilmente mientras ella se acerca y

le da un beso en la frente. Su rostro refleja la preocupación que siempre parece tener por nosotros, pero que nunca reconoce en voz alta.

Dejo a Maia en el sofá durmiendo y nosotros nos acomodamos en la sala de estar. Helena se sienta frente a mí, con expresión seria, y puedo ver la lucha interna que está teniendo antes de hablar. La señora Karalis nos trae café y algunas galletas, dejándonos a solas para conversar.

—Elián, he estado pensando en lo que hablamos la última vez —comienza Helena, tomando un sorbo de café antes de continuar—. Ya sabes que siempre estaré aquí para ti y para Maia, pero mi trabajo me obliga a estar fuera más tiempo del que me gustaría.

—Lo sé, Helena. —Intento sonar comprensivo, aunque sé que lo que está a punto de decirme va a cambiar nuestra dinámica de vida del último año. Ella es ahora la mujer que mi hija necesita a falta de una madre y su ausencia no va a ser buena para Maia, ni para mí, porque tendré que dedicar más tiempo a mi niña.

—He aceptado un proyecto en Estados Unidos. Será un trabajo de seis meses, y no podré estar aquí para ayudarte. Voy a echar mucho de menos a Maia, pero es una gran oportunidad que no puedo rechazar. Te juro que lo he pensado muchísimo, pero creo que puede ser bueno también para vosotros, aunque me dé mucha pena. No debes depender de mí, Elián.

Me quedo en silencio, sintiendo cómo esas palabras se asientan en mi pecho como una losa.

—Helena... —empiezo, pero no sé cómo seguir. La entiendo, pero no puedo evitar sentirme solo ante la perspectiva de su ausencia. Me muero de miedo sin tener su apoyo cerca.

—Sé que es difícil, Elián, pero quiero que sepas que esto no es el final. Solo es un cambio. Además, estaré al otro lado del teléfono para todas las veces que necesites hablar o consultarme algo. No os abandono, cariño. Además, he pensado que podrías contratar a una niñera para Maia.

Mi primera reacción es negarme. La idea de dejar a Maia al cuidado de alguien más me resulta dolorosa, como si estuviera fallando como padre.

—No sé si puedo hacerlo —admito en voz baja.

Helena se inclina hacia mí, colocando una mano sobre la mía con una firmeza reconfortante.

—Lo estás haciendo bien, Elián, pero Maia necesita más. Y tú necesitas tiempo para sanar. Esto no es un fracaso, es solo una manera de asegurarte de que Maia tenga todo lo que necesita.

Su mirada es suave, pero su tono deja claro que no estoy solo en esto. Asiento, porque sé que tiene razón, pero me siento abrumado por la decisión que implica y que no deseo tomar.

—Gracias, Helena. —Le devuelvo la sonrisa—. Lo pensaré y preguntaré. No sé ni por dónde empezar para encontrar a la persona adecuada.

—Tal vez puedas preguntar en la escuela de verano o a la señora Karalis. Pero ten la seguridad de que la encontraremos.

Helena sonríe con alivio, y me da un beso en la mejilla antes de ir a despertar a Maia y pasar la tarde con ella. Me quedo allí, madurando la decisión que debo tomar, no solo porque sea mejor para ella, sino también para mí.

Por Maia, haré lo que sea necesario.

Capítulo 2

Elián

El sol de julio brilla intensamente sobre Santorini, y las risas de los niños resuenan en el aire, mientras me acerco a la escuela de verano, donde Maia ha pasado sus mañanas durante todo el mes, desde que terminaron sus clases en Atenas. Aparco el Ferrari bajo la sombra de un olivo, cerca de la entrada. Me bajo del coche y, después de ajustar ligeramente mi chaqueta de lino, me encamino hacia la escuela. El aire cálido y salino de la isla me envuelve y, durante un momento, me permito disfrutar de la tranquilidad que siempre he asociado con este lugar.

Al entrar en el patio, las miradas se giran hacia mí. Es algo a lo que ya estoy acostumbrado, pero que nunca deja de resultarme incómodo. Varias madres que conversan animadamente detienen sus charlas para mirarme con un interés apenas disimulado. Algunas de ellas se conocen de vista, aunque otras no. Sin embargo, todas parecen compartir la misma fascinación cuando se trata de mí. O así me hacen sentir.

—¡Hola, Elián! —me dice una de ellas, con una sonrisa demasiado amplia, acercándose como si nos conociéramos de toda la vida.

—Hola —respondo, con un tono cordial que no siento., porque lo único que quiero es evitar este tipo de situaciones.

—¿Vienes a recoger a Maia? ¡Qué suerte tiene de tener un padre tan implicado con sus actividades! —comenta otra, mientras se une al pequeño grupo que se ha formado a mi alrededor. Su tono es dulce, pero hay algo en su mirada que va más allá de la mera cortesía.

—Así es. Siempre es un placer venir a buscarla —contesto, sin dar pie a más conversación. Sé hacia dónde se dirigen estas charlas y prefiero cortar por lo sano.

Las mujeres se miran entre sí, con sonrisas cómplices y un brillo en los

ojos que me deja claro lo que están pensando, aunque ninguna lo diga en voz alta. El juego de seducción es sutil, pero inconfundible. Se acercan un poco más, con la confianza de quien no teme ser rechazada. La fama de mujeriegos de los hombres de mi familia no me ayuda a mantener la distancia.

—Bueno, Elián, si algún día te apetece quedar para tomar algo... —sugiere una de ellas, con voz insinuante, como si la invitación fuera algo casual. Y yo me pregunto dónde andarán los maridos, ya que casi todo lo que veo a mi alrededor son mujeres.

—Lo tendré en cuenta. —Sonrío sin comprometerme a nada. Mi intención es ser educado sin abrir puertas que no quiero cruzar.

—Elián, podrías venir a la cena que vamos a organizar los padres del curso. Seguro que Maia se lo pasa genial —añade otra, con la misma sonrisa que las demás.

—Gracias, lo pensaré. —Mi respuesta es automática y espero que suficiente para cerrar el tema.

Las madres se miran y, aunque mantienen sus sonrisas, puedo ver la leve decepción en sus ojos. Una a una, se van alejando, dejándome finalmente solo. Respiro con alivio, aunque sé que esto es solo una tregua temporal. Siempre es lo mismo. No importa lo cuidadoso que sea, la atención sigue ahí, persistente y no deseada. La curiosidad que despierto y la fama que me precede provocan situaciones que me incomodan.

Poco después, me acerco al patio donde los niños están a punto de empezar su actuación de fin de curso. Maia me ve y me sonríe con esa alegría pura que solo ella puede darme. Me siento en una de las sillas reservadas para los padres, observando cómo los niños se preparan para su pequeña representación.

El espectáculo es sencillo, pero lleno de ternura. Los niños cantan, recitan y bailan con una energía contagiosa. Mis ojos siguen cada movimiento de Maia, orgulloso de verla tan feliz y despreocupada. Es en momentos como este cuando todo parece valer la pena, cuando la lucha interna se calma,

aunque solo sea por un rato.

Al terminar la actuación, Maia corre hacia mí con los brazos abiertos, y me agacho para recibirla en un abrazo.

—¡Papá! ¿Te ha gustado? —pregunta, con un brillo de emoción en su mirada.

—Ha sido maravilloso, Maia. Lo has hecho genial —le digo besándole la frente.

—Quiero que conozcas a mi profe —dice, tirando de mi mano con entusiasmo.

Dejo que me guíe hasta una mujer joven, que está rodeada de varios niños. Maia se acerca a ella con una confianza que me sorprende y cuando la mujer levanta la vista y me ve, me sonríe con calidez. Su mirada profunda me desestabiliza momentáneamente.

—Hola, soy Althea Petrakis. Es un placer conocerle por fin. Maia me ha hablado mucho de usted. —Su voz es suave con un tono que transmite seguridad y tranquilidad al mismo tiempo.

—El placer es mío, Althea —respondo, notando la naturalidad con la que se desenvuelve. Es joven, pero hay algo en ella que inspira confianza—. Por favor, tutéame.

Althea es una mujer atractiva, con el cabello negro recogido en una coleta y unos ojos gris-azulado que me miran con una mezcla de curiosidad y franqueza. Lleva un vestido ligero, ideal para el calor de Santorini y su actitud es relajada y sin pretensiones. Es el tipo de persona que parece estar en paz consigo misma y con el mundo, una cualidad que encuentro rara y refrescante.

—Papá, Althea me ha enseñado muchas cosas este verano. Es la mejor profesora del mundo —dice Maia, sin soltar su mano.

—Se nota que os lleváis muy bien —comento. Creo que siento celos al notar una conexión especial entre ellas.

—Maia es una niña maravillosa. Ha sido un placer tenerla en clase —

responde con una sonrisa sincera.

Mientras Maia corre a jugar con sus amigos, me quedo un momento más conversando con Althea. Su presencia es sorprendentemente reconfortante y, por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy hablando con alguien que entiende lo que realmente importa, sin la superficialidad de las madres que me han acosado al entrar.

Después de un rato, me disculpo y camino hacia la directora de la escuela, la señora Papadopoulos. Es una mujer de cabello gris y un porte elegante, siempre correcta y amable. Me recibe con una sonrisa y un apretón de manos.

—Señor Dimitrakos, me alegra verle. Espero que Maia haya disfrutado de su tiempo aquí. Es una niña encantadora.

—Lo ha hecho, y eso en gran parte es gracias a vosotros y especialmente a la señorita Petrakis. —Hago una pausa antes de continuar—. En realidad, quería preguntarle algo. Estoy pensando en contratar a una niñera para que me ayude con Maia durante el mes de agosto, ya que la escuela cierra y yo tengo trabajo. ¿Sabe usted de alguien de confianza?

La señora Papadopoulos se queda pensativa por un momento, antes de responder.

—Althea sería una excelente opción, si ella está disponible. También podría considerar a Irene Kouris, otra de nuestras profesoras. Ambas son muy queridas por los niños y tienen mucha experiencia y en agosto, como dice, cerramos, por lo que me imagino que podrían hacerlo. Creo que cualquiera de ellas sería perfecta para Maia y de mi total confianza.

Asiento, sintiendo un ligero alivio ante su sugerencia. Tanto Althea como Irene parecen ser opciones muy adecuadas.

—Gracias, hablaré con ellas.

—A Althea ya la conoce e Irene es aquella de allí —me dice señalando a una chica pelirroja rodeada de niños al otro lado del patio.

Regreso al patio, donde Maia sigue jugando con sus amigos. Althea está

allí, vigilando a los niños con una sonrisa. Me acerco a ella y cuando nuestros ojos se encuentran, aprovecho para preguntarle.

—Althea, ¿podemos hablar un momento?

—Claro, dime —. Su expresión es de curiosidad.

—Estoy buscando a alguien que me ayude con Maia durante el mes de agosto y la señora Papadopoulos me ha dicho que igual te interesa. No sería mucho tiempo, solo unas horas al día y los días que necesite ausentarme para trabajar. Me preguntaba si estarías interesada.

Althea me mira, sorprendida pero no incómoda, y asiente.

—Me encantaría, Elián. Sería un placer cuidar de Maia, aunque no sé si voy a poder. Lo tengo algo complicado.

No me da ninguna razón concreta, aunque noto que su expresión se vuelve algo más seria.

—Claro, lo entiendo. Piénsalo de todas formas. Maia estará encantada de que pases tiempo con ella. —Le sonrío, algo agobiado por su respuesta.

—Irene creo que buscaba trabajo para el resto del verano. Podemos preguntarle.

Asiento y juntos vamos hacia su compañera, que se muestra excesivamente entusiasmada con la propuesta, cosa que me incomoda. Por alguna razón, que sea Irene la que acepte y no Althea me deja una sensación extraña. No dudo de que sea buena profesional, pero la calidez de la profesora de Maia no la he notado en Irene. Hay algo en ella que me perturba.

(...)

Sigue leyendo aquí:



*Todos los derechos reservados, solo pertenecen a su autora, Scarlett Simmons

*Imagen de portada generada por IA